Rostros e historias
de la Medicina Interna Venezolana

Henrique Benaim Pinto
Julio Peñalver Gómez
Jorge Osorio Colmenares
Luis Rafael Navarrete
José Enrique López
José Játem Villa
José Moros Guédez
Eloy Dávila Celis
Marcos Luis Troccoli Hernández
Rafael Pérez Suzzarini
Armando Piedra
Enrique Barreto Coello
Armando Chacón Medina
Lesbia de La Torre
Florencio Jiménez

Sociedad Venezolana
de Medicina Interna

Rostros e historias de la Medicina Interna Venezolana

Henrique Benaim Pinto
Julio Peñalver Gómez
Jorge Osorio Colmenares
Luis Rafael Navarrete
José Enrique López
José Játem Villa
José Moros Guédez
Eloy Dávila Celis
Marcos Luis Troccoli Hernández
Rafael Pérez Suzzarini
Armando Piedra
Enrique Barreto Coello
Armando Chacón Medina
Lesbia de La Torre
Florencio Jiménez

Sociedad Venezolana
de Medicina Interna

Sociedad Venezolana de Medicina Interna
Rif: J-30117281-7

Junta Directiva Nacional (2009-2011)

Dr. Mario J. Patiño Torres
Presidente

Dr. José Antonio Parejo Adrián
Vicepresidente

Dra. María Inés Marulanda
Secretaria General

Dra. Maritza Durán
Tesorera

Dra. María Evelyn Monsalve
Secretaria de Actas

Dra. María A. Vargas
Bibliotecaria

Dr. Tito Caraballo Luzardo
Vocal

Dr. Tarik Saab
Vocal

Dr. Jorge Rocafull
Vocal

Dr. Luis Vásquez
Vocal

Presidentes de las Juntas Directivas
de los Capítulos (2009-2011)

Dr. Rafael Calvo Aguilar
Capítulo Anzoátegui

Dr. Francisco Daniel Hernández Luna
Capítulo Aragua

Dr. Felipe Antonio Maestracci Murati
Capítulo Bolívar

Dr. Darío Saturno
Capítulo Carabobo

Dra. Pamela Hernández
Capítulo Falcón

Dra. Inmaculada D'Amelio
Capítulo Lara

Dra. Mariflor Vera
Capítulo Mérida

Dr. Eudoro Rafael Montero Fuenmayor
Capítulo Miranda

Dra. Yemina Figuera
Capítulo Monagas

Dr. Miguel Ángel Contreras
Capítulo Nueva Esparta

Dr. Roberto Rafael García Pereira
Capítulo Sucre

Dr. Carlos Alfonso Cárdenas
Capítulo Táchira

Dr. José Emilio Briceño
Capítulo Trujillo

Dra. Nuris Arelis González de Revilla
Capítulo Zulia

Dra. Luisa Martínez
Capítulo Provisional de los Llanos Centrales

Créditos Editoriales

Diego Arroyo Gil
Coordinación editorial

Ángel Zambrano Cobo
Redacción y fotografía

Fonte: César Jara, Raúl Lira
Diseño gráfico

La Galaxia
Impresión

Contenido

7 Presentación
Dr. Mario J. Patiño Torres
Presidente Junta Directiva Nacional

11 Dr. Henrique Benaim Pinto (QEPD)
El sembrador de semillas
Miembro Fundador SVMI

17 Dr. Julio Peñalver Gómez
El viaje sin fin
Capítulo Anzoátegui

23 Dr. Jorge Osorio Colmenares
Educarse para educar
Capítulo Aragua

29 Dr. Luis Rafael Navarrete (QEPD)
El método y la voluntad
Capítulo Bolívar

33 Dr. José Enrique López
La educación infinita
Capítulo Carabobo

39 Dr. José Játem Villa (QEPD)
Picar y extenderse
Capítulo Falcón

43 Dr. José Moros Guédez
El recorrido de una pasión
Capítulo Lara

49 Dr. Eloy Dávila Celis (QEPD)
La lucha holística
Capítulo Mérida

55 Dr. Marcos Luis Troccoli Hernández
El vuelo del equilibrio
Capítulo Miranda

61 Dr. Rafael Pérez Suzzarini
Nada más humano que la medicina
Capítulo Monagas

67 Dr. Armando Piedra
Lo que falta por recorrer
Capítulo Nueva Esparta

73 Dr. Enrique Barreto Coello
Los que dirigen la orquesta
Capítulo Sucre

79 Dr. Armando Chacón Medina
Ayudar y ayudar
Capítulo Táchira

85 Dra. Lesbia de La Torre
No descansar nunca
Capítulo Trujillo

91 Dr. Florencio Jiménez
Atender, investigar y enseñar
Capítulo Zulia

La Sociedad Venezolana
de Medicina Interna (SVMI) agradece
a Merck Sharp & Dohme (MSD),
especialmente en la persona
de su Director Médico, Dr. Rubén Giner,
el apoyo institucional que ha brindado
para la publicación de este libro.

Presentación

Cuando se trata de la historia de más de medio siglo de la Medicina Interna en Venezuela, para explicar algo tan impregnado de vocación, arraigo y doctrina, que fluya del intelecto y se integre a la cultura de las actuales y nuevas generaciones, es necesario contar con una definición, una visión diacrónica y una miríada de rostros que humanicen y amenicen el relato.

En la Sociedad Venezolana de Medicina Interna (SVMI), no se puede separar la doctrina de la Medicina Interna de la definición de Internista. En efecto, hacer referencia a éste, es hacerlo a la especialidad, cuyas propiedades intrínsecas están plasmadas en el artículo 2 de los Estatutos, cuyo contenido expresa:

La Medicina Interna, es una especialidad dedicada con visión holística, al cuidado integral de la salud de adolescentes y adultos, fundamentada en una sólida formación científica y humanística. Su interés es la persona, como entidad psicosocial a través de una optima relación medico-paciente, incrementar la calidad y efectividad del cuidado de salud, fomentando la excelencia y el profesionalismo en la practica de la Medicina y contribuir a consolidar un Sistema Nacional de Salud, constituido sobre los principios fundamentales del profesionalismo y en democracia, el pluralismo y la justicia social que responde a las necesidades de nuestra población.

Hasta el presente, nuestra Sociedad ha arraigado un sólido cuerpo de doctrina y referencias históricas estrechamente vinculada con los aportes de las Juntas Directivas nacionales y sus protagonistas, teniéndose como tarea pendiente el incorporar los aportes de los líderes regionales, pioneros y promotores del desarrollo de la Sociedad en todo el territorio nacional con la consolidación de los Capítulos en 14 regiones del país.

En el año 2009, en el inicio de la actual gestión, la Junta Directiva Nacional (2009-2011) se propuso entre sus metas, crear un espacio permanente de reconocimiento nacional a nuestro representante genuino, el Médico Internista, por su inconmensurable labor doctrinaria y enaltecimiento en defensa de los principios y precep-

tos de la especialidad desde la fundación de la Sociedad, declarando el 18 de Abril como Día Nacional del Médico Internista, efeméride trascendente en la historia de la Medicina venezolana, por ser el 18 de Abril de 1956, el día de la fundación de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. Por otra parte, se acordó elaborar un libro desde una perspectiva histórica con rostro humano, contentivo de 15 biografías correspondientes a miembros fundadores de la SVMI que fueran, a su vez, personajes representativos de cada Capítulo, y que permitieran relatar desde la perspectiva de esos personajes, la historia de la Sociedad en cada una de las regiones del país. Obra encargada a la coordinación editorial del Lic. Diego Arroyo Gil y su acucioso equipo de trabajo, y que hoy tenemos el orgullo y satisfacción de presentar.

A partir de ahora ustedes podrán disfrutar de una manera diáfana, amena y humana de las biografías de un grupo de hombres y mujeres que han escrito con acciones y emociones la historia de la Medicina Interna venezolana, el Maestro Dr. Henrique Benaim Pinto, QEPD –El sembrador de semillas– (miembro fundador); Dr. Florencio Jiménez –Atender, investigar y enseñar– (Capítulo Zulia); Dr. Luis Rafael Navarrete, QEPD –El método y la voluntad– (Capítulo Bolívar); Dr. José Moros Guédez –El recorrido de una pasión– (Capítulo Lara); Dr. José Játem Villa, QEPD –Picar y extenderse– (Capítulo Falcón); Dr. Rafael Pérez Suzzarini –Nada más humano que la medicina– (Capítulo Monagas); Dr. Enrique Barreto Coello –Los que dirigen la orquesta– (Capítulo Sucre); Dr. Amando Chacón Medina –Ayudar y ayudar– (Capítulo Táchira); Dr. Eloy Dávila Celis, QEPD –La lucha holística– (Capítulo Mérida); Dr. José Enrique López –La educación infinita–(Capítulo Carabobo); Dra. Lesbia de La Torre –No descansar nunca– (Capítulo Trujillo); Dr. Jorge Osorio Colmenares –Educarse para educar– (Capítulo Aragua); Dr. Julio Peñalver –El viaje sin fin– (Capítulo Anzoátegui); Dr. Marcos Luis Troccoli Hernández –El vuelo del equilibrio– (Capítulo Miranda); Dr. Armando Piedra –Lo que falta por recorrer– (Capítulo Nueva Esparta).

Estos hombre y mujeres formaron y forman de manera ejemplar la Medicina Interna venezolana, modelaron la educación médica y marcaron hitos para el progreso del ejercicio profesional en el país y en las diferentes regiones. Fueron, además, promotores o fundadores de nuestros Capítulos, motivación para que sus discípulos perfeccionaran sus obras y para que las generaciones actuales impulsen las más nuevas, como es la consolidación de una SVMI y de la Medicina Interna a escala nacional.

En su totalidad, esta obra nos permite recrear desde una perspectiva mucho más amplia, pero también emotiva y afectiva, la evolución de la Medicina Interna nacional y el rol del Médico Internista en nuestra sociedad, con sus causas complejas; algunas procedentes de fuera de la profesión médica, muchas inevitables y probablemente todas universales como lo es el ser humano. Para permitirnos a los lectores aceptar una realidad y una institución como la SVMI, porque la sentimos cercana a nuestras preferencias y nos sentimos identificados con su historia. Fungiendo como un recurso para motivar a los más jóvenes a elegir una carrera profesional como la Medicina Interna, con una formación sólida, conservando el interés por atender a sus pacientes con el criterio amplio y el propósito integrador y ético que son características de la Especialidad.

En un momento tan difícil de nuestra patria, como el que vivimos en los últimos años, esta obra es una expresión que en estos momentos, cuando debemos dar lo mejor de nosotros mismos como colectivo, para seguir aspirando y trabajando por un país y una sociedad mejor, justa y democrática en un futuro cercano.

Dr. Mario J. Patiño Torres
Presidente Junta Directiva Nacional
Sociedad Venezolana de Medicina Interna

Dr. Henrique Benaim Pinto (QEPD)
El sembrador de semillas
Miembro Fundador SVMI

Apenas se levantó comenzaron los susurros. Los médicos que llenaban el auditorio para esa reunión anatomoclínica murmuraron y se miraron entre sí mientras el Dr. Benaim Pinto bajaba las escaleras hasta la tarima y se puso a estudiar las radiografías. Hechos los locos se preguntaron con qué vendría ahora Benaim, que siempre se salía con alguna cosa rara. “Porque tú sabes”, le dijo bajito un médico a otro, “que ahora se cree psiquiatra”.

Hasta que Benaim dio su diagnóstico: esto es un mesotelioma retropericárdico. Ahí sí se acabó el disimulo y los murmullos llenaron el auditorio. Y el que hablaba antes tan calladito ahora agarraba vuelo y decía: “Viste, ahora sí se volvió loco. Yo ni sé cómo llegó a ese diagnóstico, te digo que eso es por toda la psicología que le quiere meter a la medicina”. Pero él y todos los demás se quedaron callados cuando llegaron los anatomopatólogos para dar la conclusión final: en efecto, el paciente había muerto de un mesotelioma retropericárdico.

Se ríe la Dra. Tania Benaim, hija de ese doctor que siempre iba con diagnósticos raros a las reuniones anatomoclínicas. Ella era estudiante de medicina y estaba sentada en ese auditorio. Allí, hundida en su silla, escuchó cómo le decían loco a su papá y se reían de cómo se empeñaba en meter la emocionalidad de los pacientes en su diagnóstico. Pero después, cuando todos tuvieron que admitir la razón que tenía, no podía con tanto orgullo.

El mismo orgullo casi incontenible con el que habla ahora de su papá y el mismo orgullo y la misma admiración con los que hablan todos de Henrique Benaim Pinto. Sobre todo los que fueron sus alumnos. Que era extraordinario, dicen. Que la pasión con la que enseñaba no tiene igual. Que aparte de buen médico y profesor, era excelente ser humano. Y que él, junto con Lima Gómez, León, Sanabria y otros grandes hombres cuyos apellidos se escapan, fue el padre de la medicina interna en Venezuela e hizo que ésta creciera y se regara por todo el país.

Porque donde se diga medicina interna o Sociedad Venezolana de Medicina Interna allí estará el nombre del Dr. Benaim Pinto. Aparecerá como el joven doctor que, habiendo estudiado su postgrado de medicina interna en Estados Unidos, volvió a Venezuela empeñado en traer a su país esa especialidad y todo el conocimiento que viene con ella. Aparecerá como el médico que en 1956 publicó un artículo en la revista *Acta Venezolana* titulado "La Sociedad Venezolana de Medicina Interna: una inaplazable necesidad" y que, meses después, formó parte del grupo que fundó la Sociedad, de la que luego fue vocal, secretario general y presidente. Aparecerá como individuo de número en la Academia Nacional de Medicina, como fundador del Laboratorio de Investigaciones Clínicas y de la Consulta de Reumatología en el Hospital Universitario de Caracas y portador de la Orden Andrés Bello, la Cecilio Acosta, la José María Vargas, la José Izquierdo y la Francisco de Miranda. Aparecerá, sobre todo, como el presidente de la SVMI que en 1959 se dirigió a José Ignacio Baldó para decirle lo necesario que era hacer un postgrado de medicina interna y como el que en octubre de ese año lo fundó y dirigió hasta 1979.

Y aunque no se sepa con exactitud todas esas fechas, Tania Benaim no para de hablar de lo extraordinario que fue ese hombre llamado Henrique Benaim Pinto. Y es que la memoria de la doctora no es de datos, sino de emociones y anécdotas.

Médico, psicólogo y antropólogo

Habla, sobre todo, de la capacidad que tenía el Dr. Benaim Pinto de entender la psique del paciente. Cuenta que cuando ella tenía diez o doce años, siempre acompañaba a su papá al hospital a pasar revista. Una vez, él estaba hablando con sus residentes sobre un paciente muy rico que se había ido de Venezuela a montar un negocio en España y se había devuelto completamente quebrado y había tenido que vender todas sus propiedades. Cuenta que ella estaba sentada cerca y que escuchó mientras uno de los residentes le preguntaba a Benaim por qué tenían a ese paciente ahí si lo que él tenía era una depresión, que lo que debían hacer era mandarlo a psiquiatría. "Déjamelo aquí porque este señor está tan deprimido que va a tener un problema físico", le contestó el Dr. Benaim y lo tuvo allí casi un mes porque el hombre no comía y se quejaba muchísimo. Hasta que un día le tocó el abdomen y dijo que ahí estaba lo que él había estado esperando. "Aquí está la consecuencia de su depresión: un tumor de páncreas".

"Él veía a ese hombre tan complicado desde el punto de vista de estructura social, familiar y personal que estaba seguro de que no iba a resistir y que iba a terminar enfermándose de algo", dice la Dra. Benaim. "Y esa fue siempre su visión de la medicina interna, esa que él también llamaba medicina antropológica y medicina psicosomática. Nos decía a mí y a mi hermano Alfredo que le impresionaba cómo podía llegar a influir una enfermedad en la vida de una persona por lo difícil que es desplazarse por el mundo con una limitación. Y reflexionaba muchísimo sobre eso y también sobre cómo los problemas sociales o personales de alguien pueden derivar en enfermedad".

Por eso insistía en la importancia de la relación del médico con su paciente. Tan importante era para él, que se obligó a aprender distintos idiomas de manera autodidacta. Para sentir lo que el otro siente, decía, se debe hablar en su idioma. Sabía hablar en inglés, italiano, francés y algo de alemán. "Era fuera de serie", dice la doctora Benaim.

Ella recuerda con sobredosis de orgullo que para enseñarle a sus residentes del postgrado esa importancia de la parte emocional del paciente en la medicina, hacía unas sesiones llamadas "Diálogo con los pacientes". La cosa consistía en entrevistar a algunos pacientes para analizar su vida personal y ver cómo ésta influía en la enfermedad que lo tenía hospitalizado. Luego de la entrevista, escribía documentos que explicaban las consecuencias de la emocionalidad sobre el estado físico y se los daba a sus estudiantes.

Dice que además de todo su papá era poeta y que por eso los títulos de esos documentos eran una cosa de antología. Levanta el teléfono y llama a su mamá, Alicia Mamán de Benaim, quien tiene todo archivado en la casa. Entre mamá e hija comienzan a dictar. "El mundo del enfermo y el enfermo como mundo"; "El deseo de volver a vivir"; "Mundo mágico"; "Reacción neurótica e infidelidad matrimonial: el problema de la responsabilidad y la libertad"; "Problemas psicosociales de una joven diabética"; "La grúa enferma"; "El mundo de la voz".

"Es que es apasionante", dice. "Porque cuando tú oyes que tal persona es diabética piensas que esa persona tiene una dieta especial y que se tiene que inyectar insulina y ya no piensas nada más. Pero no te das cuenta del impacto emocional que genera tener una rutina diferente a toda la gente que está a tu alrededor, la frustración que produce no comer lo que uno quiere y la incertidumbre de no saber hasta dónde va a llegar esa enfermedad. O si ves a una niña con problemas motrices no piensas demasiado en lo que ella siente al ver a sus amigos brincando y jugando y bailando. Por eso él insistía en tener una verdadera conversación con el yo de cada una de las personas que sufrían una enfermedad, porque esa enfermedad no es sólo física sino también emocional, social y familiar. Y eso fue lo que él le enseñó a generaciones enteras de médicos".

Pero no sólo insistía en eso. El médico no sólo debía ser muy humano y tener la capacidad de generar una empatía especial con el paciente. El buen médico internista estaba obligado a tener un conocimiento científico impecable y estar siempre al día. Henrique Benaim Pinto no concebía que un doctor no fuese la actualización en persona. Por eso siempre llevaba consigo un libro y un lápiz. Cuando iba al cine no

lo cerraba, y sólo dejaba de subrayar hasta que no se terminaran los comerciales previos a la película. En su carro cargaba una lamparita para no perder la oportunidad de estudiar en las colas. Y cuando viajaba a cualquier país extranjero, su primera parada era la librería más importante de la ciudad. Era increíble, dice Tania. De verdad disfrutaba el estudio de la ciencia.

Tan humano como su medicina

Pero, insiste la Dra. Tania Benaim, no era de esos científicos inhumanos que son incapaces de relacionarse con los que tienen a su alrededor. Nada de eso, dice. “La verdad es que tú te esperas que este tipo de gente tan rigurosa en la parte académica a lo mejor es así porque su parte emocional es algo deficitaria o porque no manejan bien la parte afectiva y por eso se vuelcan hacia el otro lado. Pero mi papá era muy humano y afectuoso también”. Cuenta que por eso es que fue un hombre tan polifacético. Leía, estudiaba, iba al cine, iba a cuanta fiesta lo invitaran, coleccionaba estampillas y monedas, tenía pájaros de mascotas, cantaba las óperas de Caruso y Verdi en la ducha y bailaba valses con su esposa y su hija cuando llegaba del trabajo. Y si sus alumnos tenían algún evento social de cualquier tipo en lugar más recóndito de Caracas, se iba hasta allá para estar con su gente.

Tenía a cientos de pacientes que lo amaban. “Imagínate tú que cuando él falleció nosotros teníamos que consolar a los pacientes y decirles que no se angustiaran, que les íbamos a recomendar a otro médico tan bueno como mi papá. Forjó relaciones tan cercanas con ellos que todavía hoy en día, más de treinta años después de que falleció, me encuentro a personas que me dicen que un médico como mi papá no han vuelto a encontrar”. Y además, dice la doctora, vivía haciendo caridades. Se la pasaba sin cobrar sus consultas y consiguiéndoles a personas necesitadas medicinas y cupos en el hospital. Recuerda, sobre todo, el caso de Vaipues. Y se ríe a carcajadas recordando a Vaipues.

“Era una maracucha que trabajaba limpiando en el Hospital Universitario. La llamaban Vaipues porque todo el tiempo se la pasaba diciendo ‘vaipues’ tal cosa, ‘vaipues’ tal otra. Bueno, una amiga muy cercana de ella se murió y dejó a cinco niños huérfanos, y ella dijo que no podía dejar a esos niños así en la calle y los adoptó. Y mi papá dijo que si Vaipues adoptaba a esos cinco niños, él la iba ayudar a criarlos. Entonces la ayudó con todo: les pagó la escolaridad, los ayudó con los gastos de la casa y prácticamente los apadrinó hasta que se graduaron todos. Cuando mi papá murió, casi enterraron a Vaipues con él. Lloraba y lloraba y decía que nunca había tenido un hombre en su vida y que mi papá había sido como un papá para ella”.

Se vuelve a reír la doctora, que ahora tiene que atender a sus pacientes que están en la sala de espera. Pero no importa, porque en todas partes habrá alguien que hable sobre este gran hombre y su legado: sus pacientes, que no han conseguido a otro igual; sus colegas, que todavía resienten su ausencia; y sus estudiantes, que han esparcido su legado por el país entero. En todas partes se recoge la cosecha de las semillas que sembró el Dr. Henrique Benaim Pinto.

Dr. Julio Peñalver Gómez
El viaje sin fin
Capítulo Anzoátegui

Los recién casados llegaban agarrados de la mano e iban directo al matrimonial. Lo miraban, preguntaban si podían sentarse, lo probaban y decían que sí, que era exactamente lo que buscaban, que cuánto costaba. La mamá iba con el hijo que ya estaba demasiado grande para la cuna y pedía ver el que estaba allá en la esquina, ¿ése es al que le dicen *twin*, no? Y los indecisos iban y le pedían un *queen*, por eso de que ni tan calvo ni con dos pelucas.

Y el chamo de 17 años, siempre diligente, complacía a sus clientes y les enseñaba ese que era bueno, resistente y duradero. Siempre dispuesto, decía que mejor el otro que era ortopédico, perfecto para sus problemas de espalda, señor. Siempre con su sonrisa y su mande, señora. Siempre de buen humor, porque cada día que pasaba vendiendo colchones *Sweet Dreams* estaba un día más cerca de estudiar medicina.

Porque se había devuelto a su Cumaná natal cuando Pérez Jiménez cerró la Universidad Central de Venezuela, sólo meses después de que se inscribiera en medicina y antes de que terminara siquiera el primer semestre. Porque mientras esperaba que reabrieran la universidad, Julio Peñalver vendía colchones.

Más de cincuenta años después, ése sigue siendo el único trabajo no relacionado a la medicina que alguna vez hizo el Dr. Julio Peñalver Gómez, que se sienta a contar toda su vida en el sofá al lado de un *poodle* que se monta y se baja y lame y ladra de la nada. Esos dos minutos de cuentos colchoneros con todas sus risas son los únicos que no están de alguna manera ligados a pacientes, postgrados, hospitales, residencias, jefaturas de departamento y capítulos de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna.

El doctor habla y habla de toda la vida que le dedicó a la medicina, de todos los viajes y las búsquedas que hizo por ella. Habla por horas porque se toma su tiempo, pronuncia con pausa, se detiene a pensar en los detalles exactos, se ríe, elige sus palabras, se soba la mano de-

recha con la izquierda y se soba la mano izquierda con la derecha. Habla por horas porque le gusta conversar. Y sobre todo porque le gusta conversar sobre esa pasión tan suya. Le encanta.

"Siempre halé pal'lado de la medicina", comienza el cuento, "porque yo tengo un hermano que fue un médico muy distinguido: Luis Manuel Peñalver, cofundador de la Universidad de Oriente y del Instituto Venezolano de Medicina Tropical. Entonces, como yo soy el menor de 12 hermanos y muchos me llevan la edad suficiente como para ser mis papás, ese ícono de lo que es un doctor me marcó e hizo que decidiera estudiar medicina". Por eso, dice, "haló pa'la UCV" y después a vender colchones hasta que se hartó de tanta espera y finalmente en 1956 a la Universidad de Los Andes, que no estaba cerrada y que estaba aceptando bachilleres de todo el país en sus filas médicas.

Siempre medicina interna

Y de ahí, rápidamente de vuelta a la UCV en 1958 para hacer los últimos tres años de la carrera. El Dr. Peñalver cuenta que llegó al Hospital Vargas y que allí fue donde se decidió su futuro porque allí fue donde se enamoró de su futura especialidad. "Ahí me tocó ver la cátedra de Clínica Médica en un departamento de medicina extraordinariamente bueno. El jefe de ese departamento era el Dr. Augusto León, quien fue el maestro querido que hablaba durante horas con nosotros sobre la relación médico-paciente y la importancia de la historia clínica y todo eso. Por eso, sembró en la mayoría de nosotros la semilla de la medicina clínica, de la medicina interna".

Dice, emocionado con tanto recordar al Dr. León y tanto hablar de esa semilla que sembró, que ir a una revista con él era una cosa para quitarse el sombrero por la manera tan metódica con que analizaba los problemas y por la atención integral que le prestaba al enfermo. Ahí fue, dice, que le agarró cariño a la verdadera medicina: ésa en la que el paciente es una persona y no un objeto.

En ese momento Peñalver respira profundo. No es un objeto, dice, y se queda callado por primera vez en esa mañana calurosa de Puerto La Cruz. Pero ahí mismo arranca con tanta convicción que pareciera que se sabe de memoria el discurso pro-internista que dice como si estuviera en un podio, con micrófono y todo. Y también con una sonrisa y un sentimiento que le sale por los poros.

"Los internistas establecemos una comunicación especial con nuestros pacientes. Ellos nos cuentan cosas que son incapaces de contarle hasta a su mujer y uno llega a conocer de su vida más que cualquiera. Entonces uno llega a tenerle verdadera estima y esa persona llega a tenerle verdadera estima a uno. Porque la medicina interna va mas allá que ver, tocar y hablar con una persona: es entender a la persona; entenderla y saber que está viva no porque le late el corazón sino porque tiene sentimientos, porque tiene problemas, porque tiene aspiraciones, porque tiene cosas que le duelen aparte de las cuestiones corporales y las enfermedades. Y uno se va encariñando con ese tipo de trato. Lo que los gringos llaman el *rapport*, yo le diría más bien encariñamiento. Por eso es que la medicina interna no es la búsqueda de enfermedades: que si el paciente tiene temblores, que si tiene anemia, que si tiene no se qué. Es la búsqueda de las cuestiones que llenan el espíritu de la gente".

"Por lo menos yo lo veo en esa forma", expresa el Dr. Peñalver. Lo dice como si no acabase de definir, después de 40 años de ejercicio y reconocimientos, la forma de vida que decidió tomar por mano del Dr. Augusto León.

Viajar, viajar y viajar

Lo dice, en fin, como si la medicina interna no lo hubiera hecho recorrer medio país en su búsqueda.

Primero fue el Hospital Central Luis Ortega de Porlamar. Hasta allá se fue el Dr. Peñalver recién graduado como médico cirujano en 1962 para hacer su medicatura rural. Luego fue a parar al leprocomio de Cabo Blanco donde estuvo hasta 1964 como médico residente adjunto. Allí, cuenta, comenzó a establecer las relaciones con los pacientes de las que tanto le hablaba Augusto León. Hablaba con los leprosos, jugaba dominó con ellos, los visitaba a sus casas y los acompañaba a tomarse sus cafecitos.

Después de dos años allí, la falta de puestos de trabajo en Caracas lo hizo "coger monte". Se fue para Barcelona, donde estaban estrenando el Hospital Luis Razetti, y le dieron el cargo de médico residente de medicina interna. Y ahí todo bien, todo buenísimo, hasta que un día abrió el periódico y vio la convocatoria. Vio que se estaba haciendo un concurso para entrar al postgrado de medicina interna del Hospital Vargas y el Hospital Universitario de Caracas. Finalmente, al Dr. Peñalver lo esperaba la especialización: aprender a encariñarse con los pacientes como Dios manda.

"Se abrió ese concurso y corrí a concursar. Entonces revisaron mis credenciales y entré en la cuarta promoción del postgrado. Quedé en el Hospital Vargas y como jefe de postgrado me tocó Otto Lima Gómez. Y además de él, puros profesores extraordinarios: Herman Wuani, Félix Eduardo Castillo y tantos otros que ahora no recuerdo. Esos dos años", dice Peñalver, otra vez emocionado, "fueron inolvidables. A todos los compañeros, tanto del Vargas como del Universitario, los recuerdo con mucho cariño y admiración, y cada vez que nos encontramos nos saludamos con ese cariño y ese aprecio que nos tenemos desde entonces".

Ahora el Dr. Julio Peñalver ya no está en el sofá con el *poodle.* No está tomándose el café que le acaba de traer su esposa ni tampoco mirando a los ojos mientras cuenta y cuenta su vida con el hablar más pausado del oriente del país. No está ahí haciendo todo eso porque está viajando mientras habla.

Viaja, después del postgrado, a su Cumaná para ejercer como médico internista en el recién inaugurado Hospital Central Patricio Alcalá, donde fue jefe de servicio de 1968 a 1972. Luego se cruza en su camino una nueva convocatoria, esta vez para ejercer la medicina interna en el Hospital Universitario de Los Andes y, para además, hacer un curso de terapia intensiva. Allí se estrenó como docente y duró tres años, hasta que el trabajo de su anterior esposa los mudó de nuevo para Caracas. Ahora el médico viaja a la capital para formar parte del equipo del Ministerio de Sanidad que se encargó durante cinco años de instalar módulos de asistencia médica en los barrios más marginales del país. Pero llegó otro gobierno, se can-

celó el programa y a volver a hacer las maletas. Esta vez para viajar mucho más lejos: a seguir estudiando medicina interna y cardiología en la Universidad de Londres y en el Hospital Hammersmith. Y cuando por fin volvió, se le abrieron las puertas nuevamente del Hospital Razetti de Barcelona, donde fue primero jefe de servicio y luego jefe de departamento desde 1984 hasta 1998.

Un capítulo, otro capítulo y otro más

Y por cada una de esas ciudades venezolanas por las que pasó, el Dr. Julio Peñalver dejó un capítulo de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. “En el breve tiempo que estuve en Cumaná”, recuerda y cuenta, “los tres internistas que allí vivíamos –Enrique Barreto, Armando Padrino y yo– tuvimos una reunión con Israel Montes de Oca e Isaac Abadí, quienes andaban gestionando por todo el país la creación de los capítulos. Entonces nosotros nos unimos con otros subespecialistas de Sucre, Carúpano, Anzoátegui y Bolívar y formamos el Capítulo Sur y Oriental”.

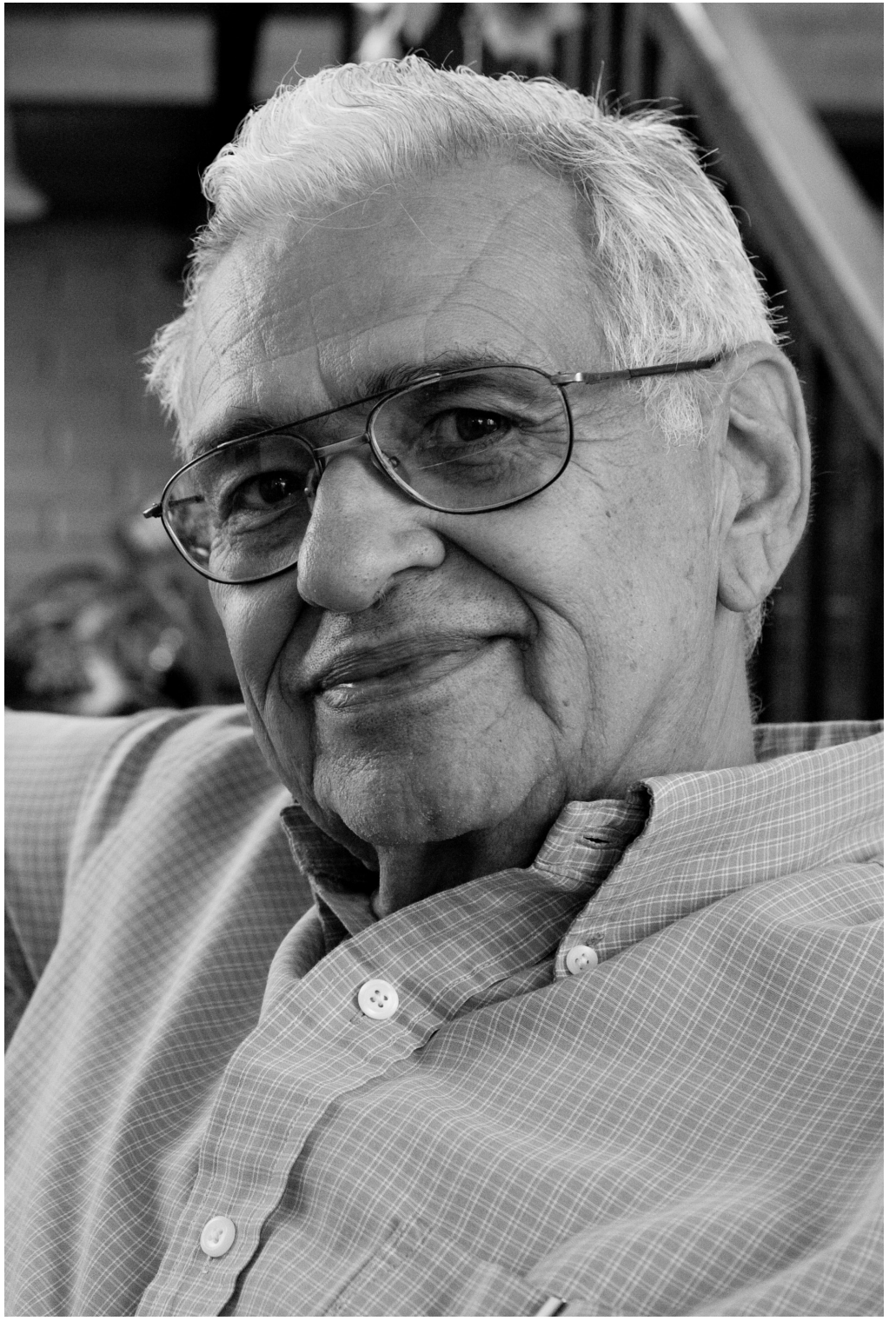
Fue, dice Peñalver, con el objetivo de colaborar con el avance de la ciencia, la investigación y, sobre todo, de la medicina interna. Él sabía que sin los capítulos la Sociedad se iba a quedar estancada, porque los capítulos le daban su alma y su vida a la SVMI.

Y por eso no le bastó con ayudar a fundar uno solo. “Fíjate que ya con esa experiencia me fui a Mérida. Allí me hice amigo del jefe de departamento, que era Eloy Dávila Celis, y él un día me preguntó que cómo habíamos hecho allá en Sucre para lo del capítulo. Y yo le eché el cuento: tuvimos que hacer así, asao, de esta otra manera. Entonces nos pusimos a hacer reuniones en el Colegio de Médicos hasta que en 1974 logramos fundar el capítulo merideño. Y aquí en Anzoátegui lo logramos fundar en la década de los ochenta”.

Con la ayuda de ese capítulo recién fundado también lograron organizar la escuela de medicina en Barcelona que hasta esa época sólo había sido una extensión de la Universidad de Oriente. Y, a principios de los noventa, pudieron celebrar con cohetes que por fin Barcelona tenía su postgrado de medicina interna.

Por suerte de la vida, dice Peñalver, pudo formar parte de las tres fundaciones. Por suerte de la vida, repite, fundaron su propia escuela de medicina que no era extensión de nada ni nadie. Y por suerte de la vida pudo ver a la primera promoción del postgrado por el que tanto luchó. Lo repite una vez más como para asegurarse de que los señores encargados de entregar las suertes de la vida lo escuchen y sepan lo agradecido que está por la que él ha tenido.

Y con tanta suerte, no tuvo que viajar más el Dr. Peñalver. “Me quedé acá pero por delante teníamos la escuela de medicina, el postgrado, el capítulo y todas las cosas que venían con eso”, explica. No viajó más, por fin se quedó estable y estático. Pero por como lo dice, se sabe que no lo necesitó. Le bastó con ver a sus médicos egresados y a sus internistas especializados; con ser padrino de varias promociones y con colegiar a todos sus internistas. Formar otros fue viaje suficiente.

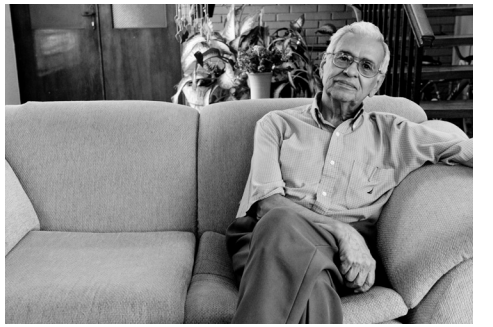


Dr. Jorge Osorio Colmenares
Educarse para educar
Capítulo Aragua

En julio de 1857, Juan Vicente Gómez. En octubre de 1859, Cipriano Castro. En mayo de 1883, Eleazar López Contreras. Y en abril de 1914, Marcos Pérez Jiménez. Los cuatro militares habían nacido en ese pequeño tramo de tierra tachirense donde se asientan Capacho, Michelena, Queniquea, Libertad y La Mulera. Esas escasas hectáreas habían dado, en menos de 60 años, esos cuatro hombres que mandaron más que nadie. Habían dado, en total, 48 años de gobierno personalista. Pero nunca habían dado un médico que curara a los suyos.

Por esa razón, en esa tierra tachirense, para la década de 1930, no había sino parteras, comadronas, curanderos, boticarios, sobadores de huesos y otras versiones rudimentarias y lejanas de lo que es un médico. Por eso, un jovencito de 10 años llamado Jorge Osorio Colmenares, nacido en el pueblito Libertad, decidió que él sería el primero. El primer gocho nacido en Libertad que sería un médico de los de verdad-verdad.

Así lo cuenta hoy el doctor Osorio. Que él pertenece a esa tierra de cordillera, neblina y viento que lamentablemente, dice, es famosa por esas cuatro joyitas. Y se ríe el doctor. Se ríe entusiasmado porque está echando un cuento que, se nota, le gusta echar. Lo echa, además, con vocabulario nutrido, con entonación cuidada, con pausas precisas entre un momento y otro de su vida y descripciones exactas de cada emoción que fue sintiendo. Lo cuenta, pues, como un poeta.



Porque él es en el fondo un humanista: poeta y literato frustrado que dedicó su vida entera a la medicina y, más que nada, a la medicina interna. Lo demuestran sus reconocimientos, su participación en la Sociedad Venezolana de Medicina Interna, su larguísima trayectoria docente. Lo aseguran sus cientos de alumnos, sus muchos profesores. Pero, dice él, no es ni tan frustrada esa ambición literaria. Hoy en día se dedica a “pagar la deuda”: leer y escribir cinco horas diarias. Y hasta ha publicado cuatro libros.

Pero esa parte del cuento es mucho más adelante. Por los momentos, el doctor que está sentado en su sofá, tomándose una y otra taza de café, ni siquiera ha salido del pueblo tachirense.

El viaje hacia el título

"Ahí en Libertad no teníamos ningún tipo de asistencia médica. Si a alguien del pueblo lo agarraba una enfermedad seria, había que llevarlo corriendo a la capital del estado, San Cristóbal. Entonces yo fui comprendiendo que había la necesidad de ayudar a la gente de alguna manera". Y así decidió que se iría, apenas terminara el bachillerato, a estudiar medicina.

No parecen 76 años de edad los que se levantan, se sientan, se vuelven a parar para llenar otra taza de café y se sientan de nuevo para seguir contando su historia a ritmo de locomotora. Locomotora que ya habló de su nacimiento en 1934, de esos primeros años en el pueblo tachirense, de primaria y secundaria, de su graduación de bachiller. Locomotora lista para irse a Caracas a la Universidad Central de Venezuela en el año 1952.

Allí está, recorriendo las calles de la capital por primera vez en su vida. Emocionado como un niño el día en que por fin se estaba inscribiendo. Impaciente y desesperado por comenzar su camino hacia la medicina. Y luego está tristísimo. Inconsolable está por lo que acaba de saber tan sólo quince o veinte días después de haberse inscrito.

"Llegó una autoridad de la universidad cuyo nombre no recuerdo y nos dijo que la universidad iba a ser cerrada por Pérez Jiménez. Y fue hasta honesto el hombre. Nos dijo que no era un cierre de fin de semana ni era a causa de una crisis de profesores, que ese cierre iba pa'largo. Así que teníamos la opción de irnos del país o intentar entrar a la Universidad del Zulia o la Universidad de Los Andes, que por primera vez iban a hipertrofiar su cupo de admisión para darle cabida a 120 bachilleres adicionales. Y el proceso de admisión fue complicadísimo", recuerda el doctor. Rememora los tres exámenes de admisión que tuvo que presentar –"uno escrito, uno oral y otro teórico"–, y lo bien que salió en todos ellos.

Y por esas cosas del destino, el muchacho que salió hacia Caracas terminó de vuelta en Los Andes. Esta vez, en Mérida. Allí tuvo muy buenos profesores. Excelentes todos y excelente todo. Pero apenas se enteró de que, 18 meses después, se reabría la UCV, hizo sus maletas y volvió a su destino inicial.

Allí, cuenta el literato doctor que ahora vive en Maracay, fue que entró en el panorama la medicina interna. "Alrededor de tercer año tuvimos unos maestros...", dice, y allí se detiene la locomotora llamada Jorge Osorio. Debe parar, seleccionar con pinzas las palabras que va a utilizar para describir a esos profesores que tanto le dejaron. Las encuentra y sigue su camino. "Te digo que la talla de esos maestros era, así escrito con mayúscula y dicho con énfasis, EXTRAHUMANA. Además, la comunicación entre ellos y nosotros era muy cálida. Entonces nos fueron impregnando del espíritu de sacrificio y del beneficio social que resulta de la medicina interna. Nos enseñaron, en términos sencillos, que esto es un apostolado que busca cualquier cosa menos beneficios de carácter económico. Allí es donde nace nuestro interés no por resolver los problemas de una persona, digamos la neumonía, la diabetes o la fractura de alguien en específico, sino por resolver los problemas de una sociedad entera evitando que haya muchas neumonías, muchas diabetes y muchas fracturas. Así fue que aprendimos que ese aspecto de globalidad y totalidad sólo lo proporciona la medicina interna".

Lo malo de la cosa era que para el año en que se graduó el flamante doctor Osorio, no existía en Venezuela un postgrado de medicina interna. No había otra opción para el joven doctor, pues, que buscar una beca para irse del país y perseguir esa especialidad de la que se había enamorado.

El resultado de lo extrahumano

Pero no. Nada de eso de estarse yendo de Venezuela. Porque en el mismo momento en que finalmente se graduaba el médico de Libertad –y esta parte la cuenta el doctor Osorio con un nuevo brillo en los ojos y en la voz– se anunció la creación del primer postgrado de medicina interna, que comenzaría en el año 1959 y graduaría su primera promoción en 1961.

Ahora vuelve a agarrar el ritmo de locomotora el doctor que, se nota, quería llegar a esta parte de su historia. Su parte favorita, probablemente. La parte en que esos maestros extrahumanos que tanto admiraba, que tanto respeto le infundían, decidieron lanzarse a la empresa de formar a los primeros médicos internistas de la historia venezolana.

Osorio se endereza en el sofá y se lanza una catarata de elogios, admiración y emoción.

"Tres grandes hombres idearon hacer el postgrado de medicina interna en el 59: José Ignacio Baldó, Henrique Benaim Pinto y Otto Lima Gómez. Lo lideró, principalmente, Baldó, quien fue uno de los grandes conductores de la medicina venezolana. Fue, de verdad, un hombre extraordinariamente meritorio y tenía un espíritu de gran organizador, espíritu de capitán. Él se dio cuenta de la importancia de que formáramos aquí nuestros propios recursos nacionales. Entonces estos tres fueron los que crearon y condujeron el postgrado. Y te lo digo yo que tuve la oportunidad de ser alumno de dos premios Nobel en el exterior: la calidad de ellos como profesores y como seres humanos era realmente extrahumana. Te lo repito con énfasis y mayúsculas".

Y también en mayúsculas echa el resto de la historia. Cuenta que fueron 20 afortunados los que se repartieron entre el Hospital Vargas y el Hospital Universitario. Cuenta, con palabras más fluidas que nunca, cómo el grupo del Vargas en el que estuvo él fue formado esencialmente por Benaim Pinto, Augusto León y José Ángel Lamberti. Y cuenta, en la cúspide de la emoción, que por la gran calidad humana de sus profesores la tolerancia siempre caracterizó los debates y cómo siempre y en todo momento se le respetaron sus creencias de izquierda.

A esa altura del cuento se levanta el doctor Osorio y sorpresivamente se va de la habitación. Vuelve, segundos después, con un libro gastadísimo de tantas lecturas y enseguida explica que esa edición de *El doctor Arrowsmith* que se ve ahí, en sus manos, se la dio Benaim Pinto el día de su cumpleaños, a escasas tres semanas de graduarse del postgrado. Emocionado, lee la letra indescifrable que domina la primera página: "A mi estimado discípulo Jorge Osorio, con gran respeto por él y su interés político y humano en nuestra problemática social, claro ejemplo de que las ideologías no deben separar a los hombres cultos quienes pueden llegar a un mismo destino por diferentes caminos. En recuerdo de su distinguida figuración en nuestro primer curso del postgrado. Muy cordial y afectuosamente, Henrique Benaim Pinto". El doctor lanza un suspiro de los largos y cierra el libro: "Bello, bello, bello. Eso indica el talante humano de aquel caballero".

Ahora, con un entusiasmo aún mayor, va contando lo que aprendieron los alumnos de esos hombres de tan gran corazón. "Ellos lograron, ante todo, impregnar de beneficios sociales esa estructura tecnocientífica del postgrado. Aprendimos a preguntarnos, ante las distintas enfermedades, ¿qué leño ha nutrido este fuego? Y así fuimos haciendo énfasis en que la educación es la cosa más importante en el desarrollo de la medicina. Es decir, que la medicina debía ser, en primer lugar y con 90% de importancia, preventiva y luego curativa. Si tienes diabetes o cáncer, ya el incendio está establecido. Por eso, nosotros aprendimos que lo ideal es llegar más temprano. Esa es la concepción social de la medicina que nos dejó el postgrado".

Y no se detiene, Osorio. Dos o tres sorbos del sexto café de la tarde, una mirada ocasional hacia la ventana por la que entra la luz maracayera, y sigue adelante con todo lo que para él significa la medicina interna. La comunicación con el paciente, dice, es fundamental. Que el médico internista debe convertirse en una especie de maestro de escuela para cada paciente que llega al hospital o al consultorio. Porque eso significa, insiste, que el paciente a su vez educará a su familia. Y así hay más y más educación que prevendrá más y más enfermedades. La educación para la educación, pues.

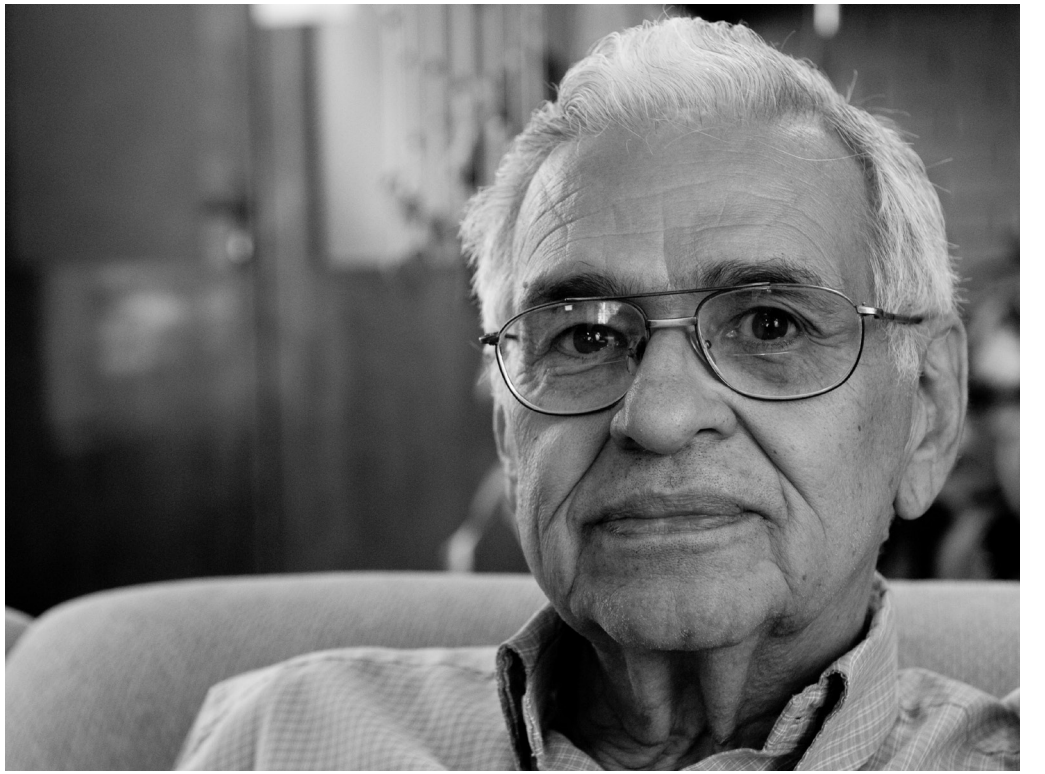
Por eso, explica Osorio, la relación con el paciente debe ser íntima en el plano humano. “Porque uno debe interesarse, aparte de por la enfermedad como tal, por las condiciones en las que vive el paciente, por su mundo cultural, por su religión e ideología para tratar de evitar el próximo enfermo en la familia. Aproximarnos al paciente con calidez y con espíritu de bondad y asistencia. Porque esto es, definitivamente, un apostolado”.

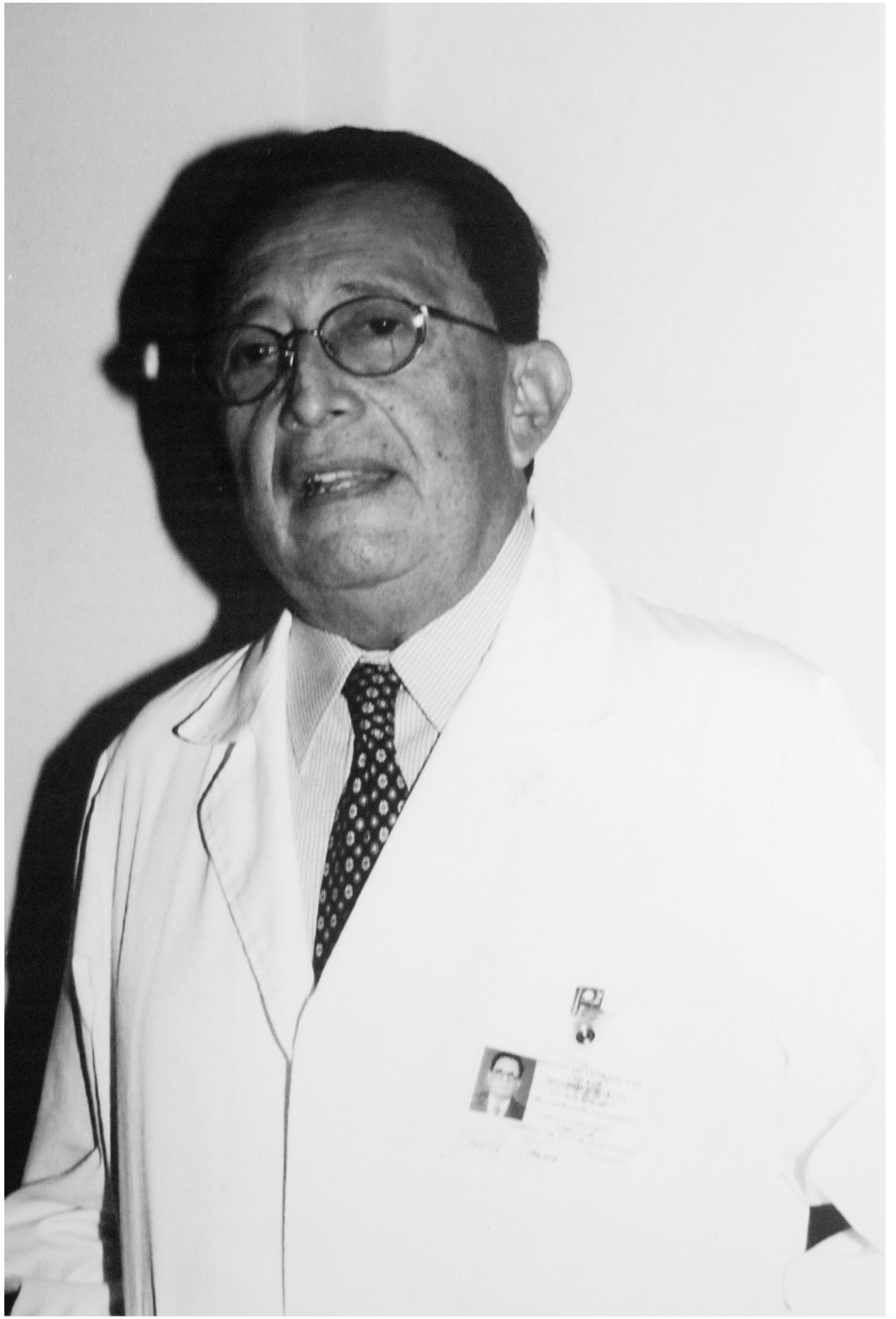
Educación y más educación

El resto del recorrido del doctor Jorge Osorio Colmenares es pura educación. En Trujillo, donde fue docente de pregrado y jefe de servicio de Medicina desde 1961 hasta 1964. Luego en Maracay, la que hoy en día es su ciudad. Primero en el Hospital Civil también como jefe de servicio, y segundo –luego de un paréntesis en el que estudió un postgrado en la Universidad de Cornell de Nueva York en atención progresiva del paciente– en el recién inaugurado Hospital Central de Maracay con el mismo cargo. Desde 1973, dirigió las clases de pregrado en el Hospital y, desde 1975, hizo lo propio con las clases del postgrado de medicina interna que él mismo fundó para la Universidad de Carabobo.

Pero la educación no se quedó allí. Demasiado importante como para no trascender el hospital y las aulas universitarias. Por eso, Osorio vio en la Sociedad Venezolana de Medicina Interna un aliado imprescindible, una institución necesaria: “La Sociedad se ha encargado de que esa educación continúe bajo las mismas premisas que nosotros aprendimos en nuestro postgrado: con cuidado por el sentido humanístico y siempre haciendo énfasis en el compromiso social del médico. Por ello es que las grandes pautas de la medicina interna venezolana las ha manejado y las sigue manejando la Sociedad”. Así, habla sobre el que en un principio se llamó Capítulo Central –integrado también por los internistas valencianos con Pepe López a la cabeza–, que organizó todo tipo de reuniones intercapitulares, congresos, jornadas y actualizaciones para asegurar la educación continua del internista. Hasta que el capítulo aragüeño se fundó hace un par de años con exactamente los mismos objetivos y con varios antiguos alumnos del doctor Osorio al mando.

Pero de eso ya no participó él. Porque después de 40 años de docencia y asistencia médica, le llegó la hora de jubilarse y darles paso a las nuevas generaciones. La hora de, finalmente, ser el humanista que siempre fue. Así dice el doctor que nació en la misma tierra que Castro, Contreras, Gómez y Pérez Jiménez pero que menos parecido a esos cuatro militares no pudo ser.





Dr. Luis Rafael Navarrete (QEPD)
El método y la voluntad
Capítulo Bolívar

Después de mucho hospital y muchas revistas clínicas y muchos alumnos y mucha consulta privada, el Dr. Luis Navarrete llegaba a su casa en la noche. Colgaba su bata en la entrada y saludaba a su esposa Gladys y a sus cuatro hijos antes de sentarse a leer alguna publicación médica. En eso, Gladys se sentaba a su lado para preguntarle que cómo le había ido, que cómo estaba el hospital, que cuánto había hecho en la consulta. Navarrete contestaba en orden sin despegar la mirada de su revista. Me fue bien, decía; en el hospital todo bien, seguía; en el consultorio hoy más bien perdimos plata, le tuve que dar a una paciente viejita para que se comprara las medicinas que le compré, terminaba. Y tampoco despegaba la mirada de su revista cuando Gladys, infartada, le decía que por el amor de Dios, Luis, que así no se podía, que por eso estamos como estamos. Él seguía leyendo, quizás soltando media sonrisa.

Porque siempre hacía cosas por el estilo. Porque encima de que sólo atendía a unas dos o tres personas cada tarde en la consulta, por eso de que el médico internista que se respetase se dedica totalmente a sus pacientes, no podía dejar ir así a esa viejita que no tenía para pagar la consulta ni las medicinas. Porque, cuentan los tres con todo el orgullo del mundo, el Dr. Luis Navarrete estaba convencido de que la medicina interna era el colmo del humanismo. Los tres recuerdan, ríen, suspiran y hablan sin parar de ese doctor que entregó su vida a la medicina interna. Son Gladys y sus dos hijos que aún viven en Ciudad Bolívar: Luis Alonso y Cecilia. Y a la distancia, su otra hija Ana Carolina. Y tienen tantos cuentos y tantas anécdotas que se interrumpen entre sí, luego se ríen, luego entremezclan un cuento y otro y siguen hablando no del Dr. Luis Navarrete, sino simplemente de “Luis” o de “papá”. “Vivíamos del aire”, dice Cecilia, soltando otra risa. “Tú ves los libros de contaduría de la consulta de mi papá y te das cuenta de que el 80% de los pacientes que atendía eran familiares o amigos a los que no les cobraba. Y del 20% restante, no le cobraba ni a la mitad”.Y enseguida toma el relevo Luis: “Esta casa que ves aquí era una clínica,

era un hospital, era un centro de ayuda... todo el mundo venía para acá y no había nadie de la familia que se viera con un médico que no fuera mi papá". Porque la entrega de Navarrete, insisten, era total. Como médico, como padre, como docente, como estudioso. Revisan los papeles y los currículos que tienen allí tan organizados, tan guardados con esmero, y hablan de toda su trayectoria. Hablan, con admiración, de lo lejos que llegó su padre y esposo en cada una de las facetas en las que se desarrolló.

Las dos palabras

Cuentan, con especial énfasis, esas dos palabras que caracterizaron los 80 años de vida de Navarrete. De cómo todos sus actos respondieron a dos sustantivos: método y voluntad. "Era un hombre que nació en una Venezuela muy rígida, muy estricta y con muchas normas. Entonces", explica Cecilia, "la disciplina era el abecé de su vida, era su esencia. Era disciplinado con su higiene personal, con sus horas de trabajo, con sus horas de estudio. Y ese método y disciplina hicieron que fuera un hombre que estudió toda su vida, hasta el último día. Porque nos decía que, en medicina, si no estabas encima de las actualizaciones y la educación continua, sencillamente no estabas. La palabra detenerse nunca existió para él".

Y Gladys sigue el hilo de esa idea. Cuenta que el Dr. Navarrete nunca dejó de asistir a esas actividades de formación organizadas por la Sociedad Venezolana de Medicina Interna y otras sociedades. Dice que no importaba que fueran congresos, simposios, jornadas o simples charlas, él iba a lo que hubiese para mantenerse al día. Hasta se endeudaba con el banco, cuenta Gladys, para asistir a esas actividades. "Y de verdad estudiaba todos los días de su vida. Porque no era médico durante los días nada más o en horario de oficina, era médico siempre. Entonces todas las noches se sentaba a leer cuanta revista pasara por su lado. Todavía", suspira la señora de Navarrete, "llegan las revistas a la casa". Hablan los tres de cómo, a pesar de la fuerte artritis que lo atacó durante muchos años, el doctor nunca dejó de atender ni de estudiar ni nada. "Fue siempre un guerrero", dice Luis. "Nunca aflojó... Él sabía que si hacía lo que tenía que hacer, le salía todo. Ojalá todos hayamos interiorizado esa capacidad de trabajo y sacrificio". Ahora es Cecilia la que toma la palabra para decir que sí, que la medicina fue la gran pasión y el gran amor del Dr. Luis Navarrete. "Porque más allá de ser bueno en lo que hacía", dice la hija que no estudió medicina sino odontología, "amaba lo que hacía. A mí me sorprendía todos los días, porque muchas veces para ponerlo a prueba yo le llegaba con datos de algunos de mis pacientes del consultorio odontológico y me decía a mí misma: 'Lo voy a fregar'. Y le decía: 'Papá, tengo un paciente de tal edad, que vino por tal cosa', y le daba cuatro pistas más. Y él ni apartaba la vista del periódico y me decía: 'Eso es tal cosa'. Y yo me quedaba ponchada y me decía: '¿Pero este tipo tiene un disco duro de qué tamaño?". Una capacidad médica, concluyen los tres, asombrosa. Que unida con esa voluntad y ese método, formaban un tridente poderoso. Por eso, a cada rato se encuentran a estudiantes o pacientes del Dr. Navarrete que se deshacen en elogios. Sin importar en cuál parte del recorrido de la vida del médico se encontraron con él, cuentan, todos tienen un buen recuerdo suyo. Porque el recorrido, dicen, estuvo lleno de éxitos. Rodeados por casi una veintena de cuadros que pintó Gladys, la artista de la familia, van sacudiendo sus memorias y sacando fotos viejas y viajando por esa historia.

Contra todo pronóstico

Cuentan cómo un niño nacido en 1930 en el pueblo de Aguasay, estado Monagas, tenía muchas más probabilidades de ser becerrero que de ser médico internista. Pero hablan de las ganas que Luis Navarrete le puso a la vida para graduarse de bachiller después de pasar por el liceo San José de Los Teques y el Liceo Fermín Toro en Caracas. Y en ese punto, Luis se aventura y dice la razón por la que él siempre ha creído que su padre, al graduarse de bachiller, decidió estudiar medicina allí mismo en Caracas. "Su mamá, o sea mi abuela, murió cuando él tenía 18 años por un derrame durante un parto. Entonces yo creo que él, con aquella impotencia, quiso ser médico para evitar muertes innecesarias como la de su mamá".

Y siguen con sus años en la UCV, luego con su graduación como médico cirujano en agosto de 1959, en la promoción Dr. José Ignacio Baldó. Cuentan cómo al graduarse, el Dr. Otto Lima Gómez le ofreció una beca para formar parte del primer curso del postgrado de medicina interna. No saben bien qué le motivó a cursar ese postgrado, pero sí tienen certeza de todo lo que significó, para él, la especialidad. Recuerdan que en esa misma mesa donde están sentados ahora, durante las largas conversaciones que tenían antes y después de los almuerzos, Navarrete decía que el único médico completo e integral era el internista. Decía, también, que es la primera persona a la que el paciente tiene que acudir, así tenga un dolor de muela. Hablaba sobre la importancia de la historia clínica, lo fundamental de escuchar al paciente y escucharlo bien y de la dimensión social y humana de la medicina interna. Todo para diagnosticar y tratar a cada paciente de la manera más precisa y eficaz posible, tomando en cuenta no sólo factores científicos sino valores de todo tipo: desde los religiosos y culturales hasta los sociales.

Y cuando van a comenzar a hablar del momento en que terminó el postgrado, cuando le tocaba irse desde Caracas hasta Ciudad Bolívar con otros dos internistas graduados del mismo postgrado llamados Eduardo Jahng y Waldemar Kiechle, suena el timbre. Y quien entra por la puerta es, precisamente, el Dr. Waldemar Kiechle.

Ahora son cuatro y no tres las voces que narran el recorrido del Dr. Luis Rafael Navarrete. Kiechle, que ha sido desde 1959 amiguísimo de la familia, habla también con admiración y orgullo de su compañero de vida. Habla de cómo se fueron juntos a Ciudad Bolívar para formar parte del grupo de médicos fundadores de la Escuela de Medicina de la Universidad de Oriente. Cuenta que no la tuvieron fácil, que al principio fueron recibidos con recelo pero que después de limar las muchas asperezas, se comenzaron las clases en 1963. También habla el médico, entre risas y recuerdos, de la participación que tuvieron los tres, que eran los únicos médicos internistas del estado Bolívar, en la fundación del capítulo Sur y Oriental de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. Ellos, que además habían participado en la fundación de la Sociedad el mismo año en que se graduaron del postgrado, formaron parte del grupo de internistas de esa región del país que se dio cuenta de la necesidad de dar a conocer y proyectar su especialidad. Y, también, de darle una formación continua a los suyos.

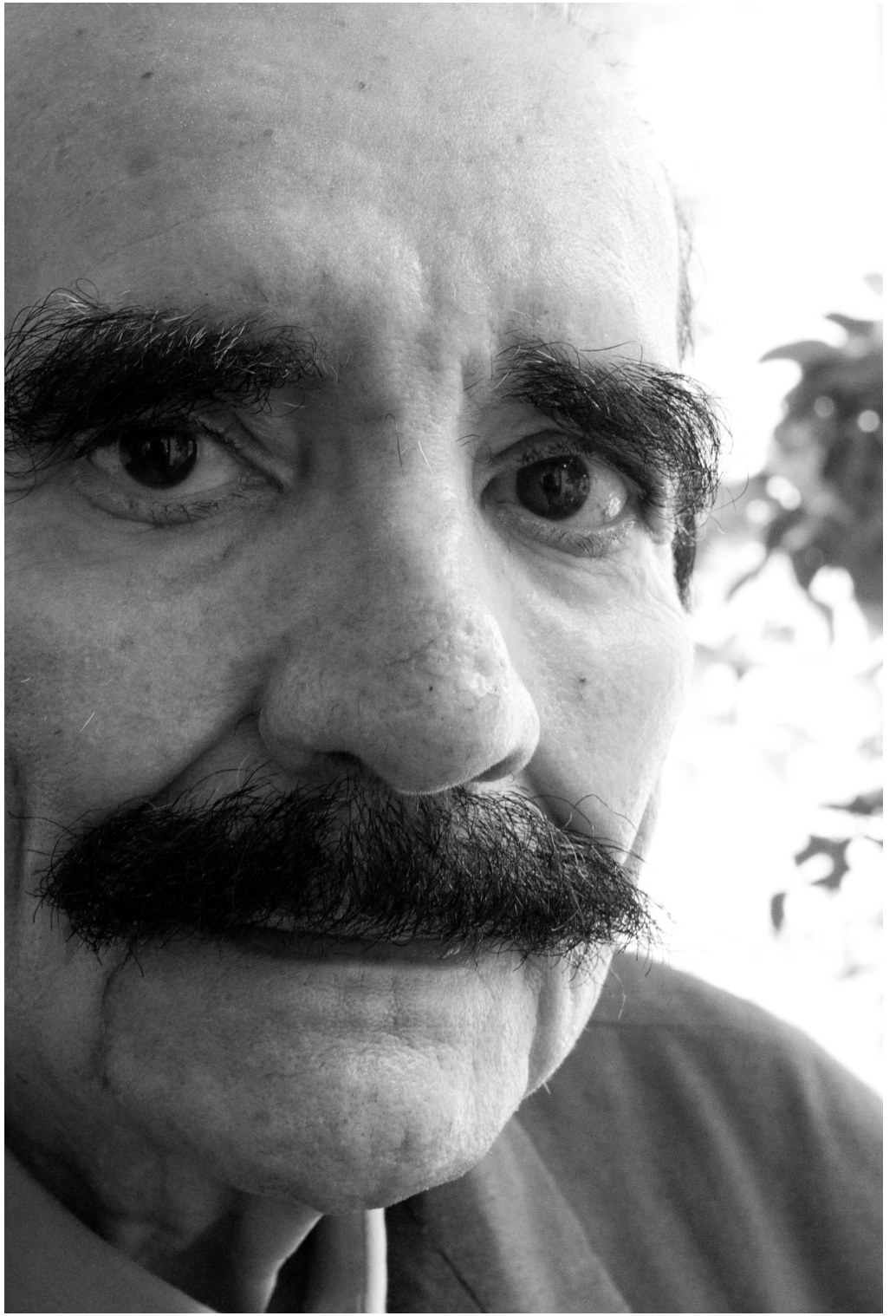
Por esa misma razón, cuenta el amigo de toda la vida de Navarrete, lucharon tanto por fundar el postgrado de medicina interna de la UDO en el Hospital Ruiz y Páez de Ciudad Bolívar. Y lucharon y lucharon hasta que por fin, en 1987, se dio inicio al primer curso con seis alumnos becados por el Ministerio de Sanidad.

Maestro de maestros

Esos seis alumnos, probablemente, son de los que se encuentran a la señora Gladys, o a Luis, o a Cecilia, o a Ana Carolina, y hablan varios minutos, horas tal vez, sobre lo que significó para ellos un hombre que fue padrino de varias promociones, que escribió tres libros, que llegó al escalafón de profesor titular y que fue, en dos ocasiones, presidente del capítulo Sur y Oriental de la SVMI.

Una vez, cuentan, un ex-alumno se puso de rodillas ante Navarrete, jurando que le besaría los pies. Y por muy exagerado que suene el cuento, ninguno de los cuatro que están sentados alrededor de la mesa duda que sea verdad. Porque lo han vivido a cada rato.

Para que no queden dudas, abren la carpeta donde están los currículos y las hojas de vida. Allí también está una semblanza que escribió un antiguo alumno del Dr. Navarrete, el Dr. Tarik Saab. Y sólo por citar una parte, leen: "Son tantas las remembranzas que desborda un hombre de su calidad humana, de su impecable actividad profesional, de su indoblegable capacidad de lucha, de su sensibilidad ante los problemas de la región y del país, y sobre todo, de su desempeño académico, que prefiero no comprometer en este momento tantas gratas anécdotas haciendo especial referencia a tan solo una de ellas en esta semblanza del Dr. Luis Rafael Navarrete Guevara, maestro de maestros". Y no dicen más nada. Simplemente suspiran, se levantan y siguen con su día, diciéndose a sí mismos que ojalá hayan interiorizado tanto método y tanta voluntad que hicieron de su padre, amigo y esposo todo lo que fue.

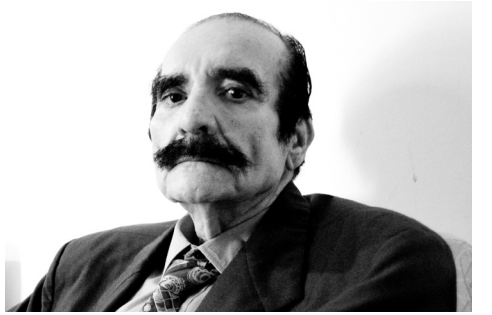


Dr. José Enrique López
La educación infinita
Capítulo Carabobo

Cajas y más cajas. Amontonadas sobre sí mismas, cajas medianas, grandes, pequeñas y enormes que eran el pasatiempo de un muchacho de cuarto año de bachillerato. Verlas y espiarlas. Todos los días ir a medirlas con la mirada, adivinar qué llevaba dentro cada una de ellas. Día tras día, mirar cajas. Cuarto año completo, quinto año completo. Todo porque él sabía que esas cajas serían el Hospital Central de Valencia.

Porque ya en cuarto año de bachillerato, José Enrique López sabía que iba a ser doctor. Estaba seguro de su vocación, esperaba impaciente graduarse de bachiller para comenzar, finalmente, a formarse como médico. Para arriba y para abajo iba con un botón amarillo en su camisa de liceísta. Azul para los que estudiarían Ingeniería, rojo para los de Derecho y amarillo para los futuros doctores. Por eso, al ver las cajas que habían llegado de Alemania con camillas y equipos quirúrgicos, decía a sus compañeros: éste será nuestro hospital.

Pero ese muchacho también lo sabía mucho antes de que llegaran las cajas a Valencia. “Desde chiquito, eso me lo inculcó mi mamá”, dice ahora el doctor José Enrique López a sus ochenta años. “Mi mamá, cuando estaba embarazada de mí, soñó que era un hombre y que orinaba parada como un hombre. Entonces, junto con mi tía, buscó en un libro de interpretación de los sueños y allí leyeron: la mujer que al estar grávida sueña ser un hombre y orinar como un hombre, parirá un hijo que será médico y el honor de su familia”.



Por eso, cuenta el Dr. López, nunca le dieron un regalo que no fueran ampolletas, pomaditas o estetoscopios de juguete. “Desde que tengo 4 años”, se ríe, “yo ya estaba viviendo el sueño de mi mamá. Mi vida estaba resuelta desde 1934”.

Y se sigue riendo el hombre que, quince minutos atrás, bajando las escaleras, sí parecía de su edad, pero que ahora aparenta haber nacido mucho después de 1930. Porque al hablar de la medicina y del camino que tuvo que

recorrer para ejercerla, López se suelta, pierde los años y habla con la lucidez y la fluidez de alguien décadas menor.

Con tal energía comienza a relatar ese camino que lo ha traído hasta aquí y ha hecho de él profesor destacado de la Universidad de Carabobo, fundador de su posgrado de Medicina Interna, individuo de número de la Academia Nacional de Medicina e importantísimo miembro del capítulo de Carabobo de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna.

Porteño, valenciano, caraqueño y paulista

Comienza a echar el cuento sentado en la sala de su casa. Lo rodean paisajes y retratos pintados por Braulio Salazar. Uno, dos, tres, ocho cuadros del pintor valenciano guindados en las paredes. “Fue amigo mío durante 30 años”, explica el coleccionista López, que también ha sido retratado por el artista. En el pasillo que da hacia el resto de la casa, muestra orgulloso el lienzo que lo muestra a él, 20 años menor, con toga, birrete y bandas que revelan sus honores de la Universidad de Carabobo.

Pero el cuento comienza mucho antes de esos honores. Comienza en los años cuarenta, cuando Puerto Cabello aún no contaba con escuelas que llevaran a sus alumnos más allá de sexto grado. Allí había nacido el Dr. López y allí crecía junto a su madre. Y allí se hubiera quedado a no ser por la certeza más que absoluta que ella tenía del porvenir de su hijo, el futuro doctor.

López recuerda, rememora y cuenta. Narra el bachillerato valenciano con certeza del futuro caraqueño que lo esperaba en cuanto comenzara la universidad. Y así fue, dice. El futuro doctor comenzó sus estudios de medicina en la vieja sede de la Universidad Central de Venezuela hasta que la dictadura lo obligó a él y a muchos otros a buscar nuevos paraderos para terminar lo comenzado. Lo cuenta por encima de los cientos de pajaritos que cantan sin parar a pesar de la neblina y la lluvia de esa tarde de domingo.

“Me fui”, explica, “cuando hubo dificultades políticas en Venezuela y cerraron las universidades. Ahí, muchos decidieron marcharse para España, otros para México. Yo a ninguno de los dos lugares, porque en ninguno de los dos se veía enfermedades como las que teníamos en Venezuela. Decidí irme a Brasil, porque las patologías de allá eran igualitas a las de aquí”.

Patologías tropicales, dice, que se estudiaban en San Pablo. Sus ojos explican la pasión que tuvo que sentir por su carrera para irse sin compañía alguna al más distinto de los destinos y sin hablar ni una palabra de portugués. Para estudiar las mismas enfermedades, para seguir por el mismo camino que venía recorriendo, para convertirse en un médico venezolano con conocimientos venezolanos.

Siguen cantando los pájaros, siguen los lienzos de Salazar dominando la sala y sigue la memoria del Dr. López viva, vivísima. Sin dudar, narra todos los detalles del cómo, cuándo y dónde con fechas incluidas. “El 20 de diciembre de 1954 terminé la carrera en San Pablo. Apenas terminé, volví para Venezuela. Aquí conocí la experiencia de algunos médicos que se habían graduado fuera y que, por no tener el título venezolano, se iban al medio rural y trabajaban allí el resto de sus vidas. Entonces cuando llegué, me quedé en Caracas y presenté la reválida, esta vez en la nueva sede la UCV. El 20 de julio de 1955 me gradué de médico cirujano venezolano”.

Compromiso valenciano

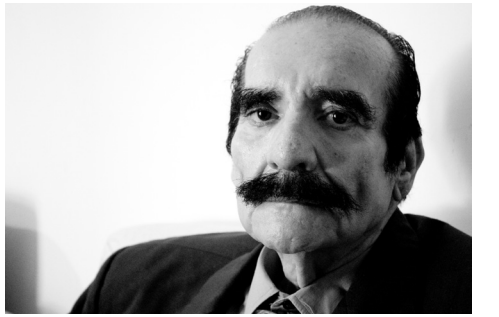
Y luego de San Pablo, luego de Caracas y luego de obtener un título que llevaba 25 años vaticinado, vuelta a Valencia. “Volví”, dice José Enrique López, “por el compromiso que había adquirido con la ciudad en la que pude obtener mi título de bachiller”.

Una vez de vuelta, el Dr. López ingresó a las filas del Hospital Central de Valencia. El mismo hospital que había visto diez años antes llegando en cajas desde Alemania. El que él y sus compañeros miraban a lo lejos, imaginaban y soñaban mientras pasaban cuarto y quinto año de bachillerato para por fin poder estudiar medicina. El que visitaba cada tarde con la certeza de que ése sería “su hospital” era ahora su hospital. Con todo el peso de la palabra, era su hospital.

Allí entró para aprender y allí estuvo casi cinco años de residente. Y allí le informaron que la Universidad de Carabobo estaba dispuesta a becarlo para cursar el primer curso de posgrado de Medicina Interna que ofrecería la UCV en 1959.

“Fueron tres grandes internistas que tuvieron la conciencia de la necesidad que tenía el país de formar personal propio para los hospitales”, dice López. Y narra los nombres de los responsables de que él y otros tantos se convirtieran ya no en médicos cirujanos sino en médicos internistas: Dr. Benaim Pinto, Dr. Otto Lima Gómez y el Dr. Baldó.

Luego de esos dos años de especialización, cuenta López, y de presentar en 1962 su tesis doctoral para convertirse en Doctor en Ciencias Médicas, volvió nuevamente a tierras valencianas para asumir el compromiso que había adquirido con la UC de dictar la cátedra de Medicina Interna. Ingresó como uno de los primeros profesores de la nueva universidad y fue nombrado jefe de cátedra. Desde esos días, cuenta el doctor, ha estado trabajando en la UC. “Y todavía no me he jubilado”, se ríe y vuelve a parecer un joven de cincuenta y pico de años.



Educación y educación continuada

Desde esas aulas el Dr. López ha enseñado, durante casi medio siglo, lo que para él es la esencia de un médico internista. “La belleza de la medicina interna”, dice, “es hablar con el paciente. Vas preguntando todo: qué tuvo, qué tiene, qué tiene su familia… Porque como le digo a mis alumnos, el hombre es él y su circunstancia”.

Y en esas palabras de Ortega y Gasset, López ubica la principal virtud de un buen internista. “Porque el diagnóstico es, muchas veces, esa circunstancia. Si veo que la paciente no duerme bien de noche, que a veces llora, que tiene palpitaciones y sudoraciones, le pregunto si es casada, si trabaja o estudia, a qué hora llega, si le hace comida a los niños y otras cosas de su rutina. Si está fallando en una de esas cosas, ella cae. Si me dice que no le dieron un ascenso en el trabajo porque se lo dieron a una con piernas más bonitas, sé que de ahí viene la hipertensión. Por eso, un internista siempre debe entrar en las circunstancias”.

Eso es lo que ha intentado transmitir durante sus años y años de docencia. “Que cada alumno sepa que no se puede ser internista sin indagar en ese contexto para saber si la enfermedad es orgánica o psicosomática”, dice el doctor López. Y agarra impulso y sigue: “Que sepan que el tiempo que deberán invertir en esas indagaciones será mucho, muchísimo. Que sean como el torero, que estudia al toro apenas entre al ruedo: fijarse en cómo abre la puerta del consultorio, cómo mira al entrar, si se sienta o no se sienta, si se ve tembloroso, si tiene cara de angustia. Y que sientan que justamente allí, en esa necesaria cercanía con el paciente, en ese permanente conversar con él, está lo bonito de la medicina interna”. Ésas son, para él, las condiciones para que un buen doctor pueda llegar a ser excelente internista.

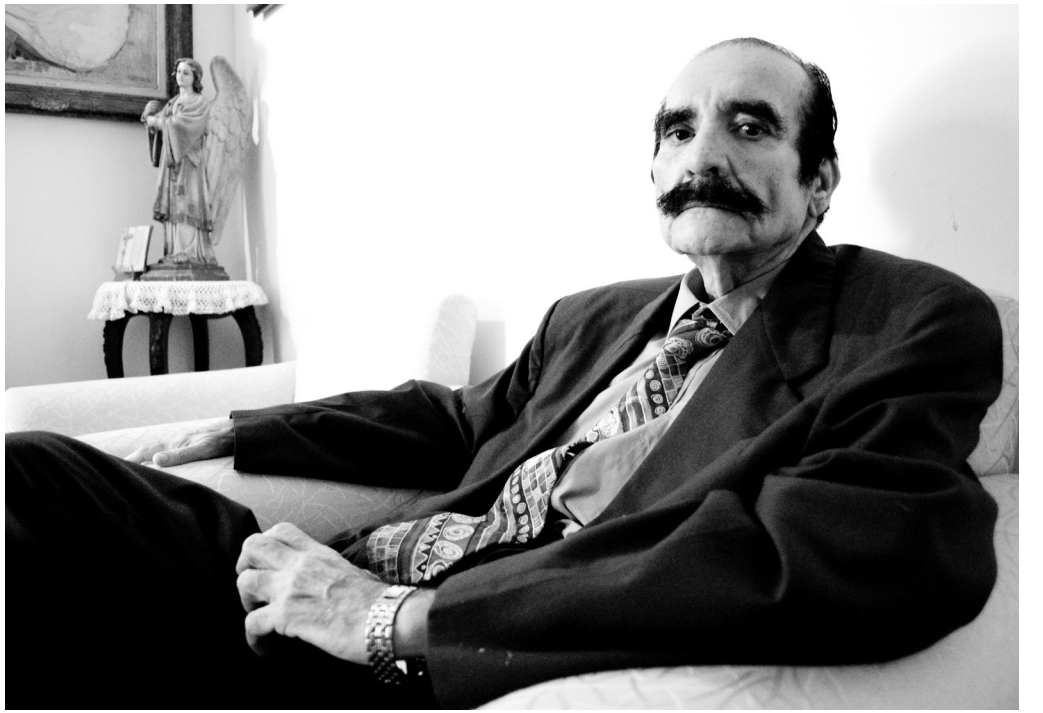
Y con el objetivo de que esa educación del internista no cesara al alejarse de las aulas universitarias se fundó, en 1960, el capítulo de Carabobo de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. “Fue el Dr. Fabián de Jesús Díaz quien introdujo en el recién creado capítulo a todos los médicos que trabajaban en el servicio de Medicina Interna, así no tuvieran el título de internistas. Y ahí fue cuando yo ingresé a la Sociedad”, dice el Dr. López mientras acaricia su bigote negrísimo.

Cuenta que al comienzo no eran sino 30 miembros y que, contándolo a él, sólo 5 tenían estudios de posgrado de Medicina Interna. Pero allí estuvo, dice, la principal fortaleza del capítulo: combinar y colegiar a dos generaciones que tenían formas muy distintas de practicar la medicina. “Así, todos fuimos entendiendo la importancia de las historias clínicas, del electrocardiograma, del examen físico y de la evolución del paciente”.

Y la importancia, sobre todo, de la continuación de la educación como internista. “Buscábamos becas para los nuevos miembros o estudiantes universitarios que prometían, organizábamos cursos dictados por médicos caraqueños o internacionales y cada 15 días organizábamos conferencias de salud pública, cirugía o enfermedad de Chagas”, relata López. “Definitivamente, lo que más importancia tuvo dentro de la Sociedad fue la formación”.

Y, aún con la mirada joven que le entra al hablar de su pasión, con los gestos sueltos y las palabras fluidas, el doctor José Enrique López insiste una última vez en eso de la educación continuada del internista. Que nunca deja de aprender, que nunca debe dejar de aprender.

Esa tarde almorzará con su esposa y con su hijo y su hija, que también son médicos internistas. Ahí, sobre la mesa, probablemente conversarán y relatarán casos y anécdotas de pacientes. Probablemente estará atento a todos los detalles, como el torero que siempre pone de ejemplo. Y probablemente ahí, compartiendo con su familia durante un domingo cualquiera, continúe su educación infinita de médico internista.



Dr. José Játem Villa (QEPD)
Picar y extenderse
Capítulo Falcón

Le decían que Caracas era el lugar para quedarse. Ahí estaban todos los postgrados, todos los institutos y sociedades, todas las oportunidades. Decían que volver al interior era como volver a una cueva muy muy vieja y muy muy incomunicada. Le decían a ese flamante médico internista recién graduado del postgrado que ahí en la capital podía dar clases, que ahí podía colegiarse, que ahí lo tenía todo y que ahí se le abrirían todas las puertas. Y no eran unas puertas cualesquiera, las caraqueñas. Eran puertas grandes, amplias y relucientes. Así le decían. Pero el Dr. José Játem no escuchaba nada de eso. Sonreía educadamente y decía que quizás, que lo iba a pensar. Pero lo único en lo que pensaba era en volver. El mismo día que recibió el título de postgrado preparó sus maletas para regresar a Punto Fijo y allí seguir con lo suyo: atender y desarrollar la medicina interna de Falcón. Porque las puertas no se le abrían, sino que tenía que abrirlas él mismo. Y quizás no eran tan relucientes, tan grandes, tan majestuosas. Pero eran puertas más profundas.

"Yo misma le decía que nos quedáramos en Caracas", se ríe la Sra. María Isabel Hernández de Játem, 35 años después del volver o no volver. "Le decía para hacer nuestra vida allá por todas esas puertas que se nos abrían. Pero nunca quiso. Prefirió volver a su terruño a abrir sus propias puertas aquí porque como había mucho más por hacer, eran más profundas. Entonces se vino directamente al Hospital Cardón a comenzar sus actividades científicas, gremiales y docentes. A desarrollar todas sus inquietudes". Y desde el estudio del Dr. Játem en su casa de Punto Fijo, ella insiste en eso de *todas* sus inquietudes. Porque José Játem no se conformó con desarrollar una de sus facetas. Nunca fue sólo médico de consulta, ni sólo profesor, ni sólo activista de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. Desde incluso antes de graduarse del postgrado de medicina interna, el Dr. Játem quiso ser bueno en todo: en su consulta, en el hospital, en la SVMI, en su casa, en el restaurante donde se conseguía con sus amigos, en la directiva del club al cual

pertenecía, en la cabina de radio desde donde transmitía su programa acerca de medicina todos los sábados por la mañana. Por eso siempre fue la definición, dice María Isabel, de lo que es ser polifacético. Y Douglas Játem, el hermano del doctor, no podría estar más de acuerdo. Está sentado en el sofá del estudio, al lado de María Isabel, y asiente como gritando sí, sí, sí señor. También asiente su hija Marisabel, que se une al recuerdo. Dice que sí, que como padre era fenomenal y que como abuelo, ni te imaginas. Entre los tres van reconstruyendo la vida del hermano, esposo y papá que falleció en febrero de 2009 pero que, dicen ellos, sigue llenando ese estudio, esa casa y esa familia con su presencia.

Equilibrio ante todo

Cuentan, a tres voces, que el Dr. Játem desarrolló cada una de esas facetas con la misma intensidad y dedicación. Señalan sus fotos, sus certificados, sus diplomas y su gorra de los Leones del Caracas y dicen que sí, que el equilibrio fue lo que más caracterizó toda su vida.

En ello insiste Douglas. Hace todo el hincapié y pone todo su énfasis en que su hermano, al que todos le decían Poky, hizo de todo y todo lo hizo bien hecho. Como científico, dice, nunca dejó de estudiar. Siempre procuró mantenerse al día y actualizado con revistas médicas, libros, congresos, foros, jornadas e Internet para poder darles a sus pacientes la mejor atención. Porque fue, dice Douglas, un asistencialista de primera. Fue muy humano, además, porque nunca dejó de ver al paciente como persona. Y siempre fue consciente de sus amigos y su familia. Recuerda Douglas que se reunía todos los sábados con sus cinco o seis amigos de toda la vida. Religiosamente, todos los sábados. Igual que religiosamente llevaba su vida familiar. “Poky regresó para Punto Fijo para ejercer su cargo de médico internista en el hospital”, dice Douglas, “pero a su vez explotó esas otras actividades complementarias. Por un lado, está su faceta científica que desarrolló en el hospital y con la SVMI haciendo actualizaciones, investigaciones y publicaciones; por otro lado está su actividad gremial con el Colegio de Médicos, del cual llegó a ser secretario general; y también desarrolló un trabajo ciudadano importante presidiendo el Club Falcón y más todavía con el programa de radio *Praxis Médica* que hacía junto con el Dr. Plinio Valles. Y siempre le dio más importancia a la familia que a cualquier otra cosa. Tanto de la que vino como la que creó con María Isabel”. Y cuentan que siempre fue así. Como prueba, sacan el currículum y leen: miembro de la SVMI desde 1976, fundador y presidente del capítulo de Falcón, fundador y director médico de la Policlínica de Especialidades de Punto Fijo, jefe del servicio de medicina interna del hospital Dr. Rafael Calles Sierra, organizador de las actividades docentes del Hospital Cardón y del mismo Calles Sierra, padrino de varias promociones y condecorado con la Orden de Mérito al Trabajo en primera clase otorgada por el Gobierno nacional. Guardan el currículum y dicen que a pesar de que hay tantas cosas escritas ahí, tantos cargos y actividades, no tienen recuerdos de ausencias suyas. Siempre fueron presencias.

Para el paciente

Ahora habla María Isabel para decir que ese equilibrio no fue únicamente en su vida. No fue, dice, nada más un equilibrio macro. Estuvo presente también en su consultorio médico y en su hospital. “Él deja una huella de un médico con una mezcla de conocimiento y sensibilidad que le permitió siempre prestarles el mejor servicio posible a sus pacientes”. Ese equilibrio micro nació, cuentan, en el postgrado de medicina interna. Allí, Israel Montes de Oca y Henrique Benaim Pinto, sus queridísimos profesores, le enseñaron la importancia de la relación del internista con su paciente. La cercanía y la empatía necesarias para trascender el hígado o el corazón o el riñón. El micro pero enorme equilibrio entre el conocimiento y la sensibilidad de los que habla la Sra. María Isabel. “Por eso él no veía a más de tres o cuatro pacientes diarios en su consultorio. Tardaba horas con cada uno: preguntándole sobre su vida, sobre su trabajo, dándole toda la confianza para que hablara con él. Y él veía a los médicos que atendían a nueve o diez pacientes en una tarde y decía que nunca haría eso porque prefería ver bien a un paciente que mal a cinco”. Probablemente por eso fue que siempre tuvo el mismo Ford Fairlane. Se ríen María Isabel y Marisabel con el recuerdo del carro-lancha del Dr. Játem y dicen que sí, que encima de que veía a pocos pacientes, a la mitad de ellos ni les cobraba y a los que les cobraba les cobraba muy poquito. Dicen que por eso siempre vivieron de manera sencilla y humilde. “Mi papá era muy desprendido de lo material”, dice Marisabel. “Si llegaba alguien de escasos recursos a su consultorio, no le cobraba y lo atendía con el mismo cariño y la misma entrega con la que atendía a cualquiera. Él nunca usó su profesión para enriquecerse”. Y las dos vuelven a lanzar la carcajada cuando recuerdan a los pacientes que se les acercaron luego del fallecimiento del doctor para decirles “un médico como Poky ya no se consigue, él ni siquiera me cobraba por las consultas”. Ellas lo saben de sobra. Se ríen y dicen que lo saben de sobra porque lo vivieron de primera mano.

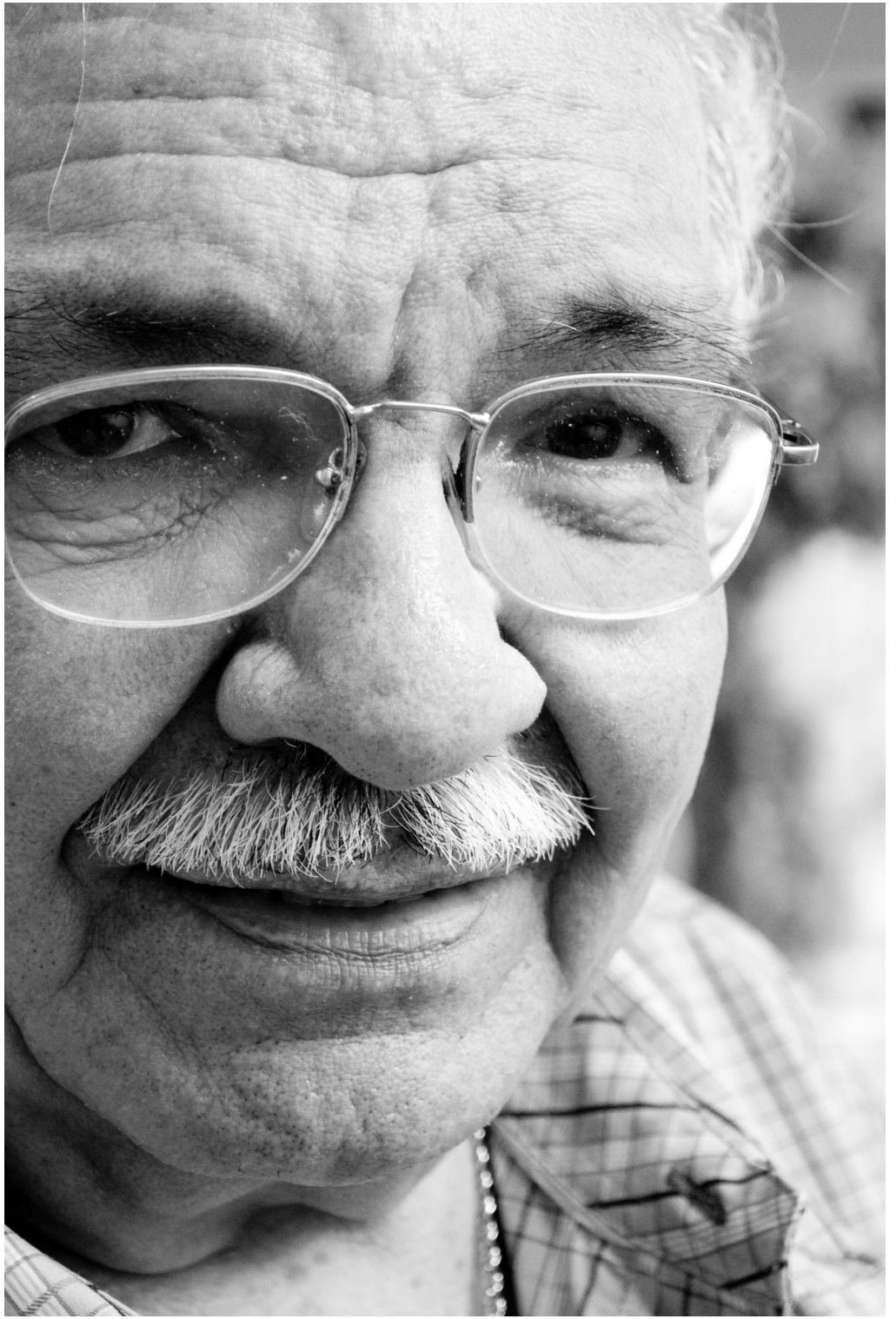
Ahora María Isabel, la artista que pintó prácticamente todos los cuadros de la casa de los Játem, recuerda la sensibilidad que su esposo mezcló con el conocimiento científico. “Con los pacientes se manejaba increíblemente porque era de una psicología estupenda. Hablaba mucho con ellos, los reconfortaba, mantenía conversaciones larguísimas y profundísimas para mentalizarlos de que estaban bien. Tenía muchísimo *feeling* con ellos. Desde ese punto de vista, era muy psicológico e incluso recargaba muy poco de medicinas a sus pacientes”. Y vuelve a reírse al recordar que hace poco otra paciente de su esposo le dijo que su médico nuevo se la pasa mandándole cualquier cantidad de pastillas, mientras que el Dr. Játem sólo le mandaba la medicina para la tensión. Cuenta que la paciente viejita suspiró y dijo “¡Ay, cuando el Dr. Játem!”. Y dice Marisabel que encima de eso, su conocimiento científico era enorme. “Sus diagnósticos eran impresionantes. Un colega le decía que tenía un paciente que presentaba tales y tales síntomas y él le decía que se fuera por tal lado, que le preguntara tal cosa y que le hiciera tales pruebas. Y a la semana el colega lo llamaba para decirle que tenía toda la razón”.

Lo que quedó

Buscando que esa mezcla de ciencia y sensibilidad se institucionalizara, Játem luchó por la creación del capítulo de Falcón de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. Para que en los congresos, en los encuentros, en las jornadas y en todas las actividades de los internistas falconianos se dijera que esa medicina tan científica y tan humana a la vez era la que necesitaba el estado y el país. Y lo logró en 1992. Y sus compañeros lo nombraron presidente como reconocimiento al empeño que le puso. Y otro reconocimiento que le dieron sus compañeros, alumnos y colegas fue la creación en 2007 de la cátedra de medicina interna Dr. José Játem Villa dentro del servicio del hospital “en donde toda la generación de relevo lo recordara y aprendiera sus cualidades y virtudes como internista pionero de Paraguaná”. Así lo escribe la Dra. Esther Chirinos, actual presidente del capítulo de Falcón.

De ese tamaño, más o menos, fue el legado del Dr. Játem. “Yo creo que como médico dejó mucho”, insiste su hija Marisabel. “Todos los doctores que ejercen hoy en día fueron sus alumnos y siempre dicen que recibieron una parte importantísima de su formación de mi papá. Dicen que él dejó una huella en ellos y en la manera en que ellos trabajan, en cómo se relacionan con el paciente, en su honestidad y su mística de trabajo. Siempre hablan de él con mucho orgullo por haber sido sus alumnos”.

El resto lo dicen todos los reconocimientos que andan por ahí. La Orden Rafael Gallardo allá, la otra condecoración en aquella esquina. Las pocas lagunas que Douglas, María Isabel y Marisabel dejan vacías las llenan esos diplomas, placas y plegarias del médico que le dieron tantos pacientes. Una de esas placas, hecha después de su fallecimiento por los doctores y trabajadores del servicio de medicina interna del Calles Sierra, expresa más que ninguna otra. “Gracias por brindarnos tu sabiduría, tu capacidad de dirección, tu tenacidad para hacer las cosas. Con ella te ganaste el respeto, la consideración y la admiración de todos los que formamos parte de este servicio. Quisiéramos tenerte siempre con nosotros”. Todo eso nació con la medicina interna. Todo comenzó en las clases de Montes de Oca y Benaim Pinto. Partió de ahí, sí. Pero picó y se extendió como bien se dice coloquialmente. El Dr. José Játem volvió a su tierra para picar y extenderse por todas partes.



Dr. José Moros Guédez
El recorrido de una pasión
Capítulo Lara

Ya nadie lo sabe, pero entre la esquina Salas y la esquina Mercedes quedaba el Puesto de Socorro de Salas. Allí, a dos cuadras del Colegio La Salle, prestaban primeros auxilios y atendían mínimas emergencias. Allí, frente a la placita de Las Mercedes, llegaban fracturas, abdómenes agudos, desmayos repentinos. Y allí, en el banquito de sala de espera más duro de su vida, durmió una noche entera el bachiller José Moros Guédez.

Porque aún no era doctor ni médico internista. Era, apenas, estudiante de primer año de medicina. Bachiller, pues. Y los bachilleres no tenían dónde dormir en el Puesto de Socorro de Salas. Los bachilleres no tenían por qué quedarse hasta las tres de la mañana asistiendo a una operación de fémur con injerto. Pero tales eran la curiosidad y las ganas de aprender del joven estudiante de medicina que hubiera dormido en ese mismo banquito hasta tres días sin importarle nada. Estaba ahí porque él y algunos compañeros se habían metido de manera informal en el Puesto de Socorro para acompañar al grupo médico a hacer sus guardias. Y una noche escuchó que el Dr. Augusto Díaz iba a poner un injerto en la femoral de un paciente que había llegado esa tarde con el fémur fracturado. “Eso me llamó tanto la atención”, dice ahora el Dr. Moros, “que lo tenía que ver. Entonces me quedé de asomado y vi todo el procedimiento. Pero como nosotros no teníamos ni cuarto ni ningún sitio para dormir y cuando terminó ya no tenía cómo ir a mi casa o a la universidad, dormí en un banquito de madera y a la mañana siguiente me fui directo a clases”.

Ésas son las travesuras de adolescencia que recuerda un hombre que ha dedicado su vida entera a la medicina. “Mi mujer”, ríe Moros, “siempre lo ha dicho: no tuve ningún tipo de infancia porque todo el tiempo era trabajo y más trabajo. Es verdad... yo siempre he sido un apasionado de la medicina. Y desde esa época de mis primeros años de universitario no lo hacía por obligación sino porque me gustaba. Me encantaba, más bien. Y siempre quería hacer mi trabajo lo mejor que podía”.

Así lo cuenta el doctor de 73 años que tiene la memoria intacta, perfecta. Le da vueltas a sus recuerdos, los exprime, los invoca, y luego suelta la fecha precisa, el nombre y apellido, el lugar donde estaba o el guión exacto de lo que ocurrió aquel día del 60 y pico.

Internista o nada

Y recuerda con mayor claridad aún la definición de su vocación. Lo cuenta como si se hubiera forjado entre ayer y esta mañana, no allá en Caracas sino ahí mismo, en ese Barquisimeto nublado y lluvioso lleno de verde por todos lados. No le faltan las palabras y traza el camino exacto entre su tercer año de universidad y este momento en el que un laureado médico internista habla sobre su carrera, su docencia y su Sociedad Venezolana de Medicina Interna. “A partir de tercer año trabajé en la Cruz Roja y allí coincidí con doctores de mucho renombre y prestigio y tuve la oportunidad de prepararme muchísimo más. Y como había cuatro servicios y como estudiante uno debía estar seis meses en cada uno, aprendí en la práctica de gastroenterología, cardiología, neurología y dermatología. Así se afianzó mi vocación de internista”, cuenta el Dr. Moros con sus matas de mango y su verde de fondo.

Mientras comienza a cantar un loro que hasta el momento había pasado desapercibido, Moros clava su vista más allá de su jardín, más allá del valle que está inmediatamente debajo y también más allá del río Turbio que está en algún lugar de ese verdor y va precisando cómo fue el cortejo entre él y la medicina interna. “Durante los últimos años de la carrera, que es cuando uno va tomando la decisión del campo en el cual va a ejercer la medicina, yo admiraba mucho a mis profesores de medicina interna. Al Dr. Augusto León, al Dr. José Lamberti y a Benaim Pinto sobre todo. Y uno también oía hablar de Otto Lima Gómez y veía en esos señores un modelo a seguir por todo lo que sabían y por cómo lo transmitían. Yo quería ser como ellos, quería saber tanto como ellos”.

Indetenible, el Dr. Moros dibuja al Dr. Benaim Pinto en sus aulas de la UCV dando cátedra acerca de la medicina psicosomática, de la importancia de la relación médico-paciente, de poder conversar con él y palparlo para llegar a un diagnóstico más completo. Se dibuja a sí mismo de 22 años, anotando todo eso como loco, dándole la importancia merecida a la cuestión clínica y a esa relación con el paciente que les permitían a los internistas de la época hacer su trabajo sin las inexistentes tecnologías.

Allí comenzó el enamoramiento, y pronto continuó con el reto que representaba ser internista para el joven Moros. “Los casos más difíciles”, dice, “siempre fueron los de medicina interna. Porque no es que abres o revisas una placa y encuentras lo que está ocurriendo, sino que tienes que analizarlo, razonarlo, discutirlo. Eso hacíamos con los casos más difíciles y por eso los cirujanos nos llamaban ‘los apagafuegos’... Además, ejercer la medicina interna te sacaba de la rutina de cada día, del aburrimiento de las especialidades que siempre ven lo mismo”.

Destino larense

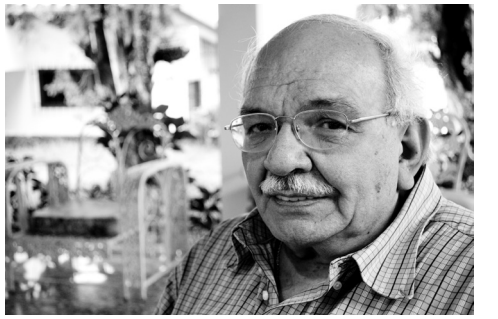
Así va, hablando de aquello, con colinas verdísimas de fondo y la brisa meneando las matas de mango de su jardín barquisimetano.

No caraqueño, ni valenciano, ni merideño. Barquisimetano porque allí lleva el Dr. Moros Guédez viviendo toda su vida, ejerciendo toda su vida y enseñando toda su vida.

Nació en la capital, estudió en la capital, se graduó de médico cirujano en la capital allá por el 61. Pero pronto Barquisimeto comenzó a guiñarle el ojo al recién graduado Dr. Moros. Porque le habían ofrecido puestos en distintas ciudades, pero nada que le llamara la atención. Le ofrecían pediatría, oncología, incluso un cargo en el servicio médico de la Creole –atendiendo a puros pacientes sanos–, pero nada de eso le interesaba.

“Entonces, se me ocurrió meter mis papeles en el Ministerio de Sanidad”, dice, y se le ilumina la cara como si recién se le hubiese ocurrido en ese preciso momento, tantos años después.

De ahí en adelante la cosa fue coser, cantar y mudarse al estado Lara para ocupar el puesto que le ofrecía el Ministerio como interno en el Hospital Central de Barquisimeto Antonio María Pineda. Dos años allí y luego un paréntesis de otros dos años para cursar, de vuelta temporalmente en Caracas, el postgrado de medicina interna en la Universidad Central de Venezuela y graduarse en su segunda promoción. Y volver a Barquisimeto a hacer su vida de medicina interna.



Práctica, docencia y sociedad

La comenzó casi al bajarse del carro que lo llevó de nuevo a la que ya es su ciudad. Casi sin almorzar después del viaje, fue a inscribirse en el Capítulo de Lara de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. De inmediato, al Hospital Universitario Antonio María Pineda a retomar su práctica como internista y antes de cenar, pasarse por la Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado a comenzar su recorrido docente. Casi fue así la cosa en ese año 1967, cuando Moros regresó a Barquisimeto con su título de posgraduado en medicina interna: sin demasiadas contemplaciones, ponerse a trabajar inmediatamente desde esas tres trincheras.

Y ahora, sentado en su jardín acariciando a un labrador que acaba de aparecer con un mango en la boca, a Moros no le cuesta demasiado recordar el camino que él y otros recorrieron en el trabajo incesante por la medicina interna.

Ayudar a fundar el postgrado de la UCLA, organizar simposios, jornadas y foros desde la SVMI acerca de cualquier tema que fuese de interés para los internistas posgraduados y hasta para los que aún no tenían el título de especialización, inventarse la modalidad de Internista en Acción para esos simposios y jornadas, ser secretario de la Comisión de Docencia del Departamento de Medicina de la Universidad, ser secretario, tesorero y hasta presidente del capítulo de Lara de la Sociedad, luchar para que el FIDES financiara una total remodelación de la Unidad de Cuidados Intermedios del Hospital... Todo, con un solo objetivo. Todo eso que va recordando y enumerando, riéndose de aquellos tiempos, hecho con una sola meta en la mente. “Siempre hemos perseguido estimular el crecimiento y el desarrollo del conocimiento científico aquí en el estado Lara. Desde la Universidad, la Sociedad o el Hospital, siempre hemos tenido esa meta. Antes de que ocurriera esto, yo siempre decía que la medicina se puede hacer bien donde uno quiera hacerla bien y cada día me he convencido de que lo hemos logrado. Entre la Sociedad, el Hospital y la Universidad hemos crecido y hemos logrado trabajar para que aquí se tenga toda la tecnología de punta posible y todas las herramientas de trabajo para hacer buena medicina”.

Y ahí está ahora el Dr. José Moros Guédez. Luego de 30 años de trabajo en el Hospital y otros tantos de docencia, dice estar satisfecho. “Completamente satisfecho”, afirma y reafirma. Porque ya no son 4 sino 20 postgrados en el campo de la medicina los que ofrece la UCLA. Y así como ha crecido la academia, ha crecido el capítulo larense de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna, que no ha dejado de acompañar la evolución de la medicina barquisimetana. Además, la unidad de cuidados intermedios del Hospital Universitario Antonio María Pineda fue bautizada como la Unidad Dr. José E. Moros Guédez y el American College of Physicians lo nombró *fellow* en 2008.

Y sin embargo él sigue sonriendo, recordando el banquito de madera donde pasó la noche entera con la emoción de haber visto su primera operación de fémur.

Dr. Eloy Dávila Celis (QEPD)
La lucha holística
Capítulo Mérida

Todos los visitadores médicos se morían del aburrimiento. Ya eran casi las seis de la tarde y ninguno de los doctores había salido a recibirlos. Por eso todos tenían la misma cara: cara de estar odiando esas sillas tan incómodas de la sala de espera, cara de mañana busco otro trabajo, cara de si no salen en diez minutos juro que me voy. Pero el deber obligaba y ahí se quedaban con sus maletines llenos de muestras, listos para cuando se abriera esa puerta y salieran todos esos médicos que siempre les hacían esperar tanto.

Y por fin se abría la puerta. Y los visitadores se levantaban, agarraban sus maletines y se lanzaban al ataque. Pero ahí para recibirlos no estaban todos los que trabajaban en el consultorio. Sólo estaba el Dr. Eloy Dávila Celis, quien rápidamente los convencía de que los otros iban a tardar horas enteras en salir, que ahí esperando les iba a dar casi la medianoche y que mejor le daban a él todas esas muestras médicas. Para que no se queden frías, decía. Y entonces el Dr. Dávila salía de su consultorio con los brazos llenos de medicinas, casi sin poder cargar tantas, y se iba a abastecer la despensa médica de su otra consulta: el hospital que todos los mediodía armaba en su casa.

“Ahí, en ese cuarto”, dice tantos años después Eloy, uno de los cuatro hijos del Dr. Dávila. “Ése estaba lleno de muestras médicas y en el de más allá atendía a los pacientes de su otro consultorio: gente de la parroquia, de La Pedregosa, del Ejido, de La Mesa y de todos los alrededores que no tenía con qué ir a clínicas privadas. Entonces venían para acá al mediodía y papá los veía y les daba medicina. Y esto se la pasaba lleno de gente y por eso es que cuando llegábamos a esa hora a la casa teníamos que esperar una hora antes de poder sentarnos a almorzar”, se ríe Eloy Dávila hijo mientras recuerda tanta gente llenando los pasillos de esa casa colonial.

En esa casa nació y creció el Dr. Dávila y en esa casa nacieron, crecieron y ahora viven sus hijos Eloy y Diego. Y desde esos mismos pasillos los dos hermanos reconstruyen la vida en-

tera de su padre. Sacan documentos, miran fotos, hojean libros, revisan recortes de prensa y van turnándose todas esas carpetas en las que guardan ese amplio archivo con todo el esmero del mundo. Documentadísimos y con rigor de historiadores, van contando lo que hizo su padre, lo que la gente recuerda de él, la controversia que giró a su alrededor, los pacientes sin recursos que siempre atendió sin cobrar nada.

Internista antes del internismo

Y cuentan todo lo que luchó por la medicina interna en el estado Mérida. Incluso antes de que ésta existiera, dicen los dos casi al unísono. Cuentan esa lucha con detalles, pero primero cuentan el camino recorrido para llegar hasta allá. Van turnándose, repartiéndose la biografía de su padre –de lo médico se encarga sobre todo Diego, que siguió los pasos paternos y es internista y cardiólogo–, tomándose su tiempo y acompañando lo que dicen de las pruebas irrefutables que sacan a cada rato de las carpetas que están sobre la mesa.

Comenzando por el principio, cuentan que había un solo reloj en toda la casa y que por eso no se sabe bien si el Dr. Dávila nació el 13 o el 14 de julio de 1911. En todo caso, nació cerca de la medianoche. "Y fue en ese cuarto que está allá", explica Eloy apuntando hacia una habitación grande en una esquina de esa casa Las Tapias, tan colonial con sus techos altos y todas sus matas y sus corredores amplios y toda esa elegancia rústica. "Por esta casa que tú ves aquí han pasado seis generaciones de la familia", dice y comienza a enumerar a tatarabuelos, bisabuelos y abuelos que construyeron y poblaron. Ahí toma la palabra Diego para narrar, a paso rápido, el camino hacia la medicina. Habla de la infancia merideña, del bachillerato merideño en el Liceo Libertador, de la gran influencia que fue para él su bisabuelo Eloy Paredes, quien fundó la escuela de medicina de la Universidad de Los Andes en el siglo XIX. Dice que, con toda seguridad, eso fue lo que hizo que comenzara a estudiar medicina en 1928 apenas se graduó de bachillerato. Y vuela sobre los tres años de medicina en la ULA y luego los otros tres en la Universidad Central de Venezuela en Caracas para graduarse en el 34. Luego, volver a los Andes para ser médico rural en los dispensarios de Tovar y Santa Cruz. Todo *ad honorem*, dice, porque los 41 graduandos de su promoción habían hecho un pacto de caballeros: ninguno aceptaría un cargo remunerado hasta que todos tuvieran una oferta de trabajo.

Por los pactos, por el *ad honorem*, por querer cobrar máximo veinte bolívares en su consulta privada cuando otros médicos ya cobraban cincuenta, ese doctor que describen los dos hermanos es de otro tiempo. Porque nació recién comenzado el siglo XX, hace cien años, y sobre todo porque ni siquiera existía en Venezuela la especialidad llamada medicina interna y los postgrados –tanto el de interna como los demás– no nacerían sino casi treinta años después de que se graduó. Eran otros tiempos y era otra medicina la que se hacía. Pero nada de eso, cuenta Diego Dávila, alejó a su padre de la medicina que le apasionaba, que quería ejercer por siempre, que sabía que era la mejor para sus pacientes.

"Él siempre insistió", asegura Diego, "en que había que tener una percepción global del enfermo para poder lograr la unidad en el diagnóstico. Y defendía eso con mucho énfasis porque veía, como hemos visto todos los que hemos dado clases, que el estudiante tiene una tendencia a parcelar y a ver al individuo como una serie de sistemas y órganos que pueden estudiarse y conocerse por separado. Entonces insistía en que había que integrar las diferentes señales que da ese sistema, las diferentes alarmas, para poder llegar a un diagnóstico único. Y de ahí viene la visión holística que siempre profesó". Por eso el mensaje del Dr. Dávila a todos sus estudiantes de la cátedra Clínica Médica de la ULA, de la que era director, era que tuvieran esa visión global para facilitar el diagnóstico. Y por eso luchaba siempre contra la idea de que el señor paciente tiene un problema en el estómago, o en el riñón, o por aquí o por allá. Había que examinarlo todo para luego integrarlo todo y finalmente poder ir a lo particular. Les decía, también, que los exámenes se pedían con el único propósito de confirmar una hipótesis o demostrar una presunción. Nada de eso de estar pidiendo una batería de exámenes para ver qué salía. Así lo cuentan los dos hijos que ahí están, en la misma casa donde su padre atendía a sus pacientes y donde leía sus libros de medicina y donde nunca dejó de estudiar. Lo cuentan con disciplina y sin mostrar demasiado sus emociones, porque su manera de emocionarse y de recordar a su padre es contar su vida de la manera más fiel posible.

Para no dejar la cosa en pura teoría, Diego narra una anécdota que le escuchó a estudiantes de su padre y a la familia de un paciente. Anécdota, dice, que demuestra la particular intuición clínica que le permitía integrar, en medio segundo, todas las señales que le mandaba un cuerpo humano. Lo llamaron a ver un paciente, él lo examinó, pensó por unos momentos y pidió hablar con la familia. La familia le contó que el señor había estado perfecto hasta que cenó pescado. Entonces el Dr. Dávila regresó y le dijo al cirujano que ese paciente tenía un abdomen agudo quirúrgico por perforación de víscera hueca por espina de pescado. Así, sin más, lanzó el diagnóstico de doce palabras. Y en el examen y la intervención quirúrgica se confirmó. Los dos lo cuentan fascinados por esa intuición y esa capacidad integradora que hizo que su padre fuera, antes de los postgrados y las sociedades y las becas y todo eso, todo un médico internista.

"Yo creo que esa visión holística nace en dos momentos", dice Eloy mientras rememora y mira hacia el enorme terreno de la casa colonial, donde se ha sembrado caña y café por décadas. "En Tovar, donde fue médico rural, tenía que encargarse de todo y atender él solo a todos los pacientes que llegaban. Eso hizo que aprendiera de todos los órganos por igual. Y también nace de su amor por la naturaleza. Él la observaba e integraba sus elementos: veía la relación entre el pájaro y el gusano, nunca los veía como dos cosas separadas".

A pelear

Por eso es que desde 1937, cuando se hizo cargo del departamento de medicina general del Hospital Los Andes, el Dr. Eloy Dávila Celis fue defensor a ultranza de su visión holística: desde el hospital y también desde la universidad, donde era director de la cátedra de clínica médica. "Y de esa cátedra es que nace la medicina interna", dice Diego.

También dice que su padre fue ocupando distintos cargos con esa visión. Médico militar, director del Hospital Los Andes, diputado de la Asamblea Legislativa de Mérida, decano de la facultad de Medicina, vicerrector de la ULA entre el 45 y el 46, rector electo por el claustro universitario desde el 49 hasta el 51 y rector de la UCV desde el año 51. Y ahí vienen los matices: cuentan los dos hermanos que tuvo problemas en la universidad caraqueña con los estudiantes y que hasta lo tomaron como rehén dentro del rectorado. Dicen que fue una decisión política desafortunada para su padre haber aceptado el rectorado que le ofrecieron desde el Gobierno y que a raíz de haber ocupado esos cargos durante la regencia de la junta militar, Dávila fue suspendido de todos sus cargos docentes y administrativos en 1958.

Pero estuvo peleando desde esas trincheras antes y después de su período de suspensión. Vuelve a tomar la palabra Diego para narrar esa lucha que continuó su padre en 1966, cuando volvió a la ULA y al Hospital Los Andes. "Él seguía defendiendo a ultranza la visión holística y la medicina interna como especialidad, pero había quienes decían que eso era retrógrado porque el estudiante debía tener una orientación hacia una medicina especializada y que la interna era una pérdida de tiempo. Y cuando se fue a inaugurar el Hospital Universitario en 1971 vino el choque de ideas porque se concibió como un hospital de especialidades que no le daba cabida a la medicina interna".

Pero la paradoja era que todas las responsabilidades docentes del Hospital Universitario las tenían los internistas. Así que se mantuvieron en defensa de su presencia en el Hospital, de la necesidad de formar especialistas en medicina interna y de la obligación, sobre todo, de que estos especialistas fueran los que dirigieran los servicios de medicina de todos los hospitales.

De ahí en adelante, el ritmo de la historia se vuelve a acelerar con los triunfos que resultaron de la lucha. En 1974, cuentan, el Dr. Dávila fue nombrado jefe del departamento de medicina y fue a Caracas a realizar una ponencia en el primer congreso organizado por la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. Allí, además de exponer, hizo todas las gestiones para que en 1977 se fundara el capítulo merideño de la

SVMI para seguir confrontando la visión de los otros subespecialistas y lograr que se reconociera la medicina interna como una especialización necesaria. Y luego, ya como presidente del capítulo, fue uno de los fundadores del postgrado de medicina interna de la ULA.

“Por eso hoy en día”, dice Diego, “tenemos en Mérida exactamente las cosas por las que él luchó: una especialidad reconocida por la universidad y el Ministerio de Salud, un postgrado, egresados distribuidos por todo el país, un capítulo de la SVMI y un grupo de médicos internistas que son el motor del Hospital Universitario”.

Así, con orgullo y satisfacción, van los dos hijos repasando toda la vida de su padre. Tanto se enfocan en esa lucha por la medicina interna que casi olvidan decir que también fue agricultor y ecólogo, que fue uno de los grandes promotores de la creación de parques nacionales en el estado, que como rector fundó la cátedra de Ingeniería Forestal de la ULA, que llegó a ser secretario general de la gobernación, que creó el Instituto de Investigaciones Médicas de la ULA, que trajo a profesores de varias partes del mundo y que le dieron la Medalla Miranda, la Andrés Bello, la Vargas y la Bicentenaria. Casi olvidan, también, leer ese extracto de la semblanza que realizó el Dr. Carlos Guillermo Cárdenas y que leyó en un homenaje organizado por la SVMI: “Mérida, que sigue siendo una ciudad con una universidad por dentro, tuvo en don Eloy Dávila Celis, su más conspicuo merideño”.

Y lo dejan hasta ahí, aunque probablemente les queden muchas cosas por decir sobre su padre. Porque a pesar de que el Dr. Dávila, tan tímido y reservado, tan “gocho”, rara vez hablaba de sí mismo, sus dos hijos se saben su vida entera. Se la saben porque quedó reflejada allí, en todos esos recortes, semblanzas, libros, folletos y reconocimientos que van sacando y volviendo a meter en las carpetas. Reflejan todo: desde su medicina rural hasta su ambientalismo, desde sus rectorados hasta sus pasos por la política. Pero sobre todo reflejan esa lucha por la medicina interna que llevó a cabo toda su vida desde todas las trincheras posibles. La lucha holística, que así le dicen.

Dr. Marcos Luis Troccoli Hernández
El vuelo del equilibrio
Capítulo Miranda

De casa en casa, siempre con un maletincito negro. Para arriba y para abajo, incansable y entregado. Entrando en un caserío, saliendo y enseguida encaminándose hacia el siguiente. Y luego, a seguir a pie por la montaña con su maletincito y su vocación.

Ese médico familiar que andaba a pie llevando su medicina rural consigo era lo más cercano a Harry Potter que alguna vez se vio en ese pueblo tachirense llamado Táriba. Porque eso de andar por ahí curando gente con la única y exclusiva ayuda de un maletincito negro no podía ser obra sino de alguien muy especial. Sanar y aliviar usando nada más la voz, las manos y algún que otro frasquito, no podía ser del todo de este mundo, debía tener algo de fantástico.

Un mago, pues, era lo que veía el niño Marcos cuando uno de esos médicos se aparecía por Táriba y sus alrededores. Y un mago fue lo que quiso ser. Por siempre y jamás, un mago de los que curaban a los enfermos con su voz, sus manos, su dedicación y su maletincito negro.

Lo cuenta, aún maravillado, el doctor Marcos Luis Troccoli Hernández, más de cincuenta años después de asomarse por la ventana de su casita de Táriba y mirar hacia donde se perdía de vista aquel hombre y su maletín. Aún le emociona esa capacidad sobrehumana de alejar enfermedades y espantar sufrimientos.

“Viviendo en Táchira veía a ese médico y comencé a darme cuenta de que la medicina tiene mucho de magia. Porque sentarse con alguien, escucharlo, saber lo que le está pasando y ser capaz de ayudarlo... Yo no creo que haya otra expresión adecuada para describir eso que no sea tener un don especial. Porque no es una cuestión exclusivamente técnica: no es como si fuera un carro y tú dices que lo que tiene malo es el alternador o el radiador. La cosa tiene muchos más matices que eso. Por eso es mágica. Además, el médico no sólo posee conocimientos técnicos y científicos, también lo mueve una gran voluntad de ayudar”.

Y esa voluntad que vio en ellos, dice, se le fue contagiando. Por ósmosis y por puras ganas

de ser igual de mágico, el joven Troccoli ansiaba poder ayudar de esa manera. Veía a la gente quejándose de sus males y pensaba: "Si tan sólo pudiera ayudarlos". Pero no tenía las herramientas necesarias, sólo tenía la intención. Hasta que le añadió ciencia a su voluntad.

Querer ser mago rural

Así las cosas para el jovencito Troccoli: ya él y su familia habían conseguido estabilizarse en Táriba tras largos recorridos por medio continente –Brasil, Chile, Bolivia Ecuador y Panamá–; ya él, tan pero tan joven, había descubierto su vocación; y ya en el pueblo tachirense se había abierto un liceo con bachillerato.

Y en nada de tiempo, ya era un bachiller planificando su partida hacia Mérida para cursar medicina en la Universidad de Los Andes. Pero no. Era más fácil irse a Puerto Cabello, donde vivía aquel tío cercano de la familia, y estudiar en la escuela de medicina de la Universidad de Carabobo, recientemente abierta por el Dr. Edgar Sanabria. Y para allá se fue el bachiller con toda la vocación y toda la voluntad que había venido cultivando.

Todo lo cuenta rápido, el doctor Troccoli. Va al mismo ritmo que la Caracas que, a pesar de ser sábado, se mueve y convulsiona con una mezcolanza de cornetazos y canciones de pajaritos. No mueve ni un dedo mientras salta de una época a otra y tampoco le da demasiada entonación a lo que cuenta. La entonación de su cuento viene no en su voz ronca, sino en lo que dice y la emoción con que lo dice.

De un tirón, dejó más de diez años atrás y ya está a las puertas de la UC. Ya está estudiando con ese grupo de estudiantes "de gran cordialidad con el que aún mantengo una buena amistad" y con el que aún se reencuentra cada cinco años para celebrar un aniversario más. También dejó atrás a sus profesores, sus materias, todo aquello que aprendió para agregarle ciencia a sus ganas. Pero no deja atrás eso que le quedó entre ceja y ceja desde temprano en la carrera: ser médico rural.

"Hay una cosa que a mí me marcó muchísimo", recuerda el tachirense que estudió en Carabobo y ahora vive y echa su cuento en la capital del país. "Cuando yo estudiaba primer año de medicina, los estudiantes organizamos un congreso cuya consigna era 'Por un médico con conciencia social'. Estuvimos en eso una semana: debatiendo y conversando acerca de esta consigna. Por eso yo quería volver a aquello, a lo rural". Y ahora el doctor no menciona magos ni maletines ni médicos yendo de casa en casa, pero se sabe que esa temprana influencia también pesó a la hora de tomar esa decisión. Por como lo cuenta y por la importancia con la que habla sobre lo anterior, se sabe que cuando recibió su título de Médico Cirujano en 1971, Marcos Luis Troccoli tenía en su mente los maletincitos negros con los que hacían su magia los Harry Potters de su infancia.

Y para eso ya un contacto le había conseguido un puesto al mando de una medicatura, que para ese momento no era nada fácil de conseguir. Quedaba en el pueblo Villanueva del estado Lara, pero los trámites debían hacerse en Caracas. Así que el recién graduado Dr. Troccoli partió hacia allá a hacer sus diligencias y esperar.

Y esperar y esperar. Porque la cosa fue poniéndose lenta y complicándose hasta que por fin le dijeron que no, que la vacante en la medicatura había desaparecido. A esta altura del cuento es que entran en juego la casualidad y el destino.

Entran también las risas de Troccoli. Se ríe y vuelve a reírse mientras recuerda cómo un paseo caraqueño terminó en mucho, mucho más.

"Un buen día estaba caminando por Los Chaguaramos y llegué a la Ciudad Universitaria. Por una de esas cosas de la vida, entré al Hospital Clínico y empecé a caminar por ahí por primera vez en mi vida. Jamás había entrado... y llegué así como por casualidad a la dirección del hospital. Allí me encontré con una secretaria y me preguntó que si yo estaba trabajando. Y yo le dije que no. Y ahí fue que me dijo que había tres suplencias disponibles para hacer residencias: una en la unidad de terapia intensiva, otra en la unidad de diálisis y transplante renal y otra en emergencia. Como nunca había estado ni en terapia intensiva ni en diálisis cuando era estudiante, me decidí por emergencia y me dijo que fuera al día siguiente para comenzar. Así fue que terminé trabajando en el Clínico. Era exactamente lo opuesto a lo que yo pensaba hacer, pero era algo", termina el cuento el doctor y se ríe un poco más. Y así, Marcos Troccoli comenzó a ejercer, finalmente, su condición de mago. Mago urbano y no rural, pero mago al fin.

La llamada del internismo

Y mago con ganas de especializarse en medicina interna: "Finalmente, me decidí por ser internista por la sencilla razón de que cuando yo era estudiante, cayeron en mis manos unos libritos de un doctor llamado Otto Lima Gómez, que a la sazón era como el padre de la medicina interna. Uno de esos libros se llamaba *Frente al experto* y el otro *¿Sólo medicina?* Este último tenía aquella frase que dice que el que sólo sabe de medicina ni de medicina sabe, como queriendo decir que el médico tenía que ser una persona culta y sensible para poder entender el drama humano". Pero aún no era tiempo para esas cosas. Otro brinco más en su cuento y Troccoli va al momento histórico en que ya terminó esa residencia y ya está comenzando un internado en el Hospital Clínico, en la unidad de diálisis y transplante renal. No había quedado seleccionado para hacer el postgrado de medicina interna en el mismo Hospital, recuerda el doctor, y por eso se estaba conformando con lo renal. Pero el mismo día que le estaban dando la charla de bienvenida a la unidad, recibió una llamada en el hospital. Era su mamá, cuenta el internista, contándole que lo había llamado a la casa la gente del Hospital Vargas para decirle que había quedado en el postgrado de Medicina Interna de esa institución. "Imagínate", dice el doctor, "yo ya estaba comenzando el internado".

Y van más risas, ahora causadas no por la casualidad de conseguir trabajo casi por equivocación sino por lo oportuna que fue esa llamada telefónica. Y ahora está contando cómo el día que los recibieron en el Vargas, les asignaron sus salas de trabajo a todos los estudiantes y le dijeron a él que iba a trabajar en la 4 y la 7. Para la sorpresa suya, cuenta, esas salas eran precisas, exactas y casualmente las salas del Dr. Otto Lima Gómez. Las salas del hombre que con su letra escrita había inspirado al joven Troccoli a irse por ese camino del internista. "Ahí fue cuando dije: 'Aquí me quedo yo".

Una llamada más

Sonríe por las casualidades de la vida y porque está a punto de llegar a la parte de su historia personal que más le gusta, o por lo menos la que más insiste en contar. A esas alturas de las que comienza a hablar, ya había terminado el postgrado en 1976, ya había entrado al servicio de Medicina Interna del Hospital Clínico e incluso ya había comenzado a dar clases de postgrado en el Hospital Militar y en el Domingo Luciani. Allí, a esa altura del cuento que ahora va en quinta velocidad, es que el Dr. Troccoli recibe una nueva llamada.

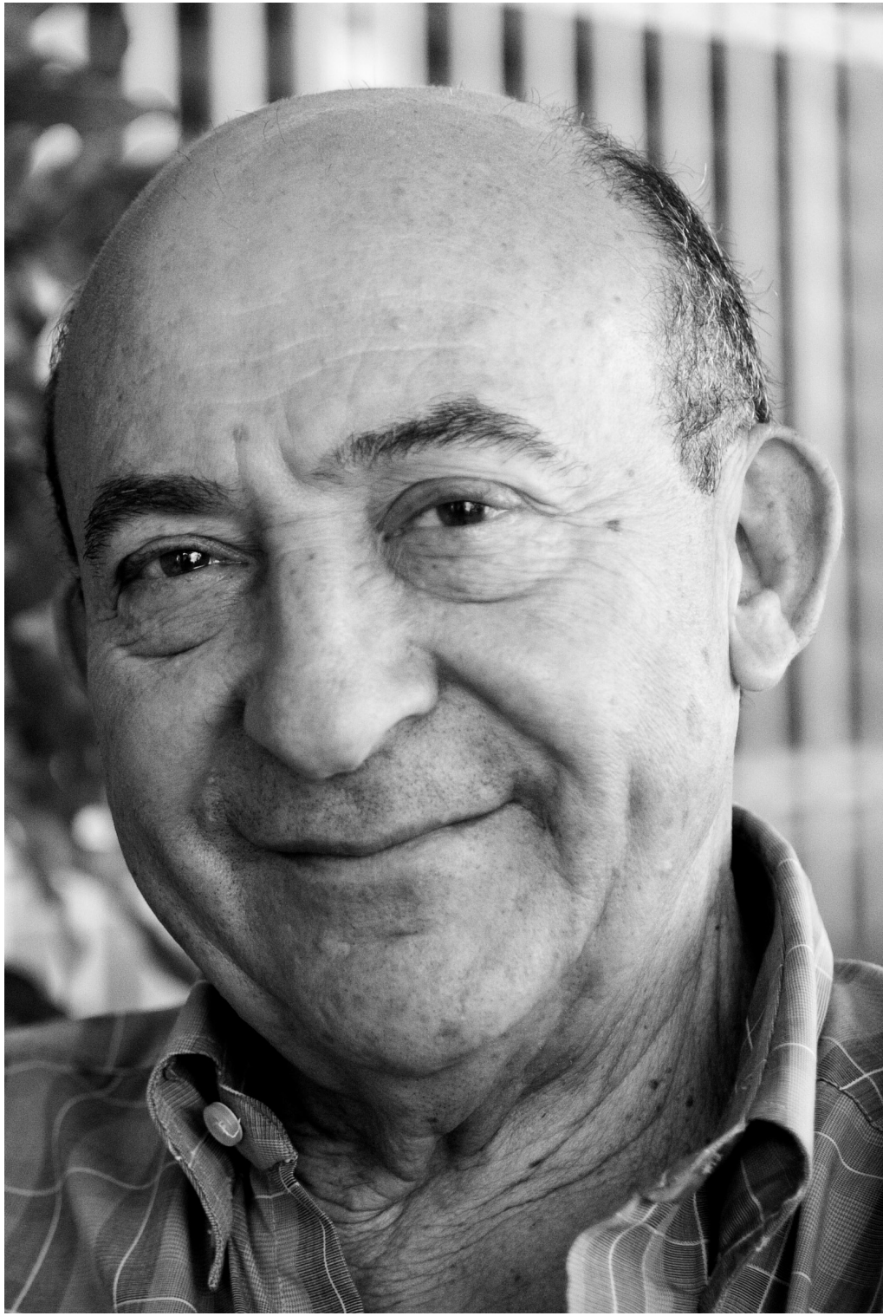
"Era el Dr. Levy Castro, diciéndome que él y un grupo de internistas estaban conformando una plancha para la directiva de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna y que querían que yo formara parte. Y yo dije okey y a los pocos meses entré en la directiva nacional de la Sociedad en una jornada que hubo en Maracay".

Ahí, en 1982, comenzó lo que sería una carrera total en la directiva nacional de la SVMI: vocal, tesorero, secretario general, vicepresidente y presidente. Fueron años, cuenta, de trabajo de hormiguita en los cuales se logró que la Sociedad fuese la herramienta para que los internistas se actualizaran, se conocieran entre sí y además se unieran para promocionar la especialidad. Por eso fundaron una revista científica e incrementaron la periodicidad de las jornadas para que se organizaran cada dos años en vez de cada cinco; por eso también fortalecieron los capítulos existentes y promocionaron la formación de algunos nuevos.

Por eso, sobre todo, se hizo el perfil del internista. Allí dice que el médico internista debe caracterizarse por lo siguiente: interacción con el paciente, cualidades curativas y preventivas, desarrollo cabal de las historias clínicas y el uso racional de la tecnología.

El doctor que ha sido tantos años profesor, director de postgrado, jefe de departamento y jefe de servicio y ha estado durante largo tiempo vinculado a la directiva de la SVMI, lanza la metáfora final, la que intenta resumir todos esos años, esas clases, ese servicio y esas luchas: "Ser internista sería como ser un ave que tiene dos alas porque con una sola no se puede volar. Un ala es la parte científica y la otra la parte humana y ética. Tener las dos te permite elevar el vuelo y llegar a distancia. Porque el que sólo tiene la parte humana se vuelve sensiblero como un brujo y el otro se vuelve un científico deshumanizado. Entonces tiene que haber armonía".

Tiene que haber, pues, el equilibrio necesario. Ése que cuando falta arruina la aspiración que cualquiera puede tener de ser un mago.



Dr. Rafael Perez Suzzarini
Nada más humano que la medicina
Capítulo Monagas

El chamo sabía que ese día había tremenda retreta. Que en la Plaza Bolívar estaría la banda estatal, dándose duro. Que entre todo el gentío, iba a estar él de primerito vestidísimo con su ropa de domingo. Que también iba a estar el director de orquesta que tanto le gustaba, dirigiendo la parranda.

Sabía todo eso, el chamo de cinco años. Y cuando ya estaba paradito con su cara de parque de atracciones, tragándose toda la música de una retreta de las de antaño, alguien le preguntó lo que demasiados adultos preguntan a demasiados niños: ¿qué vas a hacer tú cuando seas grande? Y cuando se volteó, el chamín también sabía lo que quería hacer por el resto de su vida. “Yo voy a ser doctor”.

“Y no sé por qué yo dije eso”, dice ahora, 68 años después, el doctor Rafael Pérez Suzzarini. “Me acuerdo clarito de ese día y del amigo de mi hermana preguntándome qué quería ser de mayor, pero no sé de dónde me salió lo de querer ser doctor. Porque en esa época no había televisión y en la radio nunca decían nada de eso y en mi familia no había nadie que hubiera sido médico. Lo único que sé con certeza es que desde pequeño tuve esa idea”.

Dicho ahora, con tantos años de haber sido médico de por medio, suena como una anécdota más. Así lo cuenta Pérez Suzzarini, por lo menos. Con su verbo articuladísimo, como de escritor o político, narra los hechos de aquella tarde sin darles demasiada importancia. Una respuesta sencilla de un niño de cinco años, no más.

Pero sus ojos dicen lo contrario. Sus ojos lo cuentan como algo extraordinario, maravilloso, inexplicable. Dibujan a un niño de cinco años que no sabe sumar ni restar, que aún no sabe leer ni escribir, que por haber nacido en el interior del país no es tan avispado como los capitalinos, un niño que en su vida ha conocido a un doctor. Dibujan, con todo color y detalle, la absoluta convicción con la que ese niño sentencia, sin darle demasiadas vueltas al asunto y de manera tan lapidaria, su entero futuro.

Y ya no se detienen ni sus ojos ni sus palabras. Una vez que contaron el comienzo de la historia y el surgimiento de la pasión, no pueden parar. Por eso, los minutos vuelan mientras Pérez Suzzarini va narrando ese camino que conecta al niño de cinco años en aquella lejana Plaza Bolívar con el médico internista que está sentado en su estudio, rodeado de libros y soltando más palabras por segundo que una radio prendida.

Porque el doctor se sabe su historia de memoria. La cuenta con convicción y dedicación, sin parar ni un segundo. Ocasionalmente duda de una fecha o de un nombre, pero las líneas generales de la trama van apareciendo de la mano de sus palabras articuladísimas mientras el aire acondicionado lucha contra el calor picante que ya invade Maturín a las 10 de la mañana.

“Hasta donde yo sé, en mi primer año de vida nos fuimos de Barcelona, donde yo había nacido. Por dificultades económicas estuvimos viajando muchísimo mi hermana mayor, su esposo y yo. Estuvimos en Carúpano, Barcelona, Puerto Píritu, Caicara de Orinoco, Puerto Ayacucho y después estuvimos un buen rato en San Fernando de Atabapo, otros pueblos y ciudades que ni siquiera recuerdo y, finalmente, nos quedamos en Barquisimeto. Por eso yo digo”, ríe el doctor, “que soy barquisimetido”.

Con la misma velocidad, la misma precisión y la misma capacidad de resumir en pocas palabras su vida entera, el doctor sigue hablando de cómo después de tanto nomadismo durante su infancia, finalmente él y su familia se instalaron en la ciudad larense.

Cuenta que ahí terminó la primaria, que en tercer año de bachillerato consiguió un trabajo como maestro en una escuela nocturna para ayudar con los gastos de la casa y que en quinto año eligió, por supuesto, irse por Ciencias para graduarse del Liceo Lisandro Alvarado en el año 55. Y de ahí, directo a Caracas para entrar, de una vez por todas, a la Facultad de Medicina de la Universidad Central de Venezuela.

Educación para toda la vida

Desde el comienzo, Pérez Suzzarini sabía que no se había equivocado aquella tarde de retreta. Recuerda con claridad a esos profesores que desde el primer día lo cautivaron y apasionaron: Coll García, Bosch, Augusto León, Otto Lima Gómez, Carlos Alberto Moros, Augusto Diez, Francisco Montbrun, Juvencio Ochoa y Estela Hernández, entre otros muchos que se le olvidan con el apuro de seguir con su historia.

Ya pasaron sus primeros años de carrera pero él sigue inmóvil, sentado en la misma silla y rodeado de los mismos libros, demasiado entregado a su narración como para moverse. No pasan ni 30 segundos y ya no está en su segundo año sino en el tercero, cuando los estudiantes comienzan a verse con los pacientes.

“Eso fue glorioso. Comencé a tomarle el sabor a la medicina, y sobre todo a la medicina interna. Yo creo que es porque es más intelectual, está más relacionada con el ser humano y más metida en la parte psicológica. Desde que vi al primer paciente me gustó eso: ahondar en la parte humana de la persona, percibir a través de los sentidos y buscar entender la parte del ser humano que no es visible ni tangible, y que es justamente la que lo define”.

Y, así de rápido, ya es el año 1961 y ya el bachiller Pérez Suzzarini se está graduando de médico cirujano. Tiene su toga, su birrete, su título y su firme decisión de estudiar el postgrado de medicina interna en la misma UCV. Porque seguía creyendo, radicalmente, que al ser humano no lo definían ni sus rodillas, ni sus apéndices, ni sus pulmones, sino su parte más profunda. Y en eso coincidían sus profesores más admirados.

“Todos ellos fueron gente extraordinaria que admiro muchísimo y sigo teniendo en mi memoria con mucho cariño. Les debo, además, lo que soy hoy en día. Porque ocurre lo siguiente: lo que aprendí de médico y lo que aprendí de internista ha cambiado mucho con los años. Pero lo que se mantiene igual es la clínica: la entrevista, el examen físico, la actitud personal y la relación con el paciente que debe tener el médico”. Porque cuando se graduó, recuerda el doctor, no existía ni el eco, ni la tomografía computarizada, ni la resonancia magnética ni nada de eso. Y mucho menos los tratamientos quirúrgicos a través de laparoscopia. “Nada de eso”, dice. Pero le enseñaron lo más importante de la medicina interna.

Lo humano del internista

Le enseñaron lo que él sigue llamando *la medicina humana.* “¿Suena raro eso de medicina humana, no? Lo que pasa es que hay dos formas de ver al ser humano. Yo te puedo examinar tus uñas, tu nariz, tus ojos, tu garganta y tu rodilla y dejarlo hasta ahí. Pero tu rodilla, tus uñas y tu garganta no están al aire. Igual que si a Fulano le da una hepatitis, ese hígado está dentro de él, no está fuera de él. Ese hígado es de Fulano Pérez, quien tiene una actitud específica hacia esa enfermedad. Entonces ya no es una hepatitis cualquiera sino la hepatitis de Fulano, y la misma enfermedad en otra persona puede ser muy distinta. Entonces lo importante es hablar con el paciente para ir al fondo de esa hepatitis”.

Para él, el internista va más allá que el especialista. Palpa, pregunta, conversa y va hasta el fondo de ese dolor. Porque ese dolor pudiera ser, dice Pérez Suzzarini, la manifestación de un problema de angustia, de una reacción psicosomática que presenta el paciente ante problemas en su hogar o en el trabajo. He ahí la moraleja de la historia: la solución está, fundamentalmente, en entender que ese paciente es humano y que debe ser visto como tal, y no como un corazón, un hígado o una rodilla.

“Esa es la medicina que nos enseñaron y que nosotros hemos enseñado: una en la que el paciente no se siente como un algo sino como alguien, con nombre y apellido, con sentimientos y emociones, con una historia personal que afecta su salud”.

Según sus cálculos, el 65% del diagnóstico se logra con el interrogatorio, 20% con el examen físico y el 15% restante con los exámenes de laboratorio. Por eso hay que darle la mano al paciente, mirarlo a los ojos, a veces sentarse a su lado y no del otro lado del escritorio y siempre, siempre, tener mucha paciencia para escuchar todo lo que tenga que decir. Esa y no otra medicina es la que aprendió el doctor en las aulas y esa es la que ha profesado durante cuatro largas décadas de ejercicio médico y docente. Esa, y no otra medicina, es la que se llevó a Maturín cuando partió de Caracas en 1964 con su título de médico internista en la maleta.

La evolución necesaria

No sólo se trataba de aprender y ejercer esa nueva medicina, sino de esparcirla por todo el país. Ese fue el compromiso que adquirieron los que hicieron el postgrado de medicina interna en la UCV, y así cumplieron.

El doctor cuenta cómo fue al Ministerio de Sanidad y cómo ahí le ofrecieron un puesto de trabajo en San Juan de Los Morros, Ciudad Bolívar, Barcelona, Barinas o Maturín. Cuenta también que la ciudad que él de verdad quería, que era Barquisimeto, no presentaba vacantes. Entonces fue cuestión de discutirlo con la doctora Hernández y con Otto Lima Gómez a ver qué le recomendaban los queridos profesores. “Y me dijeron algo que me gustó mucho”, sonríe el internista. “Me dijeron que Maturín era una zona virgen y que aquí iba a poder hacer una muy buena labor. Entonces me vine a esta ciudad que para ese entonces no tenía sino 95.000 habitantes y en la cual había un solo internista”.

Apenas llegó, el segundo médico internista del estado Monagas se dio cuenta de todo lo virgen que estaba el terreno, de que no era posible que en todo el oriente del país, Ciudad Bolívar fuese la única ciudad en la que se enseñaba la medicina. Por eso hizo contacto con la Universidad de Oriente. Pero nada, dice. Naiboa con papelón. Hasta que, finalmente, durante el gobierno de Luis Herrera Campins, se hizo un convenio con la UCV para que los estudiantes hicieran su último año de medicina en el Hospital Central en lo que se llamó un internado rotatorio. Y así, poco a poco, hasta que la evolución fue más y más: hoy en día, dice con orgullo Pérez Suzzarini, tenemos postgrados universitarios con la Universidad de Oriente en medicina, cirugía, traumatología, obstetricia y pediatría.

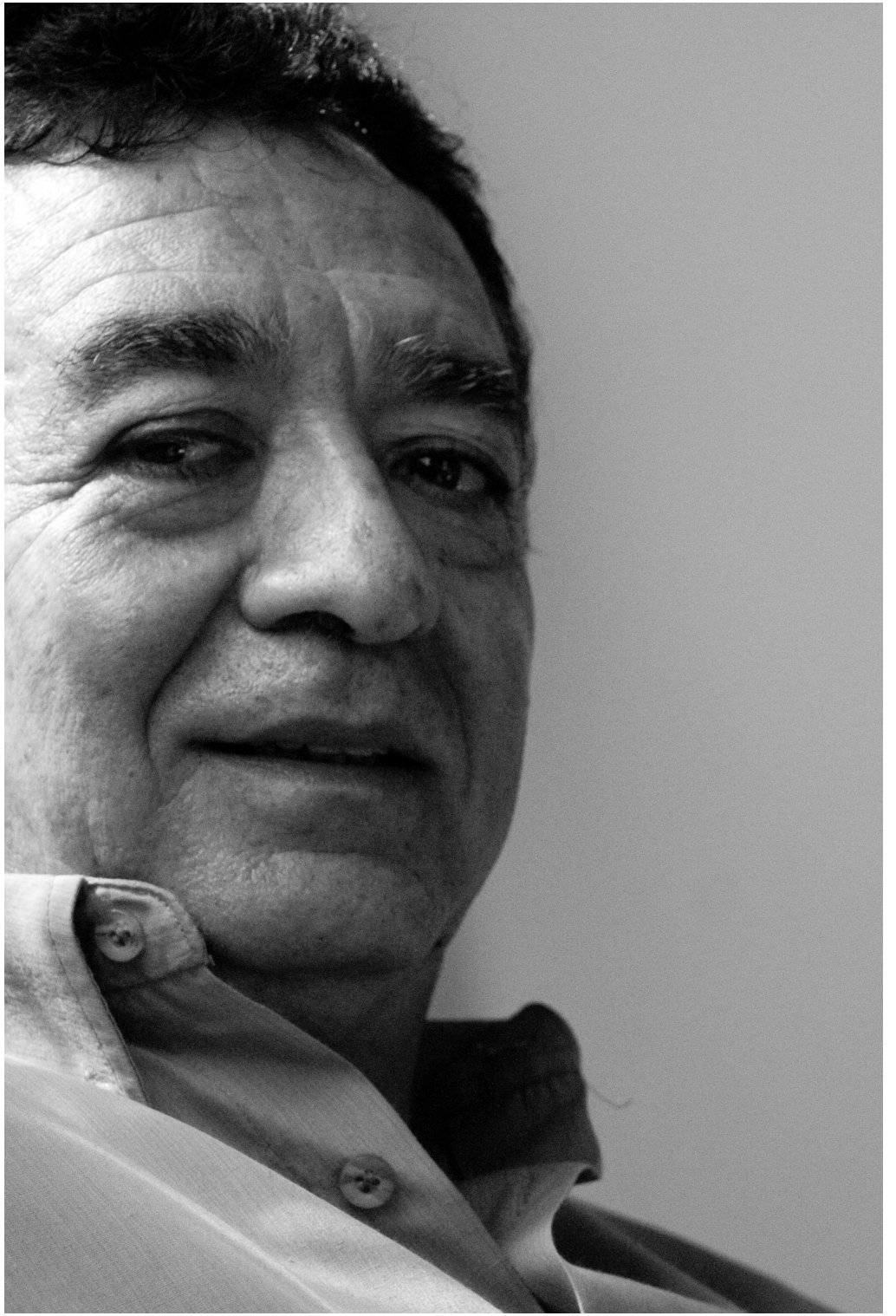
Pero la evolución no era necesaria únicamente en el campo docente. “Por eso yo estuve por muchos años empeñado en crear este capítulo de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. Creía que era necesario no sólo en Maturín sino en todo sitio donde hubiera internistas con la finalidad de hacer un núcleo de trabajo específico y poder, así, trabajar mejor. Pero los estatutos de la SVMI exigían un número mínimo de internistas para crear un capítulo al cual no llegábamos. Por eso, durante muchos años, lo que existió fue el Capítulo Sur y Oriental. Hasta que por fin comenzaron a llegar más y más internistas para acá. Entonces recogí las firmas, me fui a Caracas y fundamos el capítulo de Monagas hace unos ocho años”.

Suena fácil y sencillo, pero por la satisfacción con la que habla el doctor Pérez Suzzarini, se sabe que no fue así. Se sabe que fue largo el camino que recorrieron él y sus compañeros para que hoy en día pueda hablarse del capítulo de Monagas de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna.

Así lo sabe él, que fue presidente del capítulo. Y también sabe de otros caminos y satisfacciones: en su currículum también se lee que fue miembro fundador de la Sociedad Venezolana de Geriatría, presidente del Colegio de Médicos y editor de la revista científica de la misma institución.

Ya dicho todo, Rafael Pérez Suzzarini se relaja en su asiento. Ya terminó su historia, la que comenzó hace tantos años en la Plaza Bolívar de Barcelona. Ya habló de su medicina humana, de sus aprendizajes de vida. Y a punto está de pararse, a punto de terminar cuando suelta la última lección: “La evolución es inexorable: o evolucionas o te mueres. Y lo mejor es que uno puede ser parte de esa evolución. Como formar nuestro capítulo aquí, que fue un gran proceso evolutivo. Porque quisimos mejorar nuestras condiciones. Y queremos que siempre sigan mejorando”.

Ahora sí, todo está dicho. Ahora sí se levanta el hombre que supo hace 68 años lo que iba a hacer por el resto de su vida.



Dr. Armando Piedra
Lo que falta por recorrer
Capítulo Nueva Esparta

Es la Rusia zarista y las injusticias son terribles. Una madre campesina lleva una vida trágica, llena de maltratos y sufrimientos. Su hijo la introduce al pensamiento político socialista y ella, antes ciega y oprimida, despierta a una nueva era de lucha y libertad. Lleva y trae panfletos, trafica publicaciones prohibidas. El hijo, junto con compañeros de la fábrica, es atrapado y enviado a Siberia. Ahora la militancia de la madre cobra una nueva dimensión. Cree más, lucha más, esparce más la doctrina socialista en nombre de su hijo, el preso político. Pero más temprano que tarde, la madre es también capturada por las fuerzas zaristas. La golpean, la humillan, se la llevan presa. Y allí termina la cosa. El joven peruano pasa la última página, cierra la tapa dura del libro y respira. Acaba de decidir que va a estudiar medicina.

Así de sencillo. Ese libro de Máximo Gorki llamado *La madre* que le había mandado a leer en cuarto año de bachillerato su profesor de literatura terminó de convencer a Armando Piedra de que su futuro, definitivamente y porque sí, era la medicina.

Así lo cuenta el doctor Armando Piedra con su acento peruano que ya no es tan peruano, que a veces hasta muta en acento margariteño. Recuerda y recuerda sus años de chamo y dice que incluso antes de tener clases con ese profesor se estaba inclinando por el estetoscopio y la bata blanca y esas cosas de doctores. Porque para esa época, asegura, la imagen que tenía de los médicos era de gente seria, gente bien vestida, que ayudaba y tenía el respeto de la población, una especie de líder. Pero dice que eso no había sido suficiente para descartar su interés por las matemáticas y la literatura hasta que aquel profesor comunista le dio el libro que despertó en él sus sentimientos sociales, sus sentimientos de izquierda.

“Él lo hizo con alevosía”, dice y se ríe. “Me quería meter a mí en eso... y lo consiguió, ¿no? A los pocos meses ya estaba en la universidad y ahí fui dirigente universitario de izquierda –pero no de extrema izquierda– y allí hicimos mucha acción social. Íbamos a los cerros a prestar

ayuda desde tercer año de la carrera y construimos unos módulos en un barrio de Lima que es como decirte Petare y hacíamos guardias y atendíamos a la gente. Desde ese momento la medicina siempre tuvo que ver con el compromiso social, y todo eso comenzó con el libro aquel".

El libro aquel que, ahora que lo mira el Dr. Piedra, le cambió la vida por completo. Porque lo llevó a estudiar medicina y estudiar medicina lo llevó, años después, a buscar aventuras en ese país lejano y prometedor y tan lleno de oportunidades llamado Venezuela.

Apaga y vámonos

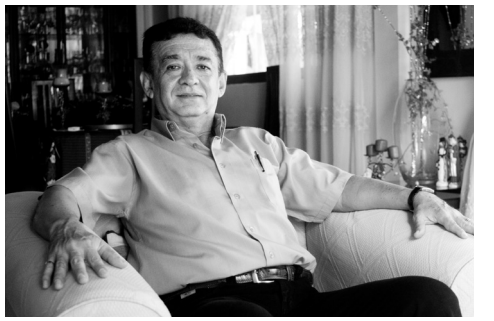
Porque después de que se graduó ese peruano nacido en 1947 en Chachapoyas y criado en El Callao, algo le faltaba a su vida. Aventuras, historias, cosas de esas. Se había graduado en 1972 de la universidad, luego en el 77 del postgrado de medicina interna y ya tenía un consultorio privado y un cargo de docente en un hospital universitario. Ya tenía todo eso y le iba bien, cuenta el doctor. Con decisión, con convicción y memoria impecable, va echando su cuento, explicando qué hace sentado ahí en la Isla de Margarita si la cosa iba tan bien allá en el Perú. "Yo quería explorar y conocer y en esa época Venezuela tenía mucha propaganda y uno tenía en mente que éste era un país rico y que había un buen nivel de vida. Y todos mis amigos peruanos que se habían venido hablaban maravillas, que aquí se habían podido comprar un carro y un apartamento y todas esas cosas. Así que me vine".

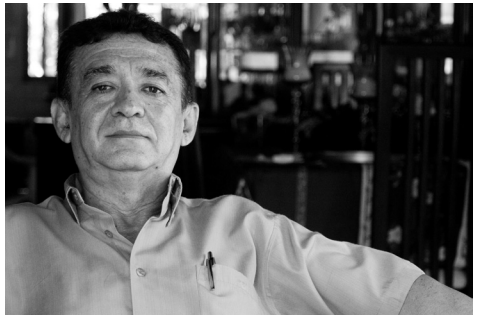
Cerró el consultorio, renunció al hospital y compró su pasaje. La idea era venirse con Cordiplan, que en esa época traía a profesionales de otros países, pero si firmaba el contrato con ellos iba a estar obligado a ejercer en Santa Bárbara del Zulia. Y como él no conocía nada de nada, dice, prefirió venirse por su cuenta a echar el vistazo y decidir con propiedad. Así lo va contando el doctor Piedra, quien ya ha vivido la mayor parte de su vida en Venezuela y disimula sus 63 años con un bronceado de pescador margariteño.

"Entonces llegué a Venezuela en julio del 77 y tuve una primera impresión que influyó mucho para que me quedara: cuando fui al Ministerio de Salud con mis diplomas y papeles y todo eso a ver qué oportunidades había y en dónde, mi sorpresa fue que subí al piso del ministro y allí una secretaria me preguntó que con quién quería hablar y me llevó a la oficina del viceministro. Eso en Perú era impensable por toda la burocracia. Y este señor me atendió, me entrevistó, me dijo que lo acompañara a comprar el periódico y a tomarse un café por ahí mismo en El Silencio, y después volvimos a subir y me dio los datos de todos los directores regionales de salud de los estados en donde había vacantes".

Esa cercanía y ese espíritu de ayuda, dice Piedra, lo dejaron loco. Entonces agarró su lista y con todas las ganas del mundo comenzó a recorrer el país en autobús para decidir cuál de esos destinos era el suyo.

Fue a San Juan de Los Morros, a Calabozo, a Cabruta, a Santa Bárbara del Zulia y nada de eso le gustó para vivir. Entonces se enrumbó a oriente y le gustó muchísimo más. Le gustó Puerto La Cruz, le gustó Cumaná, pero todavía no lo suficiente como para quedarse y hacer la rural, que era obligatorio para poder convertirse en médico venezolano. Pero apenas llegó a Margarita supo que ahí sí era la cosa. En el puerto conoció de la nada al que luego sería su compadre del alma, Chucho, y Chucho lo hospedó en su casa como si se conocieran de toda la vida y lo llevó a la playa y después a un bautizo donde corría el whisky y la comida. "La gente era tan dada y tan abierta", dice Piedra muerto de la risa por esas andanzas con Chucho, "que me volví a quedar loco. Y me dije qué va, éste es el sitio. Aquí me quedo yo",





La madre y la medicina

Y ahí sigue. El Dr. Armando Piedra no se ha movido de Nueva Esparta y allí es donde ha construido toda su carrera y su recorrido y sus reconocimientos: hijo adoptivo de la ciudad de Porlamar, reconocimiento como médico del año del Colegio de Médicos, jefe de departamento en el Hospital Luis Ortega, reconocimientos de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna y de la Universidad Central de Venezuela, miembro del *American College of Physicists* y de la Sociedad Latinoamericana de Medicina Interna.

Pero antes de esos títulos y diplomas y reconocimientos hubo mucho camino, el camino que recorrió aquel doctor que todavía tenía que hacer la rural y la reválida y comenzar desde cero. Desde cero, pero en la Isla Margarita que ya lo había enamorado.

En 1977 él y otros dos internistas se unieron al Dr. Teodoro García y al Dr. Argenis Moreno, que hasta ese momento eran los únicos internistas formados de la isla. Entonces comenzó el Dr. Piedra su labor asistencial venezolana en el Hospital Luis Ortega de Porlamar. Después, en 1979, se fue a Caracas durante un año para hacer su reválida. "A pesar de que yo ya era internista y el ritmo de la reválida fue muy duro, aprendí muchísimo. Tuve que ver 14 materias igual que un estudiante de los primeros años y también hice pasantías en todos los departamentos del Hospital Universitario y también estuve en medicina interna con el Dr. Isaac Abadí, que era el más temido de todos".

Cuenta el Dr. Piedra que después de la reválida volvió a Margarita, donde ya tenía un ritmo de trabajo y de vida que no cambiaba por nada. Cuenta, con mucho orgullo, que al poco tiempo de haber vuelto se inauguró allá una extensión de la escuela Razetti de la UCV para hacer internados rotatorios y que él fue nombrado coordinador de los internos, cargo que ocupó hasta 1999. Desde esa extensión, dice, formaron de manera voluntaria y sin estar en la nómina universitaria a muchísimos médicos y también a mucho personal docente.

Entre una etapa y otra que va narrando, el Dr. Piedra abre un paréntesis y comienza a hablar, casi siempre, de literatura. De tal o cual libro de

Vargas Llosa que tanto le gustó, de esa otra novela, del último libro que se leyó de Ernest Hemingway. También habla del partido que el otro día ganó su equipo de fútbol. Porque él, de 63 años, sigue jugando fútbol-once y hasta ha recibido reconocimientos por su desempeño deportivo.

Pero vuelve al camino de la medicina y cuenta que la interna siempre fue lo suyo. Por lo integral que es, porque se ve a la persona como un todo y en todo su contexto, tanto el físico como el psicológico. “A veces los pacientes se quejan”, dice, “porque van a consulta por un dolor de rodilla y salen diciendo que les pedí hasta la partida de nacimiento” y se ríe de esos pacientes que dicen que él pregunta demasiado. “También ocurre que le pregunto a mis pacientes quién los operó y me dicen que no saben, que fue un doctor así o asao, con bigote o medio alto. Pero eso no ocurre con los internistas, porque nosotros establecemos una verdadera relación con el paciente. Le dedicamos más tiempo y atención”.

Y esa visión de la medicina, explica, siempre concordó con sus inquietudes sociales. Porque nunca se olvidó de la enseñanza de aquel libro que le mandó a leer su profesor de literatura en bachillerato, y la medicina interna siempre tiene presente el aporte a la comunidad: que esté presente la parte hospitalaria y asistencial pero sin descuidar la parte social y política de la medicina.

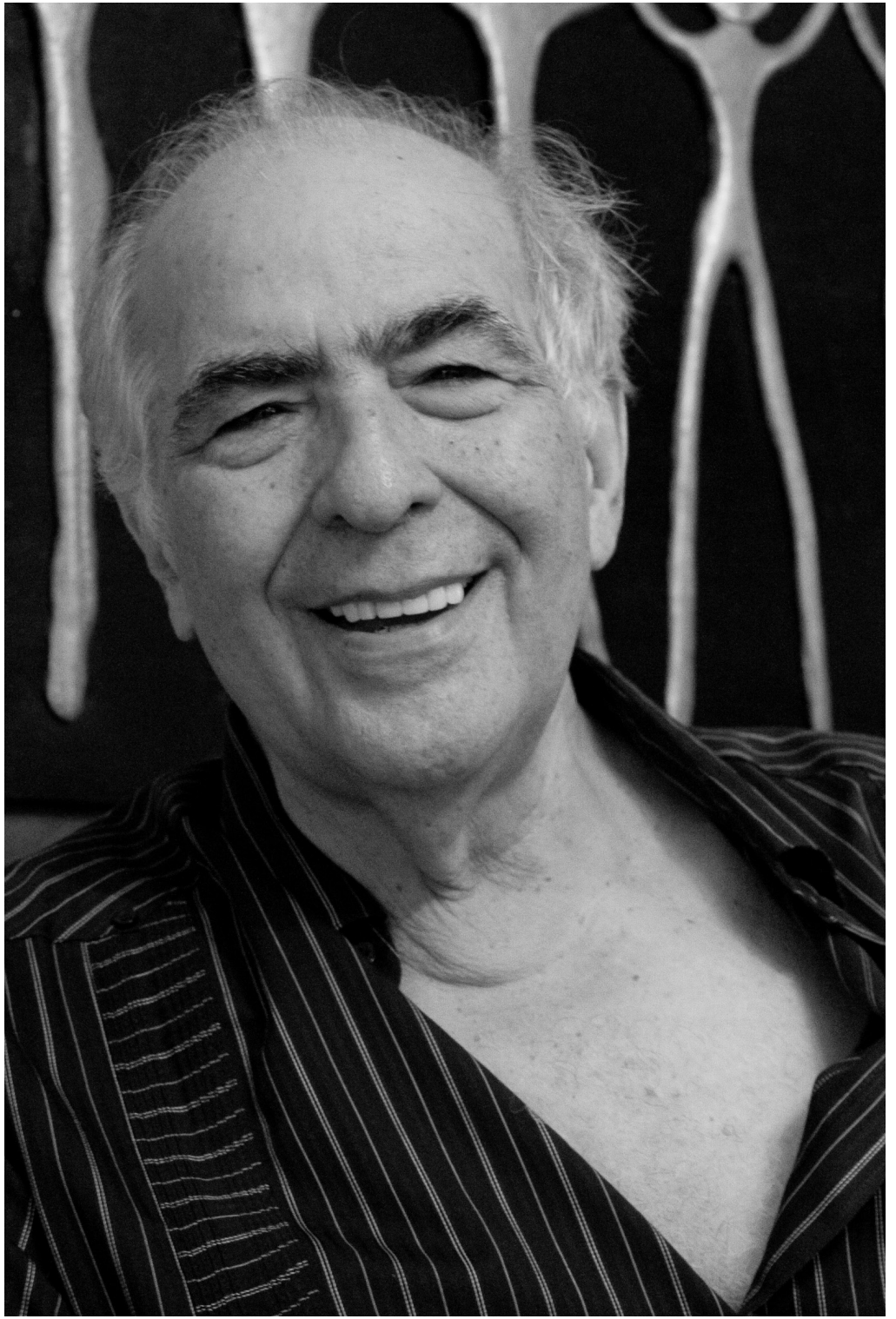
Y en eso, dice, ha jugado un papel fundamental la Sociedad Venezolana de Medicina Interna. “En todos los encuentros, congresos y reuniones que hay y en las declaraciones doctrinarias y en los estatutos, se refleja esa intención social que siempre ha formado parte de la Sociedad. Además, hemos sido los encargados de vigilar la ética de los nuevos médicos que llegan y se unen al gremio”. Por eso, él y los otros internistas siempre tuvieron la intención de fundar el capítulo de Nueva Esparta: para seguir esa doctrina social de la SVMI, para darle su debida importancia a la parte científica de la medicina, para promover las actualizaciones constantes, para que los internistas fuesen siempre líderes de los servicios médicos y para motivar la formación docente. Por todo eso, dice con orgullo, fundaron el capítulo en 2001.

Lo que viene

Pero apenas comienzan las cosas y el Dr. Armando Piedra lo asume como si tuviera 28 años.

“Tenemos, en el capítulo, dos frentes: uno, hacia los médicos integrantes del capitulo. Queremos que participen en las actividades de la Sociedad, que vayan a charlas y discusiones, que presenten casos, que sean ponentes y que estén actualizados. Queremos que todos los internistas tengan una familia en la Sociedad, y no lo hemos logrado del todo porque no todos participan tanto como quisiéramos y no todos se han inscrito en el capítulo. Es algo que tenemos pendiente. El otro frente es hacia los pacientes y hacia la comunidad: aportar, tener una presencia de la Sociedad activa en todos nuestros sitos de trabajo, en los periódicos, en la radio y en las comunidades para difundir nuestros conocimientos y darnos a conocer. Lo hemos hecho, pero debemos aumentar esa presencia”.

Debemos, dice, trabajar muchísimo más. Y justo en ese momento recibe una llamada de alguien que le avisa que sí, que la reunión de esa tarde en la sede del capítulo de Nueva Esparta de la SVMI se va a dar en la hora pautada y que se van a discutir tales y tales puntos. Entonces el Dr. Piedra se para, se despide y comienza a recorrer ese camino que le falta por recorrer.



Dr. Enrique Barreto Coello
Los que dirigen la orquesta
Capítulo Sucre

Su papá siempre contaba lo mismo. A los familiares, a los amigos, a cualquiera que pasara por la sastrería a hacerse unos pantalones. Les contaba sobre aquella vez que se quebró un frasco de fórmula magistral que el médico de cabecera le había entregado a un amigo de la familia que sufría de diarrea. Contaba la consternación de la familia entera ante el frasco destrozado y su líquido regado por la sala. Contaba, con entusiasmo, cómo el pequeño Enrique salió de la casa y regresó con un frasco idéntico con un líquido igual de rosado dentro de él, pero que nada tenía que ver con sus propiedades curativas. Contaba cómo el amigo de la familia no sospechó nunca nada y cómo se tomó la dizque fórmula magistral. Contaba, muerto de la risa, cómo se le quitó por siempre la diarrea que lo venía acosando desde hacía años. Sobre todo contaba cómo su hijo Enrique había curado a su primer paciente cuando era un niño de nueve años.

Por eso es que todo el mundo que vivía en Cumaná sabía que ese niño llamado Enrique sería médico. Y más que nadie, lo sabía él. Porque cada vez que llegaba a su casa aquel médico de cabecera para curar a alguien, él se estremecía. Espiaba su maletín negro, espiaba sus maneras, espiaba cómo le hacía sus preguntas al enfermo y cómo le ponía su tratamiento. Y a los días veía cómo ese pariente que estaba tan enfermo ya dejaba de estarlo. Se decía a sí mismo, incluso antes de tener nueve años, que él quería ser igual a ese hombre que andaba por ahí con su bata blanca y su maletín negro. Quería ser un salvador igual que él. Quería ser un hacedor de milagros.

Esta es la historia que está narrando el Dr. Enrique Barreto mientras ríe igual que su papá reía cuando echaba el cuento de la fórmula magistral fraudulenta; se inspira igual que se inspiraba ese niño cuando veía entrar el del maletín negro y golpea la mesa con los mismos puños de carcajada y buen recuerdo con que golpeaban la mesa los amigos de la familia que escuchaban los cuentos del pequeño Enrique curando sin querer queriendo.

Porque en el fondo ese doctor sentado ahí con su guayabera azul y sus canas y su tanto andar por el camino de la medicina interna es un niño maravillado que acaba de descubrir que la medicina no es una simple profesión ni un simple oficio. La medicina, va redescubriendo Barreto con cada palabra que dice, siempre ha sido una cosa que va más allá. Y por eso él siempre quiso ser "un personaje de esos".

Ida y vuelta, ida y vuelta

Pero fue largo el camino que tuvo que recorrer el chamín Enrique para llegar a ser ese personaje. El doctor Barreto lo recuerda y lo recrea, disparando fechas, lugares y nombres como si la cosa que narra hubiese ocurrido hace siete u ocho meses.

Así, cuenta su nacimiento en Cumaná, el 3 de agosto de 1938. Cuenta los años en el colegio de los Padres Paúles y el quinto año de bachillerato en el único liceo de toda la región que lo ofrecía: el Antonio José de Sucre. Cuenta que en 1957 se estaba graduando de bachiller con el único objetivo de ser uno de aquellos hombres celestiales que van por la vida con una bata blanca. Que para esa época las dos únicas universidades que estaban dando medicina eran la del Zulia y la de Los Andes, porque la Universidad Central de Venezuela la tenía cerrada Pérez Jiménez. Y que le llamó más la atención la ULA, vaya usted a saber por qué.

Ahora está en Mérida y es estudiante de medicina. Muy buen estudiante, además. Tanto, que se ganó por concurso las preparadurías de Anatomía Humana y Fisiopatología y estuvo de preparador varios años. Sin detenerse demasiado en los detalles de su carrera universitaria, ya Barreto cuenta que se está graduando el 13 de julio de 1963. Pero en ese punto es que viene la primera parada seria de su historia: es cuando se asoma por primera vez la que sería su pasión.

"Yo estaba inclinado hacia la cirugía por haber sido preparador de anatomía y haber disecado tanto durante la carrera: eso le daba a uno una destreza quirúrgica. Entonces", bromea el doctor, "yo tenía una desorientación hacia la cirugía".

Pero la desorientación, recuerda, tendría el principio de su fin con la aparición de dos personas que cambiaron por completo las perspectivas del recién graduado Dr. Enrique Barreto Coello. La primera de ellas fue el Dr. Jorge Osorio, que formaba parte de la primera promoción de internistas de Venezuela y quien fue su profesor al final de la carrera. Tanto en las aulas de clase como en las salas del Hospital Universitario de Mérida, Osorio fue sembrando un gusanillo que Barreto no podría ignorar: la medicina interna.

Pero antes de tomar cualquier decisión, había que hacer el internado y la residencia. Por eso, el médico volvió a su tierra para trabajar en el Hospital Central de Cumaná. Y volvió también, sin saberlo, para conocer a esa segunda persona que pesaría tanto en su futuro. "En Cumaná", continúa Barreto, "me encontré al primer internista formal que llegó al estado Sucre: el Dr. Armando Padrino. Trabajando con él como residente, él me orientó".

Y agarra de nuevo impulso Barreto, porque lo que viene es, sin duda, la parte de su historia con la que más se pone al borde de su silla, con la que más gesticula, con la que más alza la voz para que no se pierda detalle.

"De tal manera", casi grita, "que escogí la medicina interna. En primer lugar, porque fui dándome cuenta de que esta especialidad es el conocimiento más completo posible del cuerpo humano. También es ayudar al enfermo lo más posible y hacerse dueño de una especialidad integral donde el médico debe estar actualizándose constantemente para tener y mantener conocimientos básicos de otras especialidades. Por eso concursé para esa especialidad y el primero de mayo de 1966 ingresé al cuarto curso de medicina interna que se realizaba en el Hospital Universitario de Caracas".

Ida y vuelta, ida y vuelta. Ida a Mérida, vuelta a Cumaná, ida a Caracas... Y falta una vuelta en ese camino que fue haciendo el Dr. Barreto hacia esa silla que ocupa ahora, desde donde cuenta con tanta satisfacción sus andanzas.

"Cuando salí del postgrado, yo quise ver si podía quedarme en Caracas, pero luego me puse a pensar. Pensé en el Dr. Padrino, quien era el que más me había motivado para estudiar medicina interna y el que hizo todo por mí para que yo me formara como internista. Pensé en él y me dije que no lo podía abandonar. Pensé también que si yo me iba para otra parte o me quedaba en la capital, eso iba a ser un desagravio a la provincia en la cual yo me había educado, donde había nacido y crecido. Porque no había sino un internista para todo el estado Sucre. Y me dije que no, que no podía ser, que yo debía quedarme aquí".

Entonces volvió a Cumaná. La última vuelta de ese ir y venir, porque allí se quedó aplicando y enseñando la medicina interna por el resto de su vida.

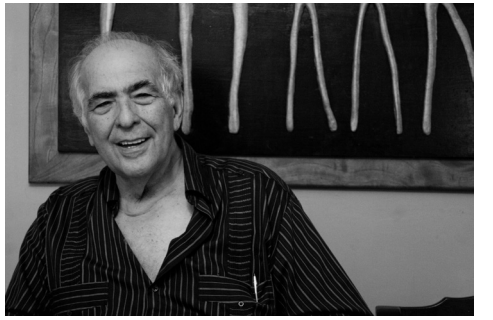
Cada internista con su batuta

Y no se complica demasiado, el Dr. Barreto, a la hora de explicar qué es exactamente lo que ha enseñado y aplicado durante tantos años. Porque para él, la medicina interna está clarísima.

"Ser internista es", dice con toda la convicción de un hombre que volvió a su tierra para ser el segundo internista del estado Sucre, "como ser el director de una orquesta. Porque cuando tienes una orquesta, debe haber alguien que diga tú tocas la flauta, el otro el trombón, el otro la trompeta. Porque si los pusiéramos a tocar desordenadamente, aquello sería un sonido terrible. Entonces tiene que haber un hombre que desde el puesto central ponga a la orquesta a tocar en forma rítmica y que en cualquier momento pueda detectar que algo está funcionando mal. Y ahí, cuando se dé cuenta, diga epa, para. Epa, sube el ritmo. Epa, aguántate ahí. Eso es lo que hace el internista con todos los órganos y todas las partes del cuerpo humano, porque nuestra labor es estudiar al paciente de manera integral. Y si no fuera por nosotros, la gente pasaría toda su vida yendo de especialista en especialista: me duele la cabeza, voy pa'que neurólogo; me duele la fosa lumbar, voy pa'que el nefrólogo; me duele el pecho, voy pa'que el cardiólogo. Pero no tiene que hacerlo, porque nosotros los revisamos integralmente y les decimos cuál exactamente es el instrumento de la orquesta que está haciendo que la cosa suene mal".

Así, el Dr. Enrique Barreto fue detectando, desde su puesto de director, cuándo la salud de un paciente andaba sin ritmo o cuando sus órganos estaban desafinando. Pero no sólo con sus conocimientos científicos. Porque ni sus profesores del postgrado ni los doctores Osorio y Padrino le habían enseñado a ser médico únicamente con su cerebro. "La condición humanista del internista", dice Barreto mientras da otro puño de convicción en la mesa, "tiene que ser tan buena como la científica. Porque debemos mantener una relación íntima y armoniosa con el paciente, aliviándolo en sus dolores y tratando de darle la medicina que logre curar sus enfermedades. Y hablar con los pacientes y escucharlos para servir de alivio es una responsabilidad que debe tener todo médico. Por eso", ríe, " es que los internistas hablamos tanto".

Y ese internista que está sentado ahí, de apellido Barreto, habla mucho. Rodeado de las esculturas y los cuadros que le han hecho sus hijas, que son artistas, habla sobre su dirección de orquesta, sobre su Cumaná que ahora sí que tiene internistas de sobra, sobre su entrega por la medicina interna. Pero habla, en especial, de una cosa. Habla y habla sobre la Sociedad Venezolana de Medicina Interna.



La larga lucha

No le interesa tanto decir que él fue médico especialista uno, luego médico especialista dos, luego jefe de servicio y luego jefe de departamento por más de 23 años. Tampoco le interesa narrar las décadas de docencia no universitaria que se llevaron a cabo desde el Hospital Central de Cumaná. Nada de eso le interesa tanto como decir todo lo que ha luchado por la SVMI. Por eso retrocede a 1969, cuando comienza su íntima relación con la Sociedad. "Ese año, los médicos internistas graduados del postgrado que estábamos radicados en el estado Sucre y repartidos entre Cumaná y Carúpano –Armando Padrino, Julio Peñalver, César Marín Mara y mi persona– decidimos hacer contacto con la Sociedad con el fin de fundar un capítulo regional. No tuvo aceptación inicialmente porque se necesitaban más de 10 miembros. Esto nos motivó a tener conversaciones con otros internistas radicados en el oriente y sur del país para llegar a un número suficiente de internistas. Y fue así como se pudo constituir el Capítulo Sur y Oriental, cuya primera directiva fue presidida por Padrino y en la cual yo fui secretario".

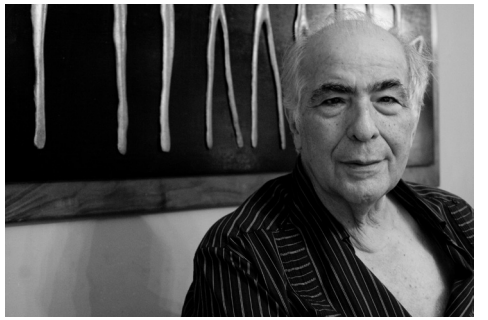
Cuenta, saliéndose del orden cronológico que traía, que los principales objetivos del grupo fundador fueron dar a conocer la especialidad y demostrar las condiciones y las cualidades que poseían los internistas. También, dice, se dedicaron a organizar actividades científicas en distintas ciudades y a estimular a los médicos jóvenes para que conocieran la especialidad.

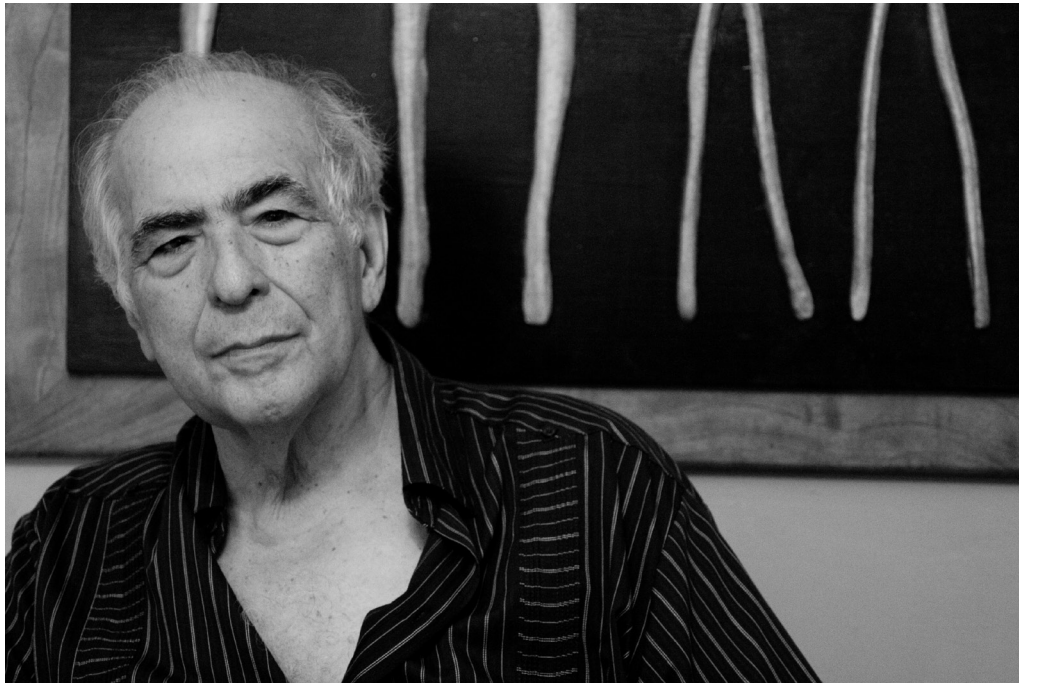
Cuenta también que lograron tres objetivos principales: que el médico internista fuese reconocido en los hospitales del Ministerio de Sanidad como el mejor preparado para dirigir los servicios de medicina y que, consecuentemente, fueran estos médicos los que ocuparan cargos de jefe de servicio y jefe de departamentos en las distintas regiones; que el Capítulo Sur y Oriental fuese el encargado de organizar el tercer Congreso de Medicina Interna en 1984; y una serie de intercambios científicos con el Colegio Médico del estado Sucre y con los servicios de los hospitales del Ministerio para realizar actividades académicas y científicas y jornadas de actualización.

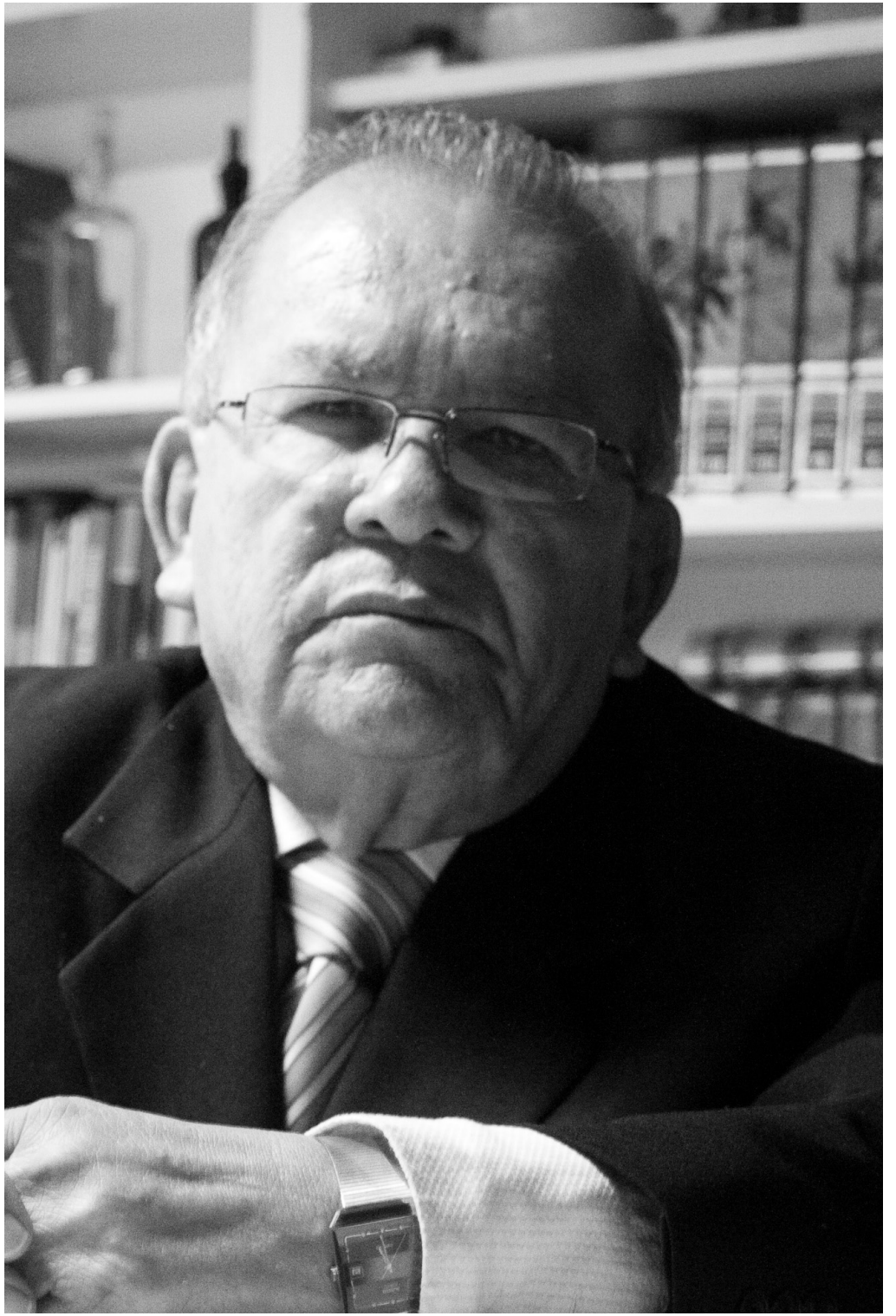
Pero como eran tan pocos y estaban tan distanciados entre Bolívar, Anzoátegui, Sucre y Monagas, las cosas no funcionaron y el capítulo se fue a menos. Y no fue hasta 1992 que se refundó, devolviéndole la sede a Cumaná. Y finalmente, en abril de 1996, se fundó el capítulo sucrense de la Sociedad gracias a los esfuerzos de él y otros 25 internistas que se habían instalado allí definitivamente.

"Y lo jovial", dice el doctor, riéndose a carcajadas, "es que este capítulo de la Sociedad se parece a nuestra Cumaná. Porque las tres fundaciones del capítulo –en 1969 la del Sur y Oriental, en 1992 su refundación y en 1996 la del capítulo sucrense– son iguales a las tres fundaciones de esta ciudad: la de Gonzalo de Ocampo, la segunda de Jacome Castellón y la tercera y definitiva, de Diego Fernández de Zerpa. Tanto nuestro capítulo como nuestra ciudad tuvieron tres fundaciones", se vuelve a reír, "pero sólo fue en la tercera que se pudo enrumbar la cosa".

En efecto se pudo enrumbar. Y ya van cientos de internistas que se han beneficiado gracias a los esfuerzos de los Diegos Fernandeces de Zerpas que perseveraron; cientos que han asistido a las jornadas, a las mesas redondas, a los programas dentro de los hospitales. Cientos, en fin, que han seguido encontrando la manera de dominar el siempre difícil arte de dirigir a una orquesta.







Dr. Armando Chacón Medina
Ayudar y ayudar
Capítulo Táchira

Cada domingo salía con la misma convicción. Después de escuchar el sermón, leer el Evangelio, rezar el padrenuestro y darse todos aquellos abrazos de la paz esté contigo, el chamo se iba de la misa convencido de que su misión en la vida era ayudar al prójimo. Entonces cada domingo se ponía a darle vueltas a la cosa, pensar, maquinar y preguntarse cómo hacer eso exactamente. Y la gente le decía la respuesta obvia. Sé sacerdote, le decían. Qué más ayuda al prójimo que ésa, le decían. Lo que tú quieres ser, mijito, es sacerdote. Hasta que un día el chamo de trece o catorce años dijo que sí, que se había decidido: quería ser sacerdote para ayudar al prójimo. Pero no sacerdote de almas. Quería ser sacerdote de cuerpos.

Se ríe con ganas el chamo que ahora tiene 76 años. Cuenta que por eso, y no por otra cosa, fue que decidió entregarle su vida entera a la medicina. Porque dice que tuvo tíos abuelos y familiares lejanos que a principios de siglo se dedicaban a la medicina sin ser médicos: atendían partos de casa en casa y hasta amputaban piernas sobre una mesa de cocina. Pero dice que nada de eso influyó en él. Ni un poquito, asegura. Él lo que quería ver al enfermo y tratar de ayudarlo. Quería ayudar al prójimo y listo.

“Por eso decidí irme por la medicina desde que empecé a estudiar bachillerato aquí en San Cristóbal”, explica con su acento tachirense el Dr. Armando Chacón Medina. “Y papá me decía que no, que estudiara farmacia porque él era dueño de una botica. Pero yo le decía que a mí lo que me gustaría hacer es ver a los enfermos y ayudarlos. Así de sencillo, porque nunca tuve ningún trauma ni ninguna cosa especial que me llamara a estudiar medicina, ni tampoco repercutieron en mí esos antecedentes familiares.

Lo que me llamaba la atención era ayudar. Ayudar al prójimo siendo sacerdote”, dice y se vuelve a reír entretenidísimo, más de 60 años después, con su descubrimiento vocacional.

Lo demás fue trámite y el doctor, sin detenerse en detalles sobrantes ni en anécdotas, lo cuenta como tal. Al poco tiempo de tomar la decisión se fue desde San Cristóbal a Caracas para cursar tercer, cuarto y quinto año de bachillerato en el Liceo Andrés Bello. Y apenas se graduó de ahí volvió a su tierra directo a inscribirse en la Facultad de Medicina de la Universidad de Los Andes. Hizo su carrera en los seis años reglamentarios y se graduó, por fin, de médico cirujano en 1961. Médico cirujano alias sacerdote de cuerpos.

La ayuda más integral

Y tantas eran las ganas de comenzar a ayudar, que desde antes de graduarse ya estaba más tiempo en el hospital que en cualquier otro lugar. Cuenta el doctor que se hizo muy amigo de un cardiólogo y desde el cuarto año de la carrera iba todas las mañanas, antes de sus clases, a visitarlo al hospital. “Cualquier escapadita que me daban en la ULA yo me venía a San Cristóbal pero no iba para mi casa sino para el hospital. Y como me llamaba la atención la cardiología sobre todas las demás cosas, me la pasaba con mi amigo cardiólogo. Lo acompañaba a hacer su consulta y poco a poco fue enseñándome a ver imágenes del corazón con la radioscopia y la electrocardiografía, que era básicamente toda la cardiología de la época”.

Entonces sus planes eran convertirse en cardiólogo. Le encantaba, le apasionaba, pensaba que ése era su llamado. Hasta que comenzó a trabajar como médico residente en el Hospital Central de San Cristóbal. Ahí pasó por cirugía, medicina, emergencia, traumatología, pediatría y cardiología y ahí se dio cuenta de que cardiología no era lo suyo. “Sí me gustaba mucho, pero me di cuenta de que era demasiado elemental: auscultar el corazón, tomar la tensión, hacer un electrocardiograma y una fluoroscopia o una radiografía. Me pareció demasiado poquito para todo lo que yo aspiraba. Me pareció muy poca ayuda. Y entonces fue que me decidí por la medicina interna, porque ésa sí me ofrecía de todo y era un auge de conocimientos infinitos. Con todos esos conocimientos uno podía prestar mucha más ayuda a los pacientes que la que prestaba cualquier subespecialista”.

En esta parte del cuento es en la que el Dr. Armando Chacón pone más empeño. Sus manos, que no se han movido de encima de la mesa que tiene frente a él, se mueven con más intensidad y con más ganas de contar todo lo que pasa por su cabeza. Dan golpecitos de convicción sobre la mesa, revolotean, acompañan todas sus palabras. Chacón se endereza más en su silla y sus manos le enderezan el traje y la corbata que siempre lleva puestos, por aquello de la formalidad del médico. Su mirada fija y sin titubeos está más fija y con menos titubeos y ni necesita mirar las anotaciones que tiene en frente, donde ha consultado fechas precisas y uno que otro nombre. Esta parte se la sabe de memoria.

La medicina interna, dice, es la que más ayuda al paciente. Por supuesto que sí, dice. “Porque los pacientes no tienen solamente una enfermedad. Para decirte un ejemplo: un paciente que sufra de la tensión generalmente puede ser diabético o puede tener una cardiopatía intensiva, o sea, puede estar enfermo del corazón. Entonces ya son tres enfermedades que tendrían que ser vistas por tres médicos distintos. Pero el internista está formado para atender la hipertensión, la cardiopatía y la diabetes de este paciente y sabe, por supuesto, que debe pedir ayuda en caso de no poder tratar la enfermedad”.

Porque el internista es el médico que está capacitado para hacer un análisis integral de la salud del paciente y, además, interrogarlo de manera que sea posible descubrir las verdaderas causas que están detrás de esas enfermedades. “Cosa que no pueden hacer los subespecialistas, porque saben muchísimo de muy poquitico”.

La nueva medicina

De todo eso se dio cuenta en 1968. Ese año llegaron a San Cristóbal los dos primeros médicos internistas de la región, que se habían graduado en la primera promoción del postgrado de la UCV: el Dr. Isaac Abadí y el Dr. Israel Montes de Oca.

“Hasta ese momento, aquí no había internistas sino médicos generales comunes y corrientes que llegaban, veían rápidamente al paciente y hacían un diagnóstico muy superficial. Eso era todo. Ellos no tenían estudios sino pura experiencia de médicos residentes y médicos rurales y por lo tanto trabajaban a su manera: no había discusiones, no hacían ninguna actividad científica, no había conferencias ni jornadas ni docencia ni nada de eso. Iban al hospital, hacían su revista en una hora y media y listo”.

Pero esa manera de hacer medicina, dice el Dr. Chacón, ya era vieja. Porque con los doctores Abadí y Montes de Oca llegó una nueva forma de trabajar que motivó muchísimo a los jóvenes e hizo que comenzaran a ir a Caracas para formarse, también, en el postgrado de medicina interna. El primero en irse fue Rosales Parilli y cuando llegó comenzó a implantar en el Hospital Central la filosofía de la medicina interna. Luego se fue el Dr. Rigoberto Graterol y de tercero, en el 76, el Dr. Armando Chacón.

Entre los tres arrancaron la transformación de la medicina interna en San Cristóbal. “Ahí es cuando nace la medicina nueva: comenzamos a trabajar con los fundamentos de la historia clínica, a conversar bien con el paciente para determinar qué tenía, a discutir estos diagnósticos con los demás médicos y a enseñarles a los médicos jóvenes la importancia hacer una buena historia”, cuenta Chacón. “Entre todos nos trajimos las enseñanzas básicas del postgrado: la importancia de la actividad docente, la necesidad de estudiar continuamente, la obligación de discutir los casos entre todos y actualizarnos constantemente en jornadas y conferencias”.

Se emociona y narra esos cambios que, insiste, fueron históricos para la medicina de la región. Porque donde antes había diagnósticos superficiales e incuestionables, ahora había discusión, debate y profundidad. La revista que antes duraba tan poco, que se hacía tan al vuelo, ahora duraba cuatro horas o más. Y los pacientes vieron los cambios: su médico ahora ahondaba más, discutía su caso con los médicos residentes y les hacía repetir las historias hasta llegar a un diagnóstico que fuese del todo confiable.

Con ese grupo de internistas –y los que se le fueron sumando– la medicina fue tomando el cariz de la nueva medicina. Pero no era suficiente. Cuenta que el grupito de internistas, ahora con dos nuevos miembros que habían llegado de Caracas, comenzó a pensar que eran muy pocos. Que lo ideal era organizar e iniciar un postgrado de medicina interna en San Cristóbal para que el “grupito” fuera cada vez mayor. Entonces comenzaron a reunirse, recuerda, cada dos noches en casa del Dr. Parilli para hacer la propuesta formal. Y en paralelo fueron concibiendo la creación del capítulo de Táchira de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna.

Que la formación no se detenga

De ahí en adelante, el postgrado y la SVMI siempre fueron de la mano para seguir la transformación de la medicina en el estado Táchira.

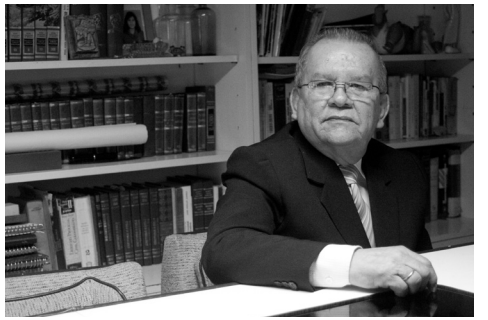
Por eso el Dr. Chacón habla del capítulo y del postgrado como si fueran una sola cosa. Aunque eran dos instituciones separadas, cada una con su directiva, eran los mismos integrantes y los mismos objetivos.

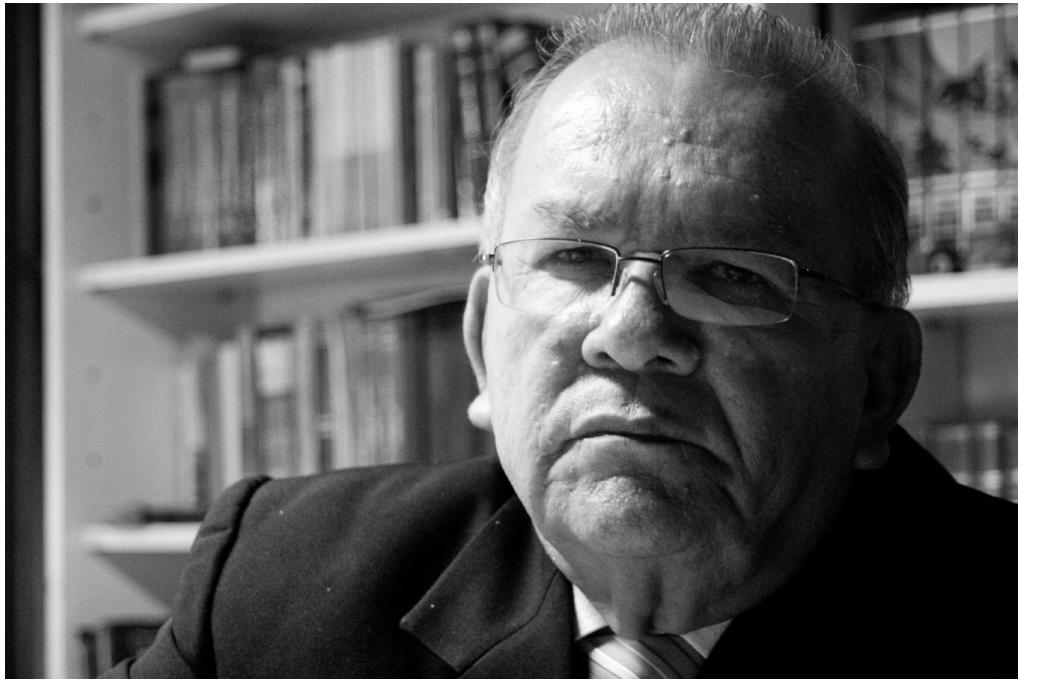
“Las dos cosas siempre anduvieron juntas y respondieron a la intención de mejorar la medicina en el estado”, dice Chacón. “En conjunto, realizamos actividades académicas, jornadas, congresos, conferencias, compartimos con los otros capítulos nacionales y hasta con colegas colombianos de Cúcuta. También organizamos actividades que antes no existían, como reuniones periódicas en las que les poníamos casos a los residentes del postgrado para que los discutieran y tuvieran nuestro *feedback*. Hubo también reuniones clínico-radiológicas en las que se presentaban casos médicos resumidos y se discutían con expertos invitados”.

Emocionado por tanto trabajo que hicieron él y sus compañeros, narra imparable los logros que comenzaron a finales de los años setenta con la fundación del postgrado y el capítulo. Cuenta que se reunían todas las semanas a planificar y discutir; que los viernes en las mañanas se inventó una reunión exclusivamente para analizar los casos clínicos entre médicos y residentes; que se organizaban jornadas colombo-venezolanas; que una vez al mes se iban todos en sus propios carros a ciudades cercanas a San Cristóbal, como Rubio, San Antonio o El Piñal para realizar discusiones clínicas con los estudiantes de allá y que hacían micro-congresos en preparación para el congreso nacional.

Cuenta, con orgullo, que el capítulo y el postgrado llegaron a tener tal importancia que cada vez que salía un muchacho egresado de la ULA Táchira, conseguía trabajo inmediatamente y en cualquier ciudad del país.

Durante todo el recorrido de recuerdos y memorias que ha hecho, el Dr. Chacón no ha mencionado sus tres períodos como presidente del capítulo, ni la condición de jefe de departamento con la que se jubiló, ni todos esos reconocimientos y certificados que están medio escondidos en la esquina aquella. Porque los sacerdotes son humildes. Porque a los sacerdotes, tanto de alma como de cuerpo, les basta con ayudar al prójimo.





Dra. Lesbia de La Torre
No descansar nunca
Capítulo Trujillo

Sus papás le decían que eso era demasiado trote para una muchachita tan flaca. Demasiadas horas de estudio, demasiado estrés, demasiado compromiso para ella que era tan chiquita y menudita y delicadita. Le decían, al unísono, que simplemente era demasiado. Le aseguraban que se lo decían por su bien y que pensara con la cabeza para que se diera cuenta de toda la razón que tenían. Se lo decían cuando llegaba del colegio, cuando se sentaba a almorzar, cuando cenaba toda la familia junta y justo antes de que se acostara a dormir. Le decían, una y otra vez, que no podía estudiar medicina.

Porque desde pequeña, la flaquita Lesbia estaba segura de que iba a ser doctora. No le importaban las horas de estudio ni el estrés ni todo el compromiso que hacía falta. Sabía, con toda la certeza del mundo, que ella iba a graduarse de médico y que no había flacura que la parara. Y por eso un día les dijo a sus papás que no le importaba nada de eso y que claro que iba a estudiar para ser médico. Ellos le dijeron que no, que de ninguna manera, que estudiara educación. Ella les contestó que no tenía paciencia, que para maestra no servía y que si estudiaba educación iba a matar a tres niños por semana cuando lo que realmente deseaba era salvar gente.

“En vez de matar quería salvar gente, sí señor”, se ríe ahora la Dra. Lesbia de la Torre. Dice que sí, que era flaquísima porque daba mucha guerra para comer y que hasta su hermano mayor, que era médico, la intentó convencer de que no se inscribiera en la facultad de medicina. Y con todo el orgullo de su vida dice que todos estaban equivocados. “Yo hice todos mis estudios sin ningún contratiempo. Modestia aparte, fui una de las mejores estudiantes y nunca tuve un aplazamiento de materias. Es decir, que sí tenía vocación para eso”.

Echa el cuento en la casa de su hijo en Cabudare, donde vive desde hace un año. Antes vivía sola allá en Valera, donde vivió toda su vida, pero dice que ahora prefiere estar acompañada. Cuenta que nunca la aplazaron porque se

dedicaba a estudiar hasta el último minuto que le quedaba libre después de las clases. Aunque no se trasnochaba como sus compañeros porque a las nueve ya le estaba dando sueño, estudiaba casi que más que ellos porque si le sobraban diez minutos entre una cosa y otra, esos diez minutos estaba pegada de un libro. Y si eran quince, los quince. Y si eran dos horas, las dos horas completicas sin despegarse ni medio segundo. Tanto estudiaba que su papá, el que le decía y le repetía y le volvía a repetir que estudiara educación, ahora le pedía: "Ay hijita, descansa así sea un ratico".

Se reír la Dra. De la Torre mientras recuerda aquellos tiempos cuando todavía vivía en Maracaibo y era una de las siete mujeres que, junto con casi cuarenta hombres, formaron parte de la primera promoción de medicina de la Universidad del Zulia. Los recuerda y se le van los años de encima porque hablando de la carrera y los compañeros y la medicina en general su voz agarra más fuerza y su memoria se pone las pilas. Ya no aparenta sus 84 años y hasta pareciera sobrar la andadera que tiene enfrente: la Dra. Lesbia de la Torre no la necesita para recordar la vida entera que le dedicó a la medicina interna.

La espera rural

La cosa comenzó con una larguísima espera. Le habían ofrecido, justo después de graduarse, hacer la rural en Trujillo. Y como eso quedaba más o menos cerca de su casa de Maracaibo, dijo que sí. La pusieron a elegir entre La Fría y El Dividive y ella sacó su mapa y calculó los kilómetros y dijo que El Dividive, pero sólo porque quedaba más cerca del Zulia. "Cuando iba entrando a ese pueblo me provocaba decirle al chofer que se devolviera. Yo nunca había estado en ningún pueblo, ni siquiera los zulianos, y ese no era nada bonito. Pero era gente muy chévere", dice la Dra. De la Torre mientras dibuja sus idas y venidas con los dedos larguísimos que le quedaron de casi veinte años de clases de piano.

Dice, con sus dedos y su voz, que era gente muy buena y que no querían que ella se fuera para ninguna parte. Querían que se quedara ahí por siempre atendiendo sus partos, sus enfermedades, sus hijos y cualquier cosa que tuviera que ver con un estetoscopio. Y dice que casi, en efecto, se quedó toda su vida.

"Porque yo me gradué en el 52 y ya para el 54 tendría que haber terminado la rural. Yo de ahí me iba a ir al Hospital Central de Valera, que decían que iba a estar listo para ese año pero que tardó mucho más. Y ya no me podía mover porque había tenido mi primer hijo viviendo cerca de El Dividive, así que me toco esperar y esperar. Como son las cosas aquí, me decían que el año que viene y después al año siguiente me decían lo mismo. Hasta que por fin comenzó el servicio de medicina del Hospital a finales de 1958".

Durante los años de espera había ido a Caracas a preguntar qué ocurría y había mandado decenas de cartas al Ministerio de Sanidad para ver cuál era la razón por la que no abrían. Pero seis años de rural después, la Dra. Lesbia de la Torre entró por primera vez en un hospital de los de verdad-verdad.

De repente toda la dedicación y la entrega de la doctora flaquita se convirtieron en mucha más dedicación y mucha más entrega. Porque por fin estaba en el lugar donde había querido estar desde pequeña y no había nada más importante que estar ahí, dándoles toda la ayuda a los pacientes. Por eso, cuenta, ella casi no dormía y nunca decía que no a ninguna de las muchas cosas que le pedían hacer: ver a tal paciente, hacer tal guardia de fin de semana, correr a decirle tal cosa al cirujano que está a punto de entrar a operar. Por eso, en su tercer embarazo, no hizo ni pre ni postnatal.

Hasta 1961, cuando egresó la primera promoción del postgrado de medicina interna de la UCV, en el hospital no hubo un internista especializado. Por eso ella, que en seis años de rural había visto de todo y todo lo había atendido ella sola, fue una especialista sin serlo. "Acá en Valera no había internistas ni ningún especialista, así que mientras llegaban de Caracas los primeros yo hice las veces de médico internista. Como estuve bastantico tiempo en el rural haciendo de médico general, yo podía ocupar ese cargo".

Mientras la Dra. De la Torre rememora sus historias, afuera en las calles de Cabudare no pasa nada y sólo suena un pajarito que va y viene. Ella sigue gesticulando con sus sabias manos: quiere ayudarse con ellas para contar todas las horas que trabajó, todos los pacientes con los que habló, todas las historias clínicas que escribió y leyó. Mueve la izquierda y después la derecha y hasta levanta una ceja para decir que así, sola y sin haber hecho la especialización, fue que se enamoró de la medicina interna.

Medicina verdadera

"Decidí hacer medicina interna porque para mí ésa es la más verdadera de las medicinas. Y que no me oigan los otros especialistas", se ríe De La Torre. "Es la verdadera porque uno ve al paciente de manera integral y puede hacer cualquier diagnóstico de cualquier especialidad. Los demás especialistas hacen el interrogatorio rápido y por encima, mientras nosotros lo hacemos exhaustivo y bien hecho para que cuando nos respondan las preguntas, ya tengamos en mente lo que tiene ese paciente".

Cuenta que esa visión de la medicina la acompañaba aquellas madrugadas de guardia, porque era la única a la que podían llamar cuando se presentaba un caso para una internista. Y le importaban tanto sus pacientes que cuando uno estaba muy enfermo ella iba a verlo en las mañanas, en las tardes y en las noches.

Así hasta que por fin llegaron de Caracas los médicos recién especializados en medicina interna y podía descansar y relajarse un poco. Pero no. La Dra. Lesbia de la Torre, la que está sentada en su sofá pescando recuerdos de su memoria de 84 años de edad, prefirió no parar ni un segundo y seguir.

Siguió hasta Philadelphia, en Estados Unidos, donde hizo su especialización en medicina interna. Dice que prefirió salir del país porque allá las especializaciones tenían mucho más tiempo que en Venezuela y que, además, el Ministerio le había dado una beca. Cuando volvió, cuenta, ya eran cuatro internistas en el hospital y lo estaban haciendo verdaderamente bien. "Eran muy poco los casos que referíamos a Maracaibo o Caracas. Aquí intentábamos solucionar todo y nos fue de maravilla. Y cuando no iban tan bien las cosas, nosotros nos poníamos las pilas. Recuerdo que una vez un cirujano y yo

teníamos un diagnóstico diferente. Entonces lo fui a buscar a su casa y le dije: 'Mira Vilorio, hazme el favor de ir a ver al paciente de la cama número tal'. Él me contestó que ya había ido esa mañana y que lo que puso en la historia era lo que tenía y yo le dije que no, que ese paciente lo que tenía era un absceso hepático del lado izquierdo, que pueden abrir en pericardia y matar al paciente. 'Así que hágame el favor de ir a operarlo', le dije. Hasta que dijo que sí iba. Yo de todas maneras me quedé dando vueltas por su casa hasta que vi que salió hacia el hospital. Cuando volvió a su casa, le toqué la puerta y me la abrió él con la mano en la cara y me dijo que sí, que yo tenía razón".

Lo dice con firmeza y seguridad y luego remata con un "a mí nadie me contrariaba". Luego cuenta que, aparte de atender en el hospital, apenas llegó de Philadelphia comenzó con su consultorio privado y también a dar clases a los estudiantes de la Universidad de Los Andes que hacían sus internados en Valera.

No quedarse

Y, poco después, se empeñó en seguir con su falta de descanso y su hiperactividad médica. Decidió, en los pocos minutos libres que le quedaban, que en Trujillo había que fundar un capítulo de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna.

"Claro, porque el capítulo es algo que le da más cuerpo y auge a nuestra especialización. Cuando sale un capítulo en una región, es seguro que allí la medicina va a progresar como nunca antes lo hizo. Por eso hablé con el presidente del capítulo zuliano para separar el de Trujillo, que hasta ese momento era como un subcapítulo del de Zulia. Aquí teníamos el material humano para hacer nuestro propio capítulo y no podíamos ser unos quedados, debíamos hacer algo por la sociedad".

Entonces la doctora iba a todas las reuniones, congresos y jornadas en su condición de presidente del capítulo, cargo que mantuvo por más de diez años. Organizaba las jornadas en Trujillo, invitaba a médicos de todo el país para que expusieran, exponía ella misma en jornadas y congresos en otras ciudades e iba a las reuniones intercapitulares.

Todo, "por no ser unos quedados". Por no quedarse: ni quedarse en el aparato, ni quedarse quieta ni un segundo. Porque la Dra. Lesbia de la Torre nunca ha conocido el descanso. Su papá se lo decía, sus tres hijos se lo dicen, sus ocho nietos algún día se lo dirán. Porque, a pesar de los años, la doctora sigue preocupada por lo que estará pasando hoy en día con el capítulo que ella fundó, por cómo estarán las cosas por el hospital, por tal cosa y por cual otra, etcétera. A pesar de sus 84 años de edad, la Dra. Lesbia de la Torre todavía no se ha sentado a descansar.

Dr. Florencio Jiménez
Atender, Investigar y Enseñar
Capítulo Zulia

Nadie era médico en La Concha. Ninguno de los poquísimos habitantes del mínimo pueblo zuliano había estudiado medicina y poquísimos de los poquísimos habían sido atendidos alguna vez por alguien de bata blanca y estetoscopio. Allí lo que había era comadronas y curanderos, hierbas y curas de las de abuela. Pero allí, entre tanto "no-médico", había un niño de siete años que había escuchado demasiadas veces: "¿qué médico vais a ser si vos lo que estáis es en tercer grado?".

Porque desde tercer grado miraba revistas y libros y escuchaba cuentos donde decir médico era como decir señor respetadísimo, héroe, hacedor de milagros y hombre de manos mágicas, todo junto. "Dr. Fulano", escuchaba en la calle. "Dr. Fulano", leía en el periódico. "Dr. Fulano", veía en la película. Por todo eso, el niño Florencio Jiménez sabía que iba a ser el primer médico del mínimo pueblo zuliano llamado La Concha, ese que queda al sur del lago en el municipio Colón.

"Allí no había médicos por ninguna parte, pura agricultura y ganadería es lo que había. Pero yo los veía por ahí en fotos, los oía en decires populares. Mi papá me los nombraba y yo me iba enterando de lo que significaba ser médico. Y eso de atender a gente", dice la voz ronca del Dr. Florencio Jiménez, "me empezó a gustar".

Y gesticula el hombre nacido en 1937, hoy hace 73 años. Saca sus cuentas y lo vuelve a decir: "La medicina me empezó a gustar hace exactamente 66 años". Porque hace esa cantidad de tiempo se dio cuenta, asegura, de lo especial que era aquello. De que no era cualquier cosa ser médico, de que no todo el mundo puede darse ese lujo de atender a un paciente.

Todo lo dice con su voz, pero también con sus manos, sus ojos y su postura. El Dr. Florencio Jiménez mueve la mano izquierda, luego la derecha, las junta, las separa y las vuelve a mover. Se endereza, mira a los ojos y cuenta y no deja de contar. Cuenta que ya no veía la hora de graduarse de bachiller cuando por fin lo hizo en

el 58. Graduado de bachiller en Ciencias, cómo no, para ir sin escala a presentar la prueba de admisión para estudiar medicina en la Universidad del Zulia. Sigue moviéndolas de acá para allá para contar que entró, que menos mal que entró, y que de ahí en adelante la medicina ha sido su vida. Y que para qué mirar hacia atrás o pensar las cosas dos veces cuando se cumple el sueño que se tiene desde los siete años de edad, cuando a uno le dicen y le repiten "¿qué médico vais a ser vos si lo que tenéis son siete años?".

Así lo va contando el médico internista zuliano que no ha hecho otra cosa durante más de 50 años que no esté, por lo menos, mínimamente relacionado con la atención médica, la investigación médica o la docencia médica. Porque mucho antes de estar sentado en el sofá en el que está sentado ahora, en una casa repleta de hijos y nietos y almuerzo familiar de domingo y reconocimientos colgados de la pared, fue descubriendo que la medicina era más. En el camino, fue aprendiendo que sí, que claro que el eje principal del asunto era el paciente, atenderlo siempre y bien. Pero que la medicina, y sobre todo la interna, giraba también alrededor de otros ejes. Que ser médico internista era mucho, mucho más.

Imitar a los que saben

Porque así se lo enseñaron sus profesores más respetados y admirados. Llegaban, dejaban su maletín sobre el escritorio y comenzaban a hipnotizar a sus alumnos, entre ellos el joven Florencio Jiménez. "Desde muchacho supe que quería ser internista. Desde tercer año de la carrera, cuando uno empieza las actividades clínicas, a ver las patologías médicas, las enfermedades que aquejan al humano. Ahí sentí una atracción no por la cirugía ni nada de eso, sino por la parte médica", dice el que hace tantos años fue bachiller. "Sobre todo porque admiraba mucho a esos docentes de clínica médica de los cuales fui alumno como Henrique Benaim Pinto, como Augusto León. Día a día ellos nos enseñaban cómo se debe formar el médico, que lo principal para ser internista no era estudiar todos los días sino ser una persona extraordinaria. Como ellos, que eran hombres extraordinarios".

Y ahí, entre hipnotización e hipnotización, el muchacho Jiménez fue aprendiendo a imitar a esos profesores que tanto admiró y sigue admirando. Lo recuerda clarísimo mientras sigue hablando con sus manos y sus ojos y todo su cuerpo que está sentado en ese sofá. De ellos, va diciendo, aprendió la importancia de que el internista se dedique completamente al paciente. Y de ellos, dice sin detenerse, también aprendió que el médico no sólo es él y su paciente, sino que es él, su paciente y su entorno.

"Eso es lo que llamamos la formación humanista del internista. Nosotros debemos conocer y debemos manejar la ciencia y el arte de la medicina. Necesariamente tenemos que conocer bien el medio en el que trabajamos, cuáles son las condiciones socioeconómicas de nuestro paciente, cómo es el perfil de pacientes que van a la institución donde trabajamos", dice el Dr. Jiménez y sus manos que van y vienen. "Hay que conocer el sentir de ese pueblo, de esas personas que entran a nuestros consultorios. Hay que saber qué piensan, de qué recursos están dotados, en qué ambiente viven y cómo es la familia de ellos".

"Y no sólo eso", sigue el doctor narrando los conocimientos que le dieron aquellos profesores admirados e imitados y los aprendizajes que le han dejado más de cuarenta años de ser, como siempre quiso, médico internista. Que no sólo se debe conocer ese entorno donde vive su paciente, que también debe haber una formación humanista por detrás de tanta bata blanca y estetoscopio.

Saber de historia, geografía, física, matemáticas y música también, dice el Dr. Jiménez, inspirado con tanto recordar y recitar sus principios de internista. "Porque uno no puede ser nada más médico. Nada de eso de que sólo me sé las enfermedades del hígado y del corazón. Nada de eso, chico. Debemos ser hombres doctos, hombres apreciados por las comunidades donde trabajamos. Que digan: 'Mire, al doctor le gusta la poesía, le interesa la historia".

Porque para él, tanto conocimiento, tanta cercanía con el paciente y tanto saber cómo son su ambiente y sus valores es requisito indispensable para el fin último de cualquier médico. Porque saber cómo vive el paciente ayuda a saber cómo darle salud. Y tener un pueblo sano, que pueda cumplir cabalmente todas sus actividades y trabajos, es esencial para lo que quiere cualquier venezolano, médico o no: que el país surja y progrese.

La tríada del perfecto internista

Desde que se graduó en la cuarta promoción del postgrado de medicina interna de la Universidad Central de Venezuela, ése es el norte que ha perseguido el Dr. Florencio Jiménez. Que se tenga un pueblo sano para construir país y siempre seguir construyendo país. Así lo dice y lo repite mientras el aire acondicionado de la sala lucha contra los cuarenta grados maracuchos, mientras van y vienen hijos e hijas y nietos que habrán escuchado estas convicciones varias veces ya, pero que igual se quedan unos minutos, tan sólo unos minutos para escuchar a Florencio Jiménez, con su voz ronca y su acento marabino, hablar del deber ser de la medicina. Hablar, sobre todo, de la tríada del perfecto internista: atención médica, investigación y labor docente.

"Cuando a mí me decían: 'Usted es un enamorado de la medicina interna', yo decía que sí. Que me encantaba eso de docencia, asistencia e investigación", dice el doctor e introduce el tridente en el que tanto insiste. "Enseñar al alumno de pre y postgrado, atender al paciente y a su familia de la mejor forma posible y estar permanentemente informándose y actualizándose. A eso he dedicado toda mi vida, porque ésas son las labores que todos los internistas debemos cumplir para poder llamarnos internistas".

Esas tres actividades, explica, están encaminadas a beneficiar al paciente y a su grupo familiar, que son el eje central de su actuación como internista. Atenderlo de una manera profesional y cercana a la vez, hablar con él para comprender las condiciones en las que desarrolla su vida, dedicarle tiempo a él y a su familia para lograr una relación maravillosa. Enseñar, en la universidad o en el hospital, a los alumnos de pre y postgrado para que ellos a su vez ejerzan la medicina interna con la misma pasión y dedicación; motivarlos y tratarlos con cariño y enseñarles, sobre todo, la responsabilidad que significa ser médico. Estar permanentemente investigando y procurando información actualizada para estar preparado para cualquier situación que presente el paciente; que cuando la gente vea reuniones semanales, reuniones bibliográficas, actualizaciones médicas y discusiones anatomoclínicas diga: "Allí hay un internista".

Lo dice mucho, el Dr. Jiménez. Lo dice rápido, también. Lo dice como si lo hubiera leído en un manual que le dieron al comenzar la carrera. Pero no. Lo dice tanto y tan rápido porque es lo que le ha quedado luego de 42 años de ejercer la medicina interna. Es lo que le ha quedado después de tanta aula de clases, de tanto hospital y de tanta biblioteca.

Comenzó en 1963, recién graduado de médico de la Universidad del Zulia. Apenas salió de las aulas, quedó como interno y residente en el Hospital Central Dr. Urquinaona. Estuvo ahí dos años y después uno como médico residente del servicio de medicina interna del hospital. Luego, en el 66, va a Caracas para hacer el postgrado de medicina interna en la UCV. Y de ahí en adelante, es adjunto, especialista y jefe del servicio de medicina interna del Hospital General del Sur durante 36 años y coordinador de la cátedra de Clínica Médica en LUZ durante otros 20.

Y luego de todo eso, queda la tríada. El conocimiento de que ésas tres funciones son las columnas vertebrales de la medicina interna.

Con la sociedad

Y también el conocimiento de que las tres columnas no pueden solas. De que hace falta, siempre, una institución que respalde la convicción de un grupo de profesionales.

Lo dice igual de rápido, el Dr. Florencio Jiménez. Igual de rápido e igual de convencido: “Sin la Sociedad Venezolana de Medicina Interna, no hay nada que hacer con esa actividad asistencial, docente e investigativa de la que hemos hablado. Porque no habría jornadas, congresos y actualizaciones médicas que motivaran al médico y le dieran un sentido al trabajo que realiza en las tres áreas”.

Recuerda cómo él y un grupo de maracuchos iban de ponencia en ponencia y de jornada en jornada presentando sus investigaciones, sus casos clínicos y sus métodos docentes. Que siempre que iban escuchaban decir: “Ya los maracuchos se vinieron a presentarnos sus cosas”, y que eso los mantenía motivados. Se ríe, el Dr. Jiménez, al recordar la patota de 14 marabinos buscando dónde desayunar luego de haber presentado 14 trabajos en la jornada de trabajos libres.

Y habla también sobre el papel que ha jugado la Sociedad en la formación del médico internista. “Aquí en el Zulia, ha actuado de forma muy dinámica desde que se fundó el capítulo zuliano en 1964 de la mano de Benaim Pinto y Omar Benítez. El papel que han desempeñado este capítulo y la Junta Directiva Nacional ha sido extraordinario. Desde siempre, es permanente la preocupación por formar buenos médicos y excelentes internistas y el internista siempre ha encontrado allí actualizaciones de casos clínicos, revisiones, jornadas médicas, congresos, jornadas de trabajos libres que lo ayudan a ejercer su labor, a mantenerse actualizado y, cómo no, a ser mejor profesor”.

Antes de que llegue su hija, también médico internista, a anunciar que el almuerzo ya está listo, que toda la familia va acercándose a la mesa, termina el Dr. Jiménez de contar su recorrido por la medicina interna zuliana y venezolana. Fundador del servicio de medicina interna del Hospital General del Sur que hoy en día lleva su nombre, presidente en dos ocasiones del capítulo zuliano de la Sociedad Venezolana de Medicina Interna, en una oportunidad vocal de la Junta Directiva Nacional y merecedor de la Orden de la ciudad de Maracaibo en primera clase.

Lo cuenta no para alardear, no para que se le reconozca, sino como parte del viaje que ha sido para él, durante toda su vida, la medicina interna. Sigue sentado exactamente en el mismo lugar del sofá donde estaba cuando hablaba de La Concha, municipio Colón. Pero, sin moverse, ha estado viajando por una vida de dedicación, recorriendo un camino de 73 años. Y ya no es el mismo Dr. Jiménez. Ya no hay gesticulaciones ni manos que vienen y van. Ahora, sólo hay satisfacción y plenitud en la cara de un hombre cuya vida entera ha sido investigar, atender y enseñar.

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de abril del año 2011
en los talleres de La Galaxia, Caracas, Venezuela.